This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 871.3.35

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

S AL 371.3.23

Ramon Meza.

ULTIMAS PAGINAS.

NOVELA.

HABANA.

IMPRENTA EL PILAR DE MANUEL DE ARMAS.
CALZADA DEL MONTE NUM. 366.

1891.

Ultimas Paginas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

EL DUELO DE MI VECINO—FLORES Y CALABAZAS UN TOMO $ 1 B. B
CARMELA (PREMIADA): UN TOMO ..... " 2 " "
MI TÍO EL EMPLEADO: DOS TOMOS..... " 2 " "
D. ANICETO EL TENDERO (PREMIADA) UN TOMO ..... " 1 50"

SE PUBLICARAN.

CRÓQUIS HABANEROS.
ILUSTRES DE VISTA CORTA.

0

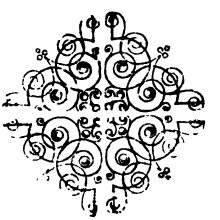
BIBLIOTECA SELECTA HABANERA.

ULTIMAS PAGINAS.

NOVELA

POR

RAMON MELA.



HABANA.
Establecimiento Tipográfico EL PILAR, de Manuel de Armas
CALZADA DEL MONTE NUM. 366
1891.

MAY 8 1987
LATIN-AMERICAN
FELLOWSHIP FUND.
Escoto Collection

PROLOGO.

I.

SERÍA cerca de las nueve de la mañana. El sol bañaba las blancas y anchas losas del patio, las plantas colocadas en grandes tinas de carcomida madera, las abiertas y extrañas hojas de una higuera de viejo y rugoso tronco y un frondoso granado, cuyas flores rojas al recibir la luz lucían como grandes pedazos de coral.

Había una tranquilidad absoluta en toda la casa: no se oía en ella el más leve ruído que indicase la presencia de ser viviente;

y quizá serìa por esto por lo que la esplendidez de tan hermoso dia no lograba quitar el sello de tristeza y desolación que tenían aquellas grandes habitaciones casi vacías, cuyas puertas caían con monótona uniformidad hacia al lado izquierdo del patio, y estaban tan abandonadas y oscuras, que en medio de ellas iban á perderse los reflejos de las paredes secas y blanquecinas del frente y los de las caldeadas losas del suelo.

Hácia el lado derecho del patio una ancha escalera de descostrada piedra, embutida en la pared por un extremo, y con su balustrada cubierta por las ramas de añosos jazmines y robustos rosales, conducía á un balcón que daba paso á dos amplias habitaciones altas de aspecto bien miserable en su parte exterior.

Extraño conjunto, en verdad, el de aquella casa, que demostraba á las claras por su forma, distribución y enormes tejados ennegrecidos, donde crecían los hongos y los helechos, que pertenecía á otra época. Y como pàra que resaltase más esta circunstancia, rodeaban á esta vieja casa otras de reciente construccion que parecían lucir altivas sus blancos muros, gozosas al reflejar en las cupulillas de las garitas de sus azoteas cubiertas de vidriados azulejos la luz del sol. Las paredes del caseron que describimos habían tomado ya el color gris negruzco que le dan esas vegetaciones miscroscópicas que á ellas se adhieren cuando se las deja mucho tiempo sin el blanqueo de la lecha-

da, y que luego verdean, se hinchan, casi puede decirse que resucitan en cuanto las humedecen continuadas lluvias; las puertas eran de cedro, bajas, macizas, labradas pacientemente con minuciosa simetría, sin pintura, agrietadas hasta gran profundidad por el calor de los rayos solares; los techos oblícuos, inclinados, ó mejor casi doblegados por el peso de las tejas; el tiempo había dejado impresas sus huellas indelebles por todas partes; donde había un huequecillo ó una grieta, allí había hecho crecer las yerbas, allí había ahondado, cavado, como para ayudar la destrucción general; donde había un clavo, un canalón ó cualquier pedazo de reja, se había complacido en manchar gran espacio con el rojizo color del hierro; todo, en fin, parecía indicar que no era el dueño de la finca tan pobre que necesitase venderla, ni tan rico que sus recursos le permitieran recomponerla.

Por las habitaciones vacías oscuras y húmedas, corría ese hálito helado que se siente al penetrar en todo edificio largo tiempo deshabitado. Este es el aspecto que presentaba, por la época en que comienza esta narración, aquella casa. En otros tiempos ¡ah! toda estaba animada, limpia, nueva, entibiada por el dulce calor de un hogar feliz Luego los años y los sucesos fueron cayendo allí como helados copos de nieve.

Aquellas puertas de las habitaciones altas, á las cuales conduce la escalera de piedra con su baranda-

je cubierto por las bellas ramas de los entrelazados jazmines y rosales, están ahora cerradas. En otra época, solo de noche se cerraban. Y más tarde en las de luna, porque Pablo, hermoso joven de cabellos negros, grandes y rasgados ojos y complexión atlética, sentía vago é infinito placer al contemplar los dos cuadros de luz que, en medio de las dos habitaciones, iban á trazar los plateados resplandores del astro de la noche. Y á medida que la luna se alzaba, aquellos cuadros se iban prolongando, iban dibujando en el suelo el marco de las persianas y la silueta de los muebles é inundándolo todo de plácidas penumbras.

Si aquellas desvencijadas puertas se abren ahora, también se hubieran visto dibujadas sobre el suelo, en las noches de luna las mismas figuras, también se hubieran iluminado las habitaciones de igual manera; pero los años, repetimos, han pasado, y si la luz y la posición del astro de la noche en nada han variado, si ha variado mucho, para Pablo, el modo de contemplarlos. Ya Pablo no es joven: el ardoroso fuego que en sus juveniles años sentía en su pecho, se extinguió para siempre; ya no acuden á su mente, batiendo sus alas sonrosadas, las ilusiones; ya no acuden á sus rígidos labios aquellas sonrisas producidas por la satisfacción con que hacían rebosar su alma los afectos, el cariño, la amistad, el amor; ahora todo esto se alza quizá ante sus enturbiados ojos como destrozados miembros de cínicos espectros sepultados entre tras-

parentes masas de hielo y de nieve formadas en torno suyo por el soplo glacial de los desengaños.

Ya no es joven Pablo: es un anciano de ojos hundidos, de pelo blanco, que baja en escasos y desiguales mechones, amarillentos por su extremo, hasta casi tocarle los hombros; su nariz se ha afilado; su descuidada barba ha crecido, aunque no logra ocultar las líneas perfectas de sus finos labios; sus manos robustas están ahora temblorosas, demacradas; y sobre la rugosa piel de su cuello se marcan como tirantes cuerdas los tendones.

En el hermoso día y á la hora á que nos referimos, estaba sentado el anciano, en medio de una de las altas habitaciones, en ancha butaca de cuero claveteada de doradas tachuelas. Frente á él se abre una gran ventana defendida por rejas de torneada y dura madera y por la cual se divisa el cielo azul, luminoso, sereno; se ven las lejanas colinas del puerto de la Habana, en cuyas cimas suavemente onduladas se agrupan nubarrones cenicientos, orlados de nácar, sobre los cuales se destaca como un punto sombrío, la fea y oscura cúpula de la iglesia de Paula; y más allá, asoman la punta de sus mástiles con oriflamas, banderas y gallardetes subidos hasta el tope los buques anclados cerca de los muelles. Y por esta espaciosa ventana entran á intervalos bocanadas de aire fresco que mueven los cabellos del anciano y el ráído tapete verde de una mesa que hay á su lado, hacen

volar al suelo algunos pedazos de papel y empujan unas tras otras rápida y ruidosamente las hojas de un gran libro abierto.

II.

PENOSA impresión recibe el que penetra en el aposento de Pablo. Todo lo que hay allí es antiguo, usado, casi inservible. Después de atravesar por la intensa luz que baña el patio, después de ver en él las verbenas, las vicarias, las rosas, el granado, vigorosos, llenos de exhuberación y vida, de flores, de hojas, de guirnaldas que caen por el borde de los macetones hasta tocar el suelo, que asoman por los enverjados, que inclinan con su peso las ramas; después de ver las nubes tan blancas, el cielo tan azul, las casas nuevas que por ambos lados de la que habita Pablo se alzan, entrar en aquellla habitación algo sombría, llena de viejos muebles y en la cual mora solitariamente aquel anciano, es como si se dejase un mundo y se penetrase en

otro. Y al reparar todo lo que dentro de las habitaciones hay, asalta sin cesar la imaginación la idea de que todo será deshecho, barrido, destruído, el cercano día en que Pablo no pueda usarlo más. Aquel estante lleno de volúmenes gruesos, pintados de rojo en su corte, con el forro de amarillento pergamino taladrado por las polillas; aquellos royos de planos. mapas, láminas, retratos; aquel cráneo; aquellos desvencijados globos astronómicos y geográficos, llenos de polvo, de insectos, de telarañas; aquel armario en que desordenadamente pone sus pobres ropas, aquellas sillas de caoba forradas de cuero rojo y bordeadas de clavos dorados; aquellos cuadros de anchísimo y embutado marco de oscura madera; aquellos folletos, manuscritos, cuadernos de memoria, líos de papeles, de cuentas, de cartas, todo, todo en fin, está como aguardando el momento en que el anciano deje de existir para abandonar el puesto, para derrumbarse y perecer cuando el perezca.

Pablo; desde su sillón, en que se hallaba sentado la mayor parte del día, casi ciego ya, casi paralítico, entablaba á ratos mudos monólogos con todos aquellos objetos, compañeros suyos muy queridos, á quienes, durante toda su vida, sólo cortos días había abandonado.

¿Qué pensaba Pablo? ¿qué podría decirles? ¡Ah! algo quizá muy ridículo para quien lo oyera; pero no para él, porque estos mudos diálogos concluían por

hacer rodar por sus mejillas abundantes lágrimas. Era que en la forma, en las señales, en la posición de cada uno de aquellos antiguos muebles, despreciables para cualquier otro, estaban encerrados mil cariñosos, tiernos, dulces y tristes recuerdos para él. Era que ya iba divisando entreabiertas las puertas de la tumba, y sólo por días, por horas quizá, podía medir el tiempo que de ellas lo separaban. ¡Si aquellos objetos insensibles se hallasen siquiera un instante animados de un soplo vital; si pudiera ir cambiando con ellos las risueñas ideas que de otros dìas mejores acudían á su mente; si pudieran recordarle con mas elocuencia los menores detalles de la vida de Natalia, aquella hermana querida, y de Antonia á quien tambien amó tanto, tan bellas, tan risueñas, tàn inocentes, y que, como para dejar grabados mas profundamente aún en el alma recuerdos imperecederos de su bella imágen descendieron ambas al sepulcro en los albores de su vida! Y tras este recuerdo, ¡como agitan, caldean y fatigan la mente del pobre Pablo los recuerdos de los demás sucesos de su combatida existencia!

Cuando está sentado frente á la ancha ventana y ve el sol suspendido en el espacio darramando por el mundo con su espléndida y hermosa luz la alegría; cuando nota que la brisa mueve las hojas de las higueras, las ramas del granado, los tallos de las verbenas, florecidos, llenos de retoños nuevos: cuando ve el

cielo azul, sereno, tan azul y tan sereno como se gozaba en verlo en los primeros años de su vida: cuando observa allá, en el límite del horizonte, sobre las lejanas colinas, las nubes semejando enormes grupos de granito ó jaspe, cuyas movibles transformaciones le divertían y le abstraían tánto siendo muy niño aún; cuando comprende, en fin, que la naturaleza toda aparece exhuberante, brotando vida por todos sus poros, y sabe que de esos efluvios de vida ya nada podrá tecarle á él, que ese vigor no podrá reanimarlo, siente dolor profundo, á pesar de todos sus desengaños y de todas sus tristezas. ¡Amó tanto la naturaleza! ¡tanto gozó con sus perennes y mudas bellezas! Y piensa el pobre que el cielo seguirá tan puro y tan sereno; que las nubes seguirán levantando grupos sobre la cúspide de las lejanas colinas; que las ramas del granado se poblarán de nuevas hojas; que la higuera seguirá dando frutos; que las verbenas brotarán todos los años y rodarán sus matizados festones por el borde de las tinas: ¡ah! tambien esa brisa que ahora mueve su encanecida cabellera y refresca sus sienes ardientes por los recuerdos que en tropel acuden á su memoria, agitará la llama de los cirios, lanzando sobre su túmulo, inquietos amarillentos y tristes resplandores.

Aquel dia tambien pensaba asi el anciano Pablo y se cuidaba muy poco de las hojas de papel que el viento hacía volar por el suelo y de que se perdie-

se la página marcada en el libro abierto sobre la mesa.

Y hubo un instante en que Pablo ocultó su rostro entre las manos, cerró sus ojos, y le pareció ir viendo desfilar en vertiginosa espiral, como vistas de inmenso y desvanecido panorama, todo cuanto le había ocurrido en los días de su vida.

Después irguió lentamente la cabeza; de lo más profundo de su pecho salieron amargos sollozos.....

¡Y lloró!

Paseó su vista luego en redor suyo; fué fijándola con atención en los más minuciosos objetos, en los cuadros, en los libros, en los herrumbrosos clavos, en las cintas y ramillas y flores secas colgados de ellos; se levantó con mucho trabajo del sillón, se acercó á un ancho y pesado escritorio de caoba, abrió una de sus hondas gavetas, cortó la punta á dos plumas de ave, sacó del tintero, convertida ya en masa sólida, la tinta, echó tinta nueva, ordenó varios cuadernillos de papel, y quedó largo tiempo con los ojos dirigidos hacia el ancho hueco de la ventana, como si quisiera escudriñar por allí las profundidades de insondable y obscuro abismo.

—Oh, Dios mío, sollozó, cuán feliz sería si pudiera trasladar á estas blancas páginas todos los cariñosos afectos que han emocionado mi corazón, todas las ideas que bullen en mi mente, mis deseos, mis ansias, mi amor á todos los hombres, lo que he sufrido con

las decepciones, amarguras y desengaños, para que fueran la explicación de mi obscura y apartada vida, que tradujeran lo que por mis actos exteriores jamás pude traducir, para que quizá ¡cuando muera envíe hasta mi tumba, el que las lea, una frase de amor y simpatía..... ¡Imposible! Mi pluma torpe y nunca usada no podrá traducir lo que mi mente encierra, lo que mi pecho guarda, porque con signos materiales no pueden marcarse las emociones que reciben esas delicadísimas y ocultas fibras del corazón! Mas quiero gozarme en ir trasladando á estas páginas algunos recuerdos de mi vida; serán como el desvanecido perfume de las flores que embalsamaron el aire en los hermosos dias de mi juventud, serán como el narcótico que produzca en mí el hastío del vivir y me haga llegar insensiblemente hasta el seno de la muerte: quizá, cuando estas páginas sean leídas, se escape de algun pecho humano triste y tierno lamento que llegará como dulce y apagado ruído hasta mi solitario sepulcro é interrumpirá por un instante, como armoniosa nota, el eterno gemido de la brisa entre las ramas de los sauces y de los abetos que den sombra á mi tumba, cubierta por el romerillo y por la grama en cuyas flores vengan á posarse, cortos instantes, las lindas mariposas tras de las cuales corría, con todos mis sentidos embargados por los bellos colores de sus alas, en los dìas de mi infancia.....

—¿Qué escribiré?..... No lo sé ..... Iré apun-

tando en estos blancos pliegos mis recuerdos conforme acudan á mi mente.

Después que dijo estas frases, sujetó Pablo sus sienes con la mano izquierda, mojó la pluma, púsola en una esquina del papel colocado oblícuamente sobre el escritorio, y al cabo de algun tiempo, comenzó á trazar con creciente y febril actividad las siguientes líneas:

EL MANUSCRITO DE PABLO.

I.

Ah! Mucho tiempo ha pasado, y aún acuden en primer término á mi memoria y con sus más insignificantes detalles, los penosos recuerdos de aquella triste mañana del més de Febrero de 1833 en que murió mi hermana; aquella mañana en que cambió de aspecto para mí el mundo, la existencia, mis ideas; todo, todo pareció trocarse adversamente, cuando Natalia, como blanca y pura azucena, que arrancada del tallo que la sostiene, rueda por los suelos á impulsos de traidora ráfaga, doblegó su cabeza, nos

dió la postrer despedida, con casi imperceptible voz, y luego sólo quedó entre nuestros brazos desfallecidos por el dolor, ante nuestro pecho conmovido por profundísima aflicción, ante nuestros ojos nublados por las lágrimas, su hermoso cuerpo, frio, sin vida ya, desfigurado por las huellas con que marcaba á sus víctimas aquella funesta epidemia, que tanto pavor infundió en la Habana.

¡Qué indescriptible pesar se apoderó de mi alma en aquel inolvidable momento! ¡Cuántos encontrados pensamientos religiosos é impìos, morales y depravados, hacian cruzar por mi mente la desesperación y la forzosa conformidad!

Entre mis brazos tenía el cadáver de Natalia, su hermosa cabeza oprimía mí pecho, y mis lágrimas caían y rodaban sobre sus largos y poblados cabellos, que bajaban por los dos lados de su esbelto cuello y cubrían su casto seno. Mis otras dos hermanas, Adela y Luisa, estaban abrazadas al yerto cuerpo de Natalia, cuyas puras formas se delineaban sobre las blancas sábanas que bajaban en prolongados pliegues hasta tocar el suelo. Yo oía el amargo llanto de las criadas, de mis hermanas; sus sollozos me conmovían más, y sin embargo, á ratos no sé porqué extraña influencia sonreía nerviosamente como un insensato.

Y era que no podía creer lo que presenciaba; pareciame ser, en aquel instante, juguete de horrible pesadilla. ¡Natalia, á quien amaba con todas las

fuerzas de mi corazón, á quien tenía el más puro é intensísimo afecto; Natalia, que era la vida, la alegría, la animación de nuestra casa, el encanto de mi padre, de mis hermanas y el mío, la tiranuela que con sus dulces sonrisas nos sometía á su voluntad; Natalia, á quien habíamos visto dos dias antes llena de vida, de inocencia, de ilusiones; á quien habíamos contemplado en aquel mismo aposento iluminado por la suave luz de una lamparilla, oculta tras una pantalla de blanca porcelana, mientras dormía tranquila y reposadamente; Natalia, aquella hermana á quien besaba la frente todas las noches.....estaba muerta! ¡Natalia muerta! ¡Muerta sí! parecían decirme en mis mismos oidos y entre agudos zumbidos hados infernales.

Pero ¡muerta en aquella mañana hermosa en que el sol penetraba por las rejas de las ventanas como todos los días, en que cantaba en su dorada jaula el canario que ella bañaba y que con tanto cariño cuidaba, en que estaban cargadas de fresco rocío las diamelas, las rosas, los jazmines, las albahacas, verbenas y vicarias que ella regaba y arreglaba con tanto esmero todas las tardes, en que estaba impregnada la atmósfera del patio por las aromosas emanaciones de las flores y de las hojas, en que los gorriones retozaban alegremente en las últimas ramas del granado cargado de frutos, de flores rojas, de verdes y frescos retoños, en que el cielo estaba azul, trasparente y cru-

zado por inmensas nubes blancas y resplandecientes, nó; imposible, no podía ser!

¡Qué hubiera durado toda una eternidad el inapreciable instante en que el mismo horror de aquella terrible realidad no me permitía darle crédito! Pero los sollozos, las lágrimas, los lastimeros ayes de mis hermanas pudieron más que todas mis ilusiones y me hicieron comprender al fin, llenándome de espanto y de desolación, la abrumadora realidad! ¡Natalia había muerto, si! Allì estaba, muerta sobre aquel mismo lecho en que tantas veces habiamos oido su dulce respiración cuando dormía, sobre aquel mismo lecho cerrado por trasparentes cortinas llenas de cintas y lazos hechos por ella misma y que tantas veces habian recibido su última mirada al dormirse, su primera mirada al despertar!

Copioso llanto brotaba de mis ojos: el alma parecía escapárseme á pedazos con los sollozos; sobre mi pecho sentia el peso de todo un mundo.

Con mis dos manos cogí las sienes de Natalia, que aún no había enfriado completamente el helado soplo de la muerte, separé su abundante cabellera é imprimí en su blanca y tersa frente un triste y último beso. ¡Ojalá hubiera podido verter sobre el inanimado cuerpo de mi hermana todos los raudales de pesar y de dolor que se desbordaban en mi alma! ¡Ni aún esa extraña satisfaccción me quedaba!

Más era necesario mostrar fortaleza, resignación,

valor ante mis otras dos hermanas; era necesario vencerme á mí mismo; reconcentrar el pesar dentro del alma; secar mis lágrimas; contener los arrebatos á que me sentía arrastrado por el dolor de contemplar aquellos ojos opacos, cerrados ya y que jamás volverían á dirigirme como antes tiernas y cariñosas miradas; era necesario en fin, hacer una de esas heroicidades que pasan inadvertidas para todos, que nadie conoce sino nosotros mismos y que luego las hacemos objeto de nuestro propio asombro durante toda nuestra vida.

Coloqué la pálida cabeza de mi hermaua sobre la almohada, plegué sus labios entreabiertos por una sonrisa de ángel, alejé casi á la fuerza á mis hermanas Adela y Luisa del lado del cadáver y con voz que me extremeció á mi mismo, dije:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

¡Cuán huecas resonaron esta vez en mis oidos mis propias palabras! Más que de mis lábios parecióme que salian de algún vacío cráneo.

II.

HAY en la existencia horas tan penosas que al cabo de algún tiempo parece un sueño cuanto en ellas ha ocurrido, pero són por desgracia tan reales, dejan tan profunda huella en el alma, que á poco que se fije nuestra atención, á pesar de esa vaga incertidumbre que las rodea, se presentan en nuestra fantasía, acuden á nuestra memoria con tan minuciosos detalles como si nos hubiera sucedido todo el día anterior.

Y esto es lo que sucede en este instante. Aún estoy viendo como daba el sol aquella triste maña-

na en la luna del tocador de Natalia. Los rayos solares se quebraban en el espejo é iban á iluminar luego un corte de vestido de muselina rosada que se ocupaba en coser Natalia por aquellos días, puesto sobre una cesta de mimbres de tres piés y cuyo fino tejido y adornos dibujabánse en la blanquísima pared. Aún me parece ver como los soplos de la brisa inclinaban las ramas de ese mismo granado que crece lozano allá abajo en el patio. Aún me forjo la ilusión de que soy joven, de que no ha muerto mi hermana, de que todo está como estuvo, que nada ha variado.... .....Y lo que en estos inapreciables instantes llena de pasagero placer y gozo mi alma es después tan sólo, fuente de dolor y de lágrimas.

Aún paréceme que estoy presenciando lo que pasó en el resto de aquel aciago día.

Muy expresivo era el dolor que mostraban mis hermanas; pero no eran sus lágrimas y sus sollozos de desesperación, nó; lloraban con ese llanto dulce de las almas tiernas, pacíficas y religiosas, que acatan resignadas los preceptos de algo superior á ellas en bondad y sabiduría, y que confiadas en consoladoras doctrinas no ven en la muerte más que dolorosa y momentánea separación, á la cual, sin embargo, no pueden acostumbrarse. ¡Felíz mil veces yo si hubiera podido acariciar tan halagadoras ideas! Pero nó, dominado por el pesar, helábanse todos mis pensamientos con la frialdad de aquel cadáver que contemplaba.

Trajeron un ataud de caoba forrado de seda blanca con labores y ornado de encajes por su parte interior; las criadas lo colocaron en dos sillas. Mis hermanas vistieron á Natalia con un hábito de la Vírgen de las Mercedes, que cortaron y cosieron ellas mismas, empleando los avíos de costura de Natalia. ¡Quién pensára tres días ántes que aquellas tijeras con que cortaba su túnico de muselina rosa pálido, colocado sobre el cesto de mimbres, que aquellas agujas que aún conservaban hebras ensartadas por ella, que aquellas mismas cintas, iban á utilizarse en su mortaja!

La tendieron en la sala. Mis hermanas cortaron todas las flores que había en las tinas y macetones del patio y las esparcieron sobre el túmulo.

A las doce entró el médico: era la única persona que traspasaba los umbrales de nuestra puerta desde el dia en que se enfermó mi hermana. Ante el pavor que infundía la epidemia, se deponian el afecto, la cortesía, la amistad. Hasta las personas más allegadas nos abandonaron por completo. El médico nos aconsejó mil precanciones que le agradecimos sinceramente, pero que apenas pudimos entender, pues no podiamos aceptar nada que nos privase del triste placer de estar cerca de nuestra pobre hermana durante aquellas últimas horas.

El médico se despidió de nosotros para ir á visitar en otras casas otros enfermos, otros cadáveres quizá. ¡Qué día tan triste! Yo, vestido de negro

paño, paseabame de extremo á extremo del patio, y cuando volvía sobre mis pasos, veía por entre las puertas de los cuartos, parte del túmulo de Natalia, sobre el cual derramaban los cirios una claridad de tinte indefinible, lìvido, extraño, más extraño aún visto desde aquel patio inundado plenamente por la claridad del sol. ¡Qué sello de melancolía suprema lo marcaba todo! Todavía paréceme que sube hasta aquí, desde la sala, el olor que esparcía la cera, mezclado con el de las marchitas flores; todavía paréceme que oigo el monótono chisporreteo de las hachas y el repetido golpe que daban sobre el ancho metálico borde de los cendeleros las gotas de la derretida cera.

Un hastío, un desfallecimiento, una desanimación y un deseo de recostar mi cabeza en el túmulo y llorar mucho sobre él, se apoderaba incesantemente de mí. Entónces palidecía, recordaba que mi padre nada sabía de lo que pasaba, y este segundo pesar tan intenso apartábalo de mi imaginación, distrayéndome en cortar maquinalmente ramillas de albahaca que colocaba sobre la alfombra del túmulo. Mis hermanas por delicadeza de sentimiento, por no afligirme ó desesperarme más, no habían hablado de este asunto. Yo comprendía toda la delicada ternura que envolvía esta reticencia y tampoco me sentía con fuerzas suficientes, para evocar en alta voz el recuerdo de mi padre. Otra desgracia presentiamos quizá; y no queriamos acumularla á la que á la sazón lamentábamos.

¡Mis otras dos hermanas; mi padre! Sentía crecer infinitamente el cariño hácia ellos; sentía que los lazos del afecto iban á unir más y más nuestros corazones. A veces sentábame al lado de Adela y Luisa, estrechaba sus manos y aliviaba mi dolor al prodigarles consuelos, al predicarles esperanza, resignación, y al secar con mi pañuelo húmedo de lágrimas, las que empañaban sus hermosos ojos.

III.

SEVERAS disposiciones se habían dictado con objeto de que los cadáveres de los epidemiados se enterrasen inmediatamente, así es que las cuatro de aquella misma tarde, era la hora señalada para el entierro de Natalia. Solo habían acudido á la invitación el médico y un sacerdote que había tenido mucho afecto á mi hermana.

El sol bañaba con luz dorada todo el vestíbulo é iba á dibujar las últimas ramas del granado, agitadas por el retozo de los pájaros, sobre la alfombra ne-

gra que cubría el suelo, á los piés del túmulo de Natalia.

El reloj del comedor dió cuatro toques con aquel mismo timbre que tantas veces había oido, sentado á la mesa después de comer y al lado de mis tres hermanas. Ya una de ellas no volvería á oirlo más; por eso aquellos cuatro lentos toques resonaron en nuestros oidos bien lúgubremente Era ya hora. Los sollozos de mis hermanas y los míos se unieron al ruido sordo de los martillazos con que clavaban la tapa de la caja. Allí dentro debia quedar encerrada para siempre Natalia, quizá también las últimas miradas que le dirigimos. Las huellas del terrible mal, por reacción inexplicable, habían desaparecido. Mi pobre hermana estaba pálida, pero hermosa: algunos de sus cabellos asomaban por los bordes del hábito, haciendo resaltar la blancura mate del rostro. Parecía dormida. Y llevaba entre sus rígidas manos cruzadas, ramos de verbena, de jazmines y una rosa de ese rosal que aún sube por la baranda de mi escalera y que ella misma me había ayudado á sembrar.

Rogué al sacerdote que se quedase acompañando á mis hermanas, mientras el médico y yo seguìamos el cadáver hasta el cementerio.

Dos quitrines había á la puerta de nuestra casa, además del carro fúnebre. El médico ocupó un quitrín y yo el otro. Emprendimos nuestra marcha; tomamos por la calle de O'Reilly y por el camino obtu-

ve la triste convicción que no era sola mi hermana la joven que se sepultaría aquella tarde: numerosos entierros de niños, ay! de niños que vivieron lo que las flores, de adultos y de ancianos, seguidos en su mayor parte de muy pocos acompañantes, nos interceptaban el paso á cada momento y sus quitrines marchaban á la par que los nuestros.

Salimos á las afueras de la ciudad por la Puerta de Tierra. ¡Cuántas veces en la misma volante en que yo iba á la sazón, había pasado Natalia, alegre, risueña, henchida de salud y de vida, acompañada de mis otras dos hermanas, bajo aquellos arcos de piedra, para ir al paseo del Prado!

Nuestros carruages atravesaron el puente de madera, levantado sobre los fosos, cubiertos de verde grama y llenos de charquillos de agua.

Los macizos y grises muros que defendían por aquella parte la ciudad, llenos de arbustos, trepadoras y yerbas que crecían entre las anchas junturas de las piedras; los álamos sembrados en cuatro hileras en el paseo del Prado; las palmeras, los abetos y los coposos almendros del jardìn botánico que se extendía desde el campo de Marte hasta los terrenos que hoy ocupa el teatro de Tacón; los grupos de altísimos cocoteros que ocupaban los solares despoblados del otro lado del paseo; el mar inmenso, azul, que servía como de fondo á tan agreste paisaje; el sol lanzando sus rayos oblicuos y débiles ya á la muralla, seña-

lando una línea de luz sobre la superficie de los cañones que asomaban su oscura boca por entre las almenas; los carros fúnebres de madera pintados de rojo en que conducían los infelices presidiarios, á los coléricos pobres los cuales eran enterrados en horroroso montón en una zanja cavada cerca de las faldas de la colina del castillo del Príncipe, todo esto pasaba ante mis ojos, llenos de lágrimas, de un modo borroso, vago, como si al morir Natalia, todo aquello hubiera cambiado para mí de color y de forma.

El paseo del Prado tan concurrido por las tardes algunos dias antes, tan alegre, estaba ahora cruzado por los entierros. ¡Cuántas veces recostado yo en el tronco de los grandes álamos iluminados en lo alto de sus copas, verde claro, por la rosada luz del sol poniénte, había visto cruzar á mis tres hermanas, tan bellas, tan risueñas, con sus trajes escotados, el pelo recogido en dos hermosas y negras trenzas, sentadas en la ligera volante cuyas grandes y barnízadas ruedas reflejaban vívidamente la luz y levantaban nubes de polvo! Ahora nó; aquel paseo estaba solitario, triste, el polvo era levantado por las ruedas de los carros fúnebres; los árboles no movían tan alegremente sus hojuelas, ni era tan grata la algarabía que entre el ramaje formaban los pájaros, como en las tardes en que aquella ancha vía se llenaba de quitrines y caballos, en que paseaban lujosas damas y apuestos galanes.

Seguimos por la calzada de San Lázaro. El sol, bastante elevado aún sobre la superficie inquieta del mar, se reflejaba en él, inundándolo de luz. Allá, á lo lejos, en un pequeño cabo de negros arrecifes destacábase sombrío, sobre el fondo deslumbrador del agua, el pequeño torreón de San Lázaro; un poco más á la izquierda dibujaban sus tejados sobre el azul cielo el Hospital de los Lazarinos y la casa de Dementes.

Nos acercamos con rapidéz al Campo Santo. Ya se veían sus altos almendros y cipreses iluminados de un lado y sombríos por el otro.

Al fin nos detuvimos ante la verja de hierro de la portada del cementerio. En nada podía fijarme entónces: una inmensa tristeza que no aliviaban ni mis lágrimas ni mis sollozos, casi me quitaba la conciencia de mi ser.

Ah! todo estaba empañado por mi llanto y todo se fijaba en mi retina de extraña manera. Los nombres de Espada y Someruelos, y la fecha 1.805 escritos sobre la pequeña portada; los grandes almendros que formaban con su ramaje bella bóveda de verdor transparentada por la luz, la cual caía tamizada sobre el sarcofago de mi hermana, volviéndolo más triste, más lúgubre; los poblados jardines que llenos de plantas aromáticas y de matizadas flores se dilataban por ambos lados del tramo de la entrada. Y allá, en el fondo, por entre las rectas hileras de altísimos cipreses, al extremo de uno de los brazos de la gran cruz

que formaba el embaldosado camino interior del Campo Santo, al final de aquella barandilla de oxidado hierro coronada de esferillas de bronce, cubiertas de verdín, estaba la severa capilla cuyo frontis triangular, rematado por una cruz sostenían cuatro columnas. En su interior los pinceles de Perovani y de Vermay, que murió un mes después, en Marzo, y fué sepultado cerca de mi hermana, habían trazado ocho hermosas matronas, que con sus ojos vendados y el vaso de la amargura entre las manos, simbolizaban el dolor, y el cuadro de la Resurrección Universal. El altar de tosca piedra figuraba un sepulcro; tras él, sobre pilastras doradas y unas pequeñas gradas, también de piedra, un Cristo de marfil, con su pié apoyado en áspera roca, dibujaba su silueta rígida sobre el fondo negro de la cruz de madera que lo sostenía. Una lamparilla de aceite, ante una imágen, mezclaba ya su luz vacilante á la moribunda claridad de la tarde, que entraba triste, lúgubre, por los medios puntos de la capilla cubiertos de vidrios azulados.

Entramos. Sobre una modesta fosa colocaron el féretro de mi hermana, lo rodeaban seis velones de cera cuyas llamas hacía flamear el viento. Y allá afuera gemía, lloraba la brisa entre el ramaje de los abetos. Pronto la gruesa voz del anciano capellán y la dulce y fresca del monaguillo entonaron en plañidero tono la salmodia de los difuntos. Ah! cuán

difícil se me hacía creer todo aquello, á pesar de estarlo presenciando! ¡Natalia encerrada en aquella oblonga caja de siniestras formas! ¡Mi pobre hermana tan llena de vida y de hermosura dos dias antes!

Al terminar su cántico, tomó el sacerdote un hisopo de plata y roció el sarcófago: algunas gotas de aquella agua mojaron mis manos y mi rostro,

Y otra vez volví á ver en hombros de aquellos robustos negros vestidos con rojas casacas galoneadas de oro, el féretro de mi hermana. Aun parecía que vagaban en la bóveda de la capilla y que se iba extinguiendo fuera de ella el rezo del anciano sacerdote y del niño acólito: aquellas dos voces, temblorosa y grave la una, aguda y firme la otra, se armonizaban tan tristemente, tan grabadas quedaron sus notas y su timbre en mis oidos, que continuaba oyéndolas, y aun ahora mismo, al cabo de tantos años tal parece que las escucho como las escuché aquella inolvidable y desgraciada tarde. Mientras andábamos resonaban sordamente nuestros acompasados pasos sobre el abovedado terreno y las yerbas crugían bajo las suelas de nuestros calzados. En lo alto, entre los cipreses oíase alguna vez el aleteo y el chillido agudo de las lechuzas.

Tambien llegamos por fin al último lugar, aquel en que debía reposar eternamente Natalia. Era un hueco cuadrado, húmedo, profundo, emparedado y que debía cubrirse luego con una gran losa cuyo grueso

canto se inclinaba ya sobre el hoyo. Quise abrir el sarcófago, imprimir un último beso en la frente de mi hermana, cortar de su negra y gruesa cabellera una trenza y ni aun este triste consuelo me fué dado obtener: me disuadieron de tal propósito..... Y luego oí caer con estrépito, allá en el fondo de la huesa, sobre la madera de la caja, la tierra y las piedras que á paletadas arrojaban los sepultureros sobre ella La losa grande fué colocada por último sobre la huesa.....

Todo había concluido allí. Nos retiramos. Y mientras salíamos, cruzaban como en veloz y fantástica carrera las paredes, sin nichos aún, que cerraban el cementerio, los sáuces que ensanchaban como manto verde oscuro su meláncolica capa sobre los cuadrados mármoles, llenando de sombra los letreros: "Para los presidentes gobernadores," "Para los generales de las reales armas." "Para los beneméritos del Estado," "Para los Magistrados" "Para los obispos, dignidades eclesiásticas y sacerdotes" y tanto nombre y apellido conocido é ilustre, se fijaban extrañamente engrozados en mi excitada imaginación. Recuerdo que esta sencilla inscripción: "¡Madres desconsoladas, almas sensibles! Si buscais al que fué más tierno de los hijos: aquí yace" me conmovió profundamente.

Cuando llegamos á la portada del Campo Santo, eché una postrera mirada, dí un postrer adiós á quien ya para siempre debía quedar allí tan sola. Y no lejos de su sepulcro, al pié de una de las pirámides de

los osarios,colocadas en los cuatro ángulos del recinto, cerca del extremo izquierdo, único punto ya que aun iluminaba el sol, dormía también el sueño eterno nuestra madre.

IV.

A la hora en que regresé á mi casa, acompañado del médico, ya estaba encendida, dentro de su bomba de cristal, la luz del comedor. Y el anciano sacerdote sentado al lado de mis hermanas, procuraba distraerlas de sus tristes pensamientos contándoles las aventuras de su infancia. Mis hermanas escuchaban atenta y respetuosamente á aquel anciano, cuyas canas iluminadas por la luz que desde los altos fanales derramaban las bujías, semejaban una blanca aureola ceñida á su frente espaciosa, tersa y ligeramente son-

rosada. En ocasiones reían; y su risa se mezclaba á sus ahogados sollozos; y hacía asomar algunas lágrimas á sus ojos.

Mi presencia vino á interrumpir aquella conversación y á renovar el amargo pesar de mis hermanas. Adela apoyaba su cabeza en mi hombro y Luisa, más sufrida, ocultaba su rostro con las manos y se paseaba por la solitaria habitación de Natalia. Y el anciano sacerdote, á pesar de todo el estoicismo que quería mostrar, también secaba á veces sus mejillas.

—¡No volverá más! nos decía cada objeto, cada lugar á donde dirigiamos la vista.

Y esta convicción que ahondaba más la profundidad de nuestra pena, esta verdad terrible que teníamos fija en nuestra mente, presentábasenos más terrible aún, cuando entre nuestros sollozos la formulábamos con palabras.

Los caballos cruzaron el patio y solos se dirigieron á las cuadras. El calesero introdujo la volante en el zaguán y colocó sus largas barras sobre unos piés de madera. Y allí quedó el carruaje moviendo su caja sobre las cimbradoras barras largo rato; sus grandes ruedas estaban llenas de fango y lucían puntos de viva luz en cada adornillo de plata. Así en esa misma posición y á la misma hora se colocaba el carruage en aquel punto, cuando mis hermanas volvían del paseo. ¡Pero esta vez había llegado de muy distinto lugar!

Cuando las campanas de las más próximas iglesias esparcieron con el toque de ánimas sus tañidos de timbre melancólico, que iban apagándose tristemente con los soplos del viento, el sacerdote se puso de pié, le acompañamos á rezar algunas oraciones y se despidió de nosotros. Entónces quedamos en la casa los únicos que ya debíamos quedar. Nuestro padre, por las atenciones de su activa carrera, sólo permanecía algunos dias del año á nuestro lado, así es que estando ya acostumbrados á no verle allí, todo el vacío que en derredor nuestro notábamos estaba formado únicamente por la eterna ausencia de nuestra pobre hermana.

La luna bañaba de luz el grán cuadro del patio, y no logrando trasparentar las quietas hojas de la higuera y del granado, hacíalas lanzar reflejos de plata. También el vestíbulo, lugar donde nos hallábamos sentados, cerca unos de otros mis hermanas y yo, estaba profusamente iluminado; y la jaula en que dormía el canario, aparecía dibujada con negras lìneas sobre el suelo.

Cuando me despedí aquella noche de mis hermanas, comprendí que mi cariño hácia ellas se había acrecentado, y en medio de mi aflicción tuve ese leve consuelo. Mis hermanas cerraron las puertas de sus cuartos, que daban al patio; y yo me encaminé hácia estas altas habitaciones. Aquella noche no dormí hasta muy tarde: apoyado en la baranda del balcón,

recibiendo en mi rostro la luz de la luna que todo lo iluminaba y el húmedo fresco de la noche, sentía cierto triste reposo que no hallaba entre las cuatro paredes de mi habitación. Había una inmovilidad completa: solo interrumpía el profundo silencio en que parecía sumergido todo la lejana campana del relój de una torre que medía con invariables intérvalos la marcha del tiempo.

De codos en ese balcón, con los ojos fijos en el patio, recordaba otros dìas en que los animaban los juegos infantiles de mis tres hermanas. Figurábame que las veía corriendo entre los macetones de flores, entretoniéndose con despedazados restos de muñecas, sembrando al pié del granado, con sus tres rostres de niñas, tan bellos, tan alegres, tan risueños, alguna semilla de fruta, alguna ramilla seca y estéril; pareciame verlas á las tres reunidas con otras compañeras de colegio, celebrando bajo las columnas del vestíbulo algún bautizo. Y otras veces, cuando mi padre llegaba inesperadamente de algún viaje, las tres corrían á colgarse de su cuello, á abrazarlo, á presentarles sus mejillas frescas para que las besase, á acariciarlo, y á hacerle mil preguntas que él contestaba siempre del mejor modo posible y riendo de su pueril curiosidad.

Creía que las veía, después de la hora del almuerzo, salir todas, unas tras otras, ó en bullicioso grupo, dirigiéndose á la escuela, con sus bastidores y

sus cajas de latón bronceado, donde encerraban sus bordados y sus libros, mientras mi madre las seguía hasta la puerta componiéndoles las cintas, el vestido y los rizos, aconsejándoles en tanto como debían comportarse con sus maestras. Y por las tardes, cuando esa pared alta del frente recibía los últimos reflejos de sol, pasaban corriendo por el balcón, animándolo todo con su charla incomprensible y chillona, y seguían hasta ese pedazo de azotea donde terminan mis habitaciones, y en él retozaban sin cansarse hasta que todo lo iban oscureciendo las sombras de la noche.

Una mañana de marzo de 1828, cinco años antes del dia en que se enterró Natalia, subieron aquí mis tres hermanas y tocaron las puertas de la habitación en que yo dormía. ¡No sé porqué este recuerdo también se me presenta, á pesar de los años que han transcurrido, con toda la frescura que entónces tenían aquellos tres bellos é infantiles rostros que se agrupaban impacientes ante la puerta de este cuarto, con todos los colores que tenía aquel sol que lanzó manojos de rayos luminosos hasta el pié de mi cama cuando abrí! Y los insectos y el polvo, al revolar por entre aquellos haces de luz, trazaban fugaces líneas de fuego. ¡Eramos muy felices por aquellos días! Vivía nuestra madre: nuestro padre se hallaba con nosotros hacía algunos meses; y nosotros, rodeados de goces y de bienestar, contemplábamos la vida exenta de pesares y tristezas que aún desconocíamos.

En la mañana á que me refiero, cuando mis hermanas me hicieron salir del lecho y abrir la puerta, ví á mi padre paseándose por el patio, vestido de casaca de paño azul, bordada de hilo de oro, enorme chaleco de tisú salpicado de adornillos y lentejuelas doradas, medias de seda, calzón corto, zapatos con grandes hebillas de plata, espadín de oro y nácar y corbata de trasparente nipe muy rizado. También se hallaba algo impaciente por mi tardanza. Luego salimos con él, íbamos gozosas, alegres. Nos dirigimos á la Plaza de Armas, donde se agolpaba mucha gente. Y todos los balcones que rodeaban la plaza estaban llenos de hermosísimas damas muy escotadas, que se resguardaban del sol, con sombrillas y procuraban mitigar el calor con sus grandes abanicos de encaje y marfil, nácar y carey exquisitamente calados como sus grandes peinetas, en que sujetaban la punta de sus mantillas puestas con gracia tal que realzaba la incomparable belleza de sus rostros.

Aquella mañana se inauguraba el modesto edificio, que debía conmemorar, mejor que el obelisco y la grán ceiba, que en aquel punto había, el lugar donde se dijo por primera vez la Misa. Era esta la causa, porque se agolpaba la gente en los alrededores de la plaza; y también la que nos había atraido á nosotros. Mi padre nos colocó en un ángulo de la Plaza y me recomendó el cuidado de mis hermanas, y luego fué á incorporarse en el lugar que le corrrespondía. El ca-

pitán general D. Francisco Dionisio Vives, los alcaldes y regidores que formaban el Ayuntamiento, el obispo Espada, el alto clero, los condes, los marqueses, en una palabra, todas las clases distinguidas de la población concurrieron al acto más importante de la memorable fiesta de aquel día.

El aspecto que presentaban las cercanías del lugar era verdaderamente notable. Los balcones, calles y plazas atestados de curiosos, el sol, que lucía en lo alto de aquel cielo tan azul, iluminaba las casacas azules y verdes, los dorados y tanto pintorreado uniforme, como fué saliendo ordenadamente por las puertas del enverjado que rodeaba el Templete, cuyo blanco frontispicio se alzaba majestuoso entre la muchedumbre.

Pero no era éste animado y bello conjunto, lo que más grabó el recuerdo de aquella mañana hermosa. ¡Estuvo Natalia tan alegre, y nos hacía reir tanto á mis hermanas y á mí, con su afán de preguntarlo y verlo todo! Yo la subía en mis brazos para que pudiera ver mejor. Mis hermanas también muy niñas, pero mayores que ellas querían imponerle silencio y aquietarla casi á la fuerza.

Por la tarde, aún nos hallabamos en la mesa cuando oimos gritar en los momentos en que cruzaba por encima de nuestro patio el atrevido Eugenio Roberstson en su globo, subimos á la azotea y le vimos desaparecer como un punto, en los confines del hori-

zonte. Por la noche volvimos á la Plaza de Armas. Las verjas y capiteles del Templete y los balcones de las casas y edificios públicos que daban á la plaza, estaban adornados con bombillos de colores. Las bandas militares de los cuerpos que guarnecían la ciudad, estuvieron tocando en el centro de la plaza, mientras el público paseaba por las anchas calles que la rodean.

¡Cuánta alegría entonces y qué tristeza ahora! Natalia, niña, risueña, cariñosa, siempre con aquel rostro de ángel que obligaba á llenarle de besos los hoyuelos de sus mejillas; luego, crecida, casi una mujer, con aquellos ojos de mirar lánguido y que reflejaban toda la dulzura de su alma, todo el afecto, todo el amor de que era capáz, ni un solo día apartada de nuestro lado; y ahora, perdida para siempre, enterrada ya y tan sola en lejano cementerio!

Repasando en mi memoria todos éstos y mil recuerdos más que parecían enlazar mi existencia toda, á la extinguida de mi hermana, instigado por aquella indiferente inmovilidad de todo, por la apacibilidad con qué la luz del hermoso astro de la noche caía sobre los tejados y azoteas de la ciudad, dormida y silenciosa, cruzó una idea horrible por mi mente.....

Pero, no; allá abajo dormían mis otras dos hermanas, mi padre cruzaría tal vez con dirección hacia nosotros los inmensos mares; quedaban aún tres seres en el mundo á quienes debía consagrar mi cariño to-

do. Y luego, aquella misma majestad de la noche, aquella brisa que todo lo refrescaba, aquel perfume vago que ascendía de las flores del patio, tan sutil, tan impalpable, tan grato, hacían renacer en el fondo de mi pecho la vaga esperanza de que también como la luz, como el perfume, como la dulce brisa, podría haber ascendido el alma de mi pobre hermana, para sumirse en el seno de la Suprema Causa y quizá desde allí oiría mis plegarias, vería mis lágrimas y comprendería toda la intensidad del cariño que siempre la había profesado.

Aquella noche me acosté muy tarde: fueron muchas las veces que oì, cuando estaba apoyado de codos en la baranda, marcar los cuartos de hora en el relój de la cercana torre. Y cuando desperté, al día siguiente, ya el sol se había elevado mucho en el espacio y el canario de la infeliz Natalia, saltando gozoso de uno en otro de los travesaños de su jaula, repetia sus trinos sin descanso.

V.

DESPUÉS, poco á poco, una dulce conformidad fué inundando nuestras almas. Ligados nuestros corazones por la desgracia sufrida, procurábamos complacernos en los más mínimos y sencillos deseos, y así, por medio de esta delicada emulación, nuestras voluntades se reunían en una sola y la harmonía y la paz de que gozábamos, traiánnos días tranquilos, apacibles, gratos, que parecían irse desvaneciendo en el curso de nuestra existencia, como en el cielo se desvanecen los tibios resplandores de las auroras.

El tiempo que transcurría, iba mitigando la intensidad de nuestro dolor, sumiendo en olvido plácido, los más tristes detalles del rudo golpe con que la muerte habìa arrebatado de nuestro hogar á Natalia. Pero el recuerdo de aquella hermana querida surgía á cada paso, en nuestra memoria, evocado por todos los lugares de la casa, por todos los actos de nuestra vida, y Natalia se había convertido en un ídolo puro, candoroso, inocente, cuyo culto nos imponía á mis hermanas y á mí el deber de amarnos más que antes. Y este mismo amor, este cariño, este recuerdo perenne del ser que tanto habíamos amado y por quién tantas lágrimas habíamos derramado, iba devolviendo la calma á nuestro espíritu y restableciendo nuestro bienestar.

Alguna que otra vez, cuando las violetas rompían la tierra y asomaban los verdes tallos, en que dan sus flores; cuando los botones de las rosas comenzaban á entreabrirse, se coronaba de ramos blancos, el jazmín, ó cuando los maduros frutos del granado agrietaban su corteza y derramaban en el suelo sus granos sonrosados y trasparentes, que venían á picotear las palomas y las lindas golondrinas que anidaban en los huecos de las tejas, un suspiro salía de nuestro pecho ó una lágrima asomaba á nuestros párpados al recordar á Natalia, que era la que siempre nos hacía notar todas estas cosas y la que más se cuidaba de ellas.

Durante el día, leían mis hermanas ó arreglaban

sus trajes, sentadas en el vestíbulo. El sol innundaba de luz el patio, de cuyos cálidos reflejos estaban defendidos todos los cuartos por cortinas de género y pintorreados trasparentes que mitigaban la luz y llenaban las habitaciones de una claridad suave.

Cuando yo llegaba, á las dos, del Seminario de San Carlos, en donde cursaba mis estudios, que nunca pude terminar, oía las campanas de las iglesias con igual timbre que las oigo ahora, ah! con qué placer entónces, con que melancolía tan profunda hoy! Al penetrar en esta casa, de la cual por la ausencia de mi padre era yo jefe, sentía una satisfacción infinita, inefable, al ejercer mi autoridad sobre aquellos seres con quiénes me hallaba ligado por los más dulces lazos. Y también porque las peticiones de mis subditos venían apoyadas con una sonrisa ó una candorosa mirada y mis órdenes eran una muestra más de mi cariño hacia ellos.

Aquel cielo tan azul, aquel aire tan límpido y que parecia vibrar con el contacto de la luz, aquella fresca brisa que agitaba las cortinas y los toldos de lona del vestíbulo, ¿es la misma que hoy cruza por esos cuartos húmedos y vacíos? ¿Es esta misma que hoy refresca mís ardientes síenes, agita mi encanecida cabellera y empuja unas tras otras las hojas de este libro?

Ah! Dios mío! ¿Y si es la misma, por qué no son los mismos aquellos dias? ¿Por qué siento aquella

misma brisa, veo ese cielo tan hermoso, esas mismas piedras y esos árboles del patio son los mismos y no dura aquel afecto intenso que nos ligaba á mis hermanas y á mí?

Desde este mismo sitio, que ocupo ahora, veía tambien, á través de ese hueco de la parte alta de las ventanas, que no llegaban á cubrir las cortinas ni á ocultar las encorvadas ramas del granado, á Adela y Luisa, con sólo dirigir hacia ese punto la vista. Sus canciones, sus risas, sus frases entrecortadas atravesaban la tibia atmósfera y subían hasta aquí; y yo las oía como grato eco que me llenaba de las más puras emociones el alma. Sí; las veía desde aquí: sus rostros tan frescos tan bellos, sus labios en que jugueteaban candorosas sonrisas, las trenzas de sus cabelleras lisas, lucientes y negras, trás el marco de aquella ventana y entre las ramas del granado, rendidas por los frutos, agitadas por los pájaros y que les servía como de verde y gracioso adorno, me parecían más que seres reales, alguna sublime é ideal creación brotada del pincel de Rubens ó de Murillo.

¡Cuántas noches, cuando las bujías encendidas dentro de los altos fanales sujetas del techo, por tres cadenillas de bronce, que marcaban en los ladrillos y el hormigón del suelo tres líneas de sombra, me paseaba yo por ese balcón que dá paso á mis habitaciones; y sin otros compañeros que el profundo silencio y la suprema tranquilidad con que las sombras lo en-

volvían todo, contemplaba gozoso, durante horas enteras, á mis hermanas, que conversaban sentadas en el alto quicio de piedra de las ventanas!

Forjábame la ilusión de que nuestro fraternal cariño hacía irradiar nuestras almas hasta confundirlas, que se reunían así nuestras existencias, que eran iguales nuestras aspiraciones, nuestros deseos; y olvidándome hasta de las leyes de la naturaleza, creía que aquellas gratas horas no habían de transcurrir jamás, que aquellos días no habrían de tener fin y que siempre habríamos de permanecer mis hermanas y yo en igual estado. Vejez, pasiones, necesidades, todo desaparecía de mi reflexión y de mi vista en aquellos momentos, en que con egoismo gozaba de mi profundo afecto hacia ellas y hacia una vida que me hacían amar.

¡Ah, pero no eran estas más que vanas concepciones de la mente, vanos deseos de una felicidad forjada por los dictados del corazón y que debían de quedar quebrantadas cruelmente por los venideros sucesos!

Casi todas las tardes, después de comer, nos dirigiamos á pié á la Alameda de Paula. Aquellas dos largas barandas de madera que señalaban los lados de la estrecha y larga alameda, al pié de cuyos muros de verdosa piedra venían á morir gimiendo, blandamente las olas del puerto; aquellas tardes expléndidas en que los rayos del sol brotaban como apretados, luminosos y rosáceos haces por encima de los negros teja-

dos de las casas é iban sumiéndose en sombras las fértiles colinas, coronadas de palmeras y de grandes árboles, del otro lado de la bahía; el acre olor que brotaba del agua, la fuerte brisa que refrescaba nuestro rostro, el rumor constante de las olas interrumpido tan sólo por las pueriles observaciones que con su voz tan dulce hacían mis hermanas.....yo no sé porqué el recuerdo de estas tardes hermosas parece que todo lo renueva en torno mio, ó qué gozo del vago y grato perfume de flores que desde muchos años no he podido aspirar.

En aquellas solemnes horas en que la naturaleza se aprestaba á adormecerse en el seno de las sombras, ¡cuántos ratos nos paseábamos los tres al lado de la baranda de la alameda, inclinados sobre las aguas siguiendo con la vista la blanca línea de espuma que sobre las olas trazaban los botecillos guiados por remeros negros y que conducían viajeros al vecino pueblo de Regla! Mis hermanas reían, se contaban sus impresiones, ó paseaban la alameda cogidas de las manos ó sujetándose la una á la otra por el talle. Muchas veces nos estábamos en aquel lugar hasta muy tarde y nos entreteníamos en ver encender uno por uno los faroles de aceite que alumbraban la alameda, las ventanas de las fachadas de las casas cubiertas por colgadizos de madera dura y torneada y las del Teatro Principal, que derramaban su luz sobre el suelo empolvado de la calle. Y del lado del mar también

se encendían en las orillas y en los buques de yela y vapores de dos grandes ruedas, farolillos de luz blanca, azul, roja, que reflejaban en la superficie inquieta del agua, trazando prolongadas líneas luminosas.

Apartados, ocultos en un extremo de la alameda que tocaban las altas paredes de negruzca piedra de la iglesia de Paula, veíamos las volantes que se detenían y la mucha y alegre concurrencia que iba penetrando bajo los soportales del teatro, donde todo era bullicio y animación, de que también en otros dias, habíamos disfrutado. ¡Qué recuerdos tan confusos y vagos acúden atropelladamente á mi memoria de aquellos frecuentados lugares! Los cuentos, con que me entretenía y medio aterraba una negra anciana, de ánimas en pena que rondaban por la calle de las Damas y de calaveras y fantasmas que salían de Paula. Y á la par que éstos, lléganíme recuerdos más gratos aunque de otra época, la de mi adolescencia. «La Urraca ladrona,» la «Semíramis,» el «Barbero de Sevilla,» el «Tancredo» del popularísimo Rosini, los oí cantar, con la letra puesta en castellano, por la Muñoz y la Galino. Los hermosos y gratísimos aires de esas óperas vienen como apagada y dulce música á mi oido: yo las tarareaba á todas horas; y cuando no, oíalas en los pianos de las jóvenes vecinas, ó en el de mi casa que tocaban mis hermanas. Luego la Rossi, la Abini y Montresor volvieron á hacérnoslas oir, con

otras óperas más, cantadas en el melodioso lenguaje de Petrarca.

Cuando no había función en el Principal, su pórtico de dos pisos levantado sobre seis columnas, sus cerradas ventanas y su alto frontis terminado en una especie de feo semicírculo, estaba silencioso, mudo, oscuro en su interior y tomaba aspecto de abandonada y solitaria ruina en las noches en que lo bañaban todo los rayos de la luna. Y en los dias en que sus ventanas se abrían, en que las arcadas del pórtico se henchían de gentío, la brisa esparcía las voces de los coros, el sonido de la orquesta, dirigida por nuestro amigo Trespuentes, el rumor de los aplausos, á veces un trozo de canto limpio, perfecto .....y todo esto venía á nuestro apartado sitio confundido, mezclado con el batir incesante de las olas, el toque de queda que marmarcaban las campanas de los buques, ó la lejana canción que á bordo de las enormes goletas entonaban los sufridos marineros.

Y cuando dejábamos, en ocasiones muy tarde, la vasta alameda, cruzabamos frente á la casa del que más tarde fué maestro de una generación, del bondoso José de la Luz. Aquel edificio cuya puerta de entrada dejaba entrever una especie de largo claustro en el fondo del cual desvanecía levemente las tinieblas, dentro de un farol que el viento hacía oscilar, una lamparilla de aceite, reflejaba la austera moralidad de sus virtuosos dueños, atentos, afables, de una cortesía

natural y delicada, dotados de esos sentimientos hospitalarios, de todos los cultos hijos de este suelo, en aquella época de esperanzas y de paz y en que hechos terribles no habían lacerado los corazones ni extremecido de horror los hogares. En la puerta de la casa de Luz hallábamos siempre un negro anciano, padrino de nuestro calesero, que se descubría y nos saludaba, siempre alegre y respetuoso hasta la humildad, así que nos divisaba. Entónces les dábamos expresiones para sus dueños y continuábamos de regreso á nuestra casa.

Ah! el recuerdo de estas tardes y hermosas noches pasadas en compañía de mis hermanas, me emociona profundamente, parece todo un dulce sueño. ¿Por qué pasaron? ¿por qué no continuaron siempre así? ¿á quién perjudicabamos? ¿á quién ofendiamos? ¿qué culpas debíamos pulgar? para que luego los acontecimientos lo hicieran cezar y lanzaran por distinto rumbo nuestros pensamientos y nuestras vidas.

VI.

UN dia hermoso como el de hoy, á la hora en que el sol llegó á lo más alto de esa expléndida bóveda de transparente azul, quebrando su luz en los blanqueados muros de las azoteas, inundado de claridad las nubes que semejaban masas inmensas de ópalo ó de nácar, y parecía sumirse en en el hueco que formaban los hondos patios y en los negros y oscuros ladrillos de los viejos tejados; mi vista vagaba á la ventura de uno en otro lugar sin fijarse en punto alguno del inmenso paisaje que se descubre mirando á través de

los torneados balaustres de madera de esa ancha ventana.

Cenicientos nubarrones se agrupaban sobre las colinas del otro lado del puerto; el pedazo de mar que se descubre tras aquellas dos casas altas brillaba reflejando claridad como de líquida plata y que apenas podían resistir los ojos; las banderas de colores varios que en el tope de sus mástiles tenían los buques flameaban con la brisa. Todo estaba en calma profunda: de vez en cuando solo se oía del lado del patio la voz de mis hermanas y los trinos del canario. La atmosfera entibiada por aquella multiplicidad de resplandores, convidaba al cuerpo á sumirse en plácido sopor, y aquella quietud absoluta, aquel silencio en la tierra y en el cielo llenaban el alma de vaga é indefinible melancolía.

Era uno de aquellos instantes en que la misma abrumadora inmensidad del espacio y del tiempo parecía pesar sobre mí; y las horas pasaban y repasaban lánguidamente arrastrando sin obstáculo en su lenta marcha todo esfuerzo, toda actividad que de mí proviniese. ¿Por qué me encontraba allí? ¿á donde iba? ¿qué penas ó qué placeres me reservaba el destino? Eran estos los únicos pensamientos que vagamente me ocurrian. Y solo respondían silencio y calma en la naturaleza toda.

Mi vista se fijó luego en algo que se movía avanzando con despacio tras de la cúpula de la iglesia de

Paula, y ví que atravesaba aquel pedazo de mar, que hervía resplandeciente con la luz, la silueta de un gran navío, cuyos altos y enhiestos mástiles cruzaban por entre los otros de los demás buques; sus banderas se delineaban claramente sobre la blancura luminosa de las nubes, y otras veces sobre el cielo, y sus lonas, enchidas por la brisa, íbanse recogiendo poco á poco unas tras otras. Los mástiles cesaron de moverse: señal cierta de haber quedado anclado el buque en medio de los otros que ya lo estaban.

Y sin saber por qué mis ojos no podían apartarse de aquellos altos y delgados maderos que con su pausado movimiento habían roto por un instante la monótona inmovilidad que me cercaba. Permanecí largo tiempo de esta suerte; y me hicieron salir bruscamente de mi abstracción profunda el oir gritar dos veces mi nombre á mis hermanas. Cuando fuí á ver que me querían palidecí, me flaquearon las piernas y tuve que sugetarme á la baranda del balcón para no caer.

Mi padre había llegado. Allí estaba, de pié, en medio del vestíbulo; el sol hería los bordados de hilo de oro, los botones de metal y el lustroso correaje de su uniforme de oficial de marina. Estábamos aterrados: ¡tanto aguardar y prepararnos para aquel momento y tan grande la sorpresa que nos ocasionaba! Mis hermanas no sabían que hacer, ni mi padre tampoco qué decir, la situación era muy embarazosa para todos.

sentir jamás desfallecimientos contra las oleadas, que en las soledades del océano levantaban las borrascas, no pudo resistir la ráfaga glacial de una desgracia. Seguramente que nada había presentido, sino que ésta idea germinó repentinamente en su cerebro, excitado de improviso por la fatal noticia que adivinó.

Apenas pronunció aquellas palabras, le vimos vacilar, aspirar como para introducir en su oprimido pecho gran cantidad de aire, caminar con inseguro paso, tambaleándose, hacia la pared, en la cual quiso apoyarse palpandola sin tino, luego se arrojó en una silla y no pudiendo sostenerse en ella, rodó al suelo perdido el conocimiento.

Entre los criados y yo lo trasladamos á su lecho. Y mientras llegaba el médico, le estuvimos rociando el rostro con agua fresca: habiásele puesto amoratado y las venas de su cuello muy abultadas. Cuando llegó el médico, dispuso que se le sangrara sin pérdida de tiempo y despidiéndose hasta la noche, no sin prevenirnos antes que le avisaramos al menor síntoma de recrudecimiento del mal, díjonos que estaba enfermo de mucha gravedad.

Tres días y tres noches de mortales angustías pasamos á la cabecera del enfermo, que no había recobrado aún el conocimiento: andábamos en puntillas sobre el alfombrado piso de la habitación, que recibía la luz velada por tupidas cortinas de demasco verde. Los familiares amigos y compañeros á quienes reco-

mendamos silencio, y que entraban á ver el enfermo salían de allí muy cabizbajos. Casi veíamos envejecer y demacrarse por horas á nuestro pobre padre.

Muy debilmente pudo alzar los párpados cerrados hasta entónces, al amanecer del cuarto día. Pero en aquella mirada y en aquel rostro había desaparecido toda señal de inteligencia. Un més después apoyados los brazos del enfermo en nuestros hombros, ejercitaba sus fuerzas, recorriendo repetidas veces de un lado á otro el vestíbulo y el patio.

Le mostrabamos la higuera, las tinas de las flores, el cielo cubierto de nubes; arrancábamos los frutos del granado y los arrojabamos para que rodaran por el suelo. Y el lo veía todo con la más profunda indiferencia. Había perdido el habla; y solo por torpes señas é ininteligibles voces pedía que lo volvieran á otro lado cuando se causaba de estar en alguna posición: era lo único que hacía. El médico nos animaba con la esperanza de que nuestro amado enfermo iría restableciéndose poco á poco, pues el accidente sufrido más cerca le había tenido de la muerte que de la vida en aquellos tres terribles días.

Pero pasaban las semanas y los meses y nuestro padre nos daba la menor señal de mejoría, á pesar de los efuerzos del médico, de mis hermanas y de los míos, consagrados todos, noche y día, á cuidar del pobre enfermo. Su mirada vagaba indistíntamente de un lado á otro sin que nada la detuviese, sin que en

nada se fijase. De día solo le llamaba algo, muy poco, la atención los reflejos del sol en el espejo de Natalia, en los vidrios, en algún charquillo de agua ó en los botones y esferillas de cobre esmerilados que adornaban las puertas y la escalera; y de noche alzaba sus ojos á la luna ó se quedaban fijos mucho tiempo en las llamas de las bujías.

En aquellos meses había envejecido más que en muchos años. Pasábase los días enteros sentado en un ancho butacón de badana oscura tachonada de clavos dorados. Nada de la vida exterior le importaba; solo alguna que otra vez ponía atento oido á los trinos del canario, y cuando le acercabamos la jaula suspiraba y sonreía tristemente.

Al cabo de un año casi habíamos perdido toda esperanza de que nuestro padre volviese á recuperar su entera salud. Ya nos habíamos acostumbrado á verle y tenerle á nuestro lado de aquella suerte, y al pensar que los acertados y prontos auxilíos del médico eran los que le habían salvado, nos conformabamos y hasta nos creíamos harto recompensados en medio de aquella nueva desgracia con que la suerte nos afligía. Los amigos y compañeros de mi padre vinieron con frecuencia, al principio, á informarse de su salud, luego fueron escaseando sus visitas más desesperanzadas que nosotros de su mejoría. Quién continuaba siendo un amigo prudente y cariñoso era el sacerdote trasladado ahora á una cercana parroquia y que des-

de muy niños estábamos acostumbrados á ver en nuestra casa: era un hombre bueno, caritativo, tolerante y que sin contradecir abiertamente á nadie exponía con ingenuidad y sencillez sus opiniones,

¡Cómo van ocurriendo las cosas, cómo van encadenándose los sucesos, se vén, se palpan, se presencían y nuestra naturaleza es casi siempre tan pueril que nos hace creer que todo es ilusión! Esto pensábamos, y aun en voz alta nos lo decíamos unos á otros, á cada paso, mis hermanas y yo. Pocos años, nada más que cuatro antes, ¡quién lo diría! esta casa tranquila y que aun no habían visitado la desgracia ni la muerte, cobijaba unos seres que disfrutaban, sin la más leve sombra de pesar, de los más íntimos y puros lazos del cariño y del amor. Sólo se oían risas, canciones, los pájaros, el piano, sólo se forjaban risueños proyectos.

—Cuando tu seas grande .... cuando yo sea grande..... nos decíamos; y tras esto, nos entreteníamos todos largas horas contándonos lo que habíamos de ser. Ante estos encantadores ensueños de niños alzábanse con base deleznable y falsa vagas nociones del tiempo, de la vida, del trabajo, de las pasiones, de la riqueza, de la sociedad, ah! qué bello era este mundo ideal creado por nueslra infantil imaginación. Y al cabo, después de tanto hablar no atinábamos bien lo que habríamos de ser.

Ahora, tampoco lo adivinábamos, y aunque no

estaban destruidas del todo nuestras ilusiones, ya comenzábamos á ver lo porvenir de otro modo que con nuestro criterio de niños, ó mejor, de ángeles, que revolando en purísimos espacios, jamás han rozado sus alas con las ásperas breñas y punzantes malezas que obstruyen el penoso camino de la vida.

VII.

CON la desgracia de nuestro padre, abrióse nuevo período en nuestra vida. Siguiéronse dos años durante los cuales corrieron para nosotros días muy tranquilos. En pocas ocasiones salíamos de casa, pero el cariño que nos profesábamos hacíanos olvidar los ruidosos placeres de la sociedad.

Por las tardes mis hermanas y yo, sentados en los blancos muros de la azotea, refrescada agradablemente por la brisa, pasábamos allí horas enteras, mudos de admiración, contemplando los suavísimos y variados matices que con el crepúsculo tomaba el cie-

lo, las caprichosas formas de las nubes; y luego, los grupos de estrellas que iban asomando por todos los puntos de la dilatada bóveda azul oscuro que sobre nuestras cabezas se alzaba y cuya inmensidad y explendor eterno parecía anonadarnos.

Y cuando moría el día y abandonábamos aquel lugar, no sé porqué se apoderaba de nuestras almas recóndita tristeza y recorríamos las oscuras escaleras emocionados y silenciosos. Después de noche ya, nos sentábamos en la mesa del comedor, donde unas veces leìan mis hermanas y otras nos entreteníamos en repasar una magnífica colección de albums que nos había regalado nuestro padre y en la cual, esmeradamente grabados en acero, estaban reproducidos los cuadros, edificios y esculturas de los más notables artistas griegos, romanos y del renacimiento.

Ah! aquellos libros grandes de pasta verde y labrada, de corte dorado, cuyo olor á nuevo, á tinta, á papel algo húmedo, paréceme que aún percibo envuelto en el tibio perfume que esparcían los cabellos de mis hermanas, eran entonces para nosotros fuente de los más puros goces y del más ameno entretenimiento. Una y mil veces repasabámos aquellas grandes hojas que encerraban las concepciones y creaciones de los grandes maestros de las artes plásticas.

Mis hermanas, sentadas en una misma silla, sujetándose la una á lá otra para poder sostenerse en el estrecho asiento, con sus rostros casi unidos, con sus

cabellos enteramente confundidos y que á corta distancia no podía decirse cuales eran los de la una, ni cuales los de la otra, con sus cuellos esbeltos, con sus senos ligeramente levantados por las primeras formas de la adolescencia, confundiendo sus alientos, con la vista fija en las láminas de los albums é iluminadas por la quieta luz de las bujías, estaban radiantes de juventud, de inocencia y de hermosura.....Ah! cuantas veces las ha evocado así mi mente en las noches en que, atormentado por el insomnio y los penosos recuerdos, creíame alejado, desterrado á gran distancia de un mundo que había despertado en mí tan puras emociones, y entonces, aquellas facciones tan queridas, aquellos ojos de mirar tan dulce y en cuyas pupilas brillaba el cariño más profundo, aparecían ante mí como en noche de lobregueces una hermosa estrella doble cuyos suavísimos resplandores iluminaban mi alma y extinguían de ella la angustia y el tedio.

La misma inmovilidad y monotonía con que todo iba aconteciendo tiene para mí inolvidables encantos. A las tres y media, á más tardar, terminábamos nuestra comida. El sol doraba siempre de la misma manera la columna y los arcos del vestíbulo se dibujaban sobre el embaldosado del zaguán, delineando sus sombras entre el poco tupido velo que formaba el ramage del granado. Las flores acabadas de regar estaban empapadas de agua, y por sus hojas

rodaban y caían gotitas, que al ser iluminadas por un rayo de sol, iban destellando vívidamente los colores del iris. El café humeaba oloroso sobre el mantel blanquísimo de nuestra mesa. Hácia mi lado dorecho se sentaba Luisa y al izquierdo Adela.

De seguro que sin esa inexplicable y tiránica ley á que casi inconcientemente se van sometiendo los seres humanos sea para cumplir su misión ó bien obedeciendo á fatal destino, no hubiéramos trocado por nada los goces purísimos y modestos de que disfrutábamos en aquella existencia pacífica, monótona, invariable, tranquila, en que los días han corrido muy de prisa, casi sin ser medidos, como manantial que vierte sus clarísimas y frescas aguas al mismo nivel que alcanzan las aguas que en seno las recoge.

Dos seres infelices, dos pobres mujeres vestidas de harapos, jóvenes todavía, pero tan combatidas por las penalidades que solo sus ojos, aun bellos y brillantes, era lo que denotaba en sus demacrados rostros sus pocos años, se llegaban humildemente todas las tardes hasta nuestra mesa, y mis hermanas les repartían pan y alimentos, con lo cual se retiraban las mendigas, colmándonos de bendiciones y deseándonos de todo corazón que nuestro padre recobrase su perdida salud. Cuando por enfermedad ó cualquier otro motivo dejaba de venir á nuestra casa alguna de aquellas dos infelices, sentíamos profunda pena é inquietud. De verlas todos los días á una misma hora,

de oirlas expresar sus buenos sentimientos y deseos les habíamos cobrado mucho efecto.

Pero á veces, cuando en presencia de aquellas dos infelices, paseaba mi vista por mi alrededor, al contemplar las comodidades que nos rodeaban, el abundante y limpio alimento que sobre nuestra mesa había, los cristales de las vagillas, los cubiertos de plata que reflejaban la luz, pensaba, con tristeza y melancolía, que en vano procuraba desechar, en que con alimentar aquellas dos desvalidas criaturas bien poco hacíamos, que muchas otras gemirían en algún oscuro é insalubre rincón, y estas ideas me atormentaban hasta causarme remordimientos.

Una tarde que llovìa mucho, quedóse una mendiga más tiempo que de costumbre. Y conversando con mis hermanas, hubo de decirles que tenía una hija de la edad de ellas. Instáronle de seguida á la pobre mujer que la trajese, y al otro día, cuando nos hallábamos terminando nuestra comida, llegó la mendiga acompañada de su hija. Esta se llamaba Antonia y era bellísima.

No pudieron conseguír mis hermanas por más que lo rogaron, de Antonia, que se sentase á la mesa y por celebrarla buscábanle mil parecidos y semejanzas con otras jóvenes amigas y conocidas de la misma edad, y al fin llegaron á convenir en que se parecía á Natalia. Mientras estaban disputando mis hermanas sobre lo primero pensaba yo que cierta-

mente la joven tenía semejanza con alguna persona que no me era desconocida, pero á quién de momento no podía recordar. Y cuando convinieron en lo segundo, es decir, en que se parecía á Natalia, no pude menos que notar también aquella rara y extraña semejanza, lo cual bastó para que Antonia despertase nuestras simpatías y efectos hacia ella.

Su pobre madre, gustosa por el interés y las fiestas que mis hermanas hacían á la joven, no tenía otro modo de mostrarnos la emoción y el agradecimiento que por esto creía debernos, sino derramando tiernas lágrimas y dándonos mil nombres cariñosos.

Antonia, con los ojos bajos, llena de esa humildísima modestia del infeliz poco acostumbrado á recibir atenciones de los que ocupan más elevada posición social, se ruborizaba y apenas se dibujaba en sus bien delineados y rojos labios una sonrisa de aprobación. Tan pobre, tan humilde y tan bella, con esto nos inspiraba Antonia más simpatías y aumentaba la compasión de todos las que la miraban.

Cuando se retiraban dijo la mendiga á su hija.

—En esta cosa es donde me dan la comida que llevo todas las tardes.

Antonia alzó sus bellos ojos, nos miró á todos, y en aquella mirada pudimos leer todo el sentimiento que rebosaba en el corazón de la pobre é interesante joven.

Desde esta ocasión, Antonia venía á menudo á

nuestra casa; pero por mucha confianza que le brindaban mis hermanas, por mucho que se esforzaban en animarla, jamás se despojó de su humildad y de su natural modestia.

Tal fué por entónces mi vida. Dias apacibles volvieron á sucederse unos á otros, y pasaban rápidos, como para no estorbar otros venideros en que, sin variación, se representaban en esta casa, á las mismas horas, casi en los mismos lugares, las escenas de los días anteriores.

Solo un pesar lo nublaba todo, y era la falta de nuestro padre, quien continuaba sín dar señal alguna de inteligencia, pero tampoco de sufrimientos, de incomodidades ó de dolores que le hiciesen padecer. Allí, en un rincón del primer cuarto, después de andar apoyado en nuestros brazos, para ejercitar sus entumecidos miembros algún rato, seguía paseándose, como sumido en largo sopor, los días, las semanas, los meses, los años. No se daba cuenta de nada: y su mirada vagaba incierta como si á nadie hubiese conocido jamás. Solo se le notaba, al cabo de algún tiempo, de cuan rápida manera iba haciendo presa la vejez en su organización hondamente perturbada.

VIII.

UNA tarde del mes de diciembre, lloviznosa, fria, y en que el viento al soplar en distintas direcciones y con desigual fuerza incomodaba, teníamos cerradas todas las puertas que daban al patio, encendido el interior de los cuartos, donde nos habíamos refugiado; y el ambiente que por ellos corría parecía entibiarse al recibir nuestro aliento. Allí se sentía ese dulce calor del hogar, esa especie de perfume indefinible que emana del cariño y de los puros goces engendrados en su seno y qne, como al venir al mundo lo res-

piramos y seguimos respirándolo en los felices años de nuestra infacia, parece que nos persigue luego envuelto con los más caros recuerdos durante toda la vida.

Todavía daba en el patio bastante claridad la luz del sol, el cual se ocultaba tras un espeso cortinage de nubes grises. Mis hermanas sentadas en el primer cuarto delante de una mesa de madera labrada y muy ligera, se entretenían en hacer, con hilo blanco, variados adornos. Alguna que otra vez hablaban en voz baja. Mi padre sentado en el lado opuesto de aquella misma habitación, en su ancha butaca de cuero, con el rostro casi oculto por la sombra, no daba más señales de vida que algunos pausados movimientos de brazos y el ruido de la respiración, la cual notábase que se le iba haciendo harto penosa. Yo, con la frente pegada á los frios cristales de la ventana, miraba distraidamente hacia el patio, cuya triste y blanquecina claridad contrastaba con la amarillenta y vacilante de las bujías que iluminaban lo interior del aposento, y quizá sería esta extraña y triste variación de luz lo que me llenaba de pesar el ánimo; pues en vano atinaba á que otra causa podía atribuirlo.

No estaba muy seguro de mis observaciones: el mismo abatimiento de mi ánimo me hacía desconfiar de su certeza, pero pensaba que desde algún tiempo mis hermanas no se mostrában tan cariñosas conmigo; que ya iba desapareciendo de sus rostros aquella

despreocupación de la inocencia mezclada á cierta indescriptible alegría infantil, que las hacía comunicativas francas y decidoras. Ya nó; notaba que se volvían reservadas, que hablaban con recelo, como si yo les hubiera causado algún disgusto. En vano rebuscaba en mi memoria que motivaba aquel cambio, y concluía por convencerme de que no tenía ningún fundamento para pensar de esta suerte. Lo cierto era que sentía aquella misma tarde un malestar indefinible: no me apartaba de la ventana y me entretenía, casi inconscientemente, en ir viendo rodar por sus cristales las trasparentes goticas de agua que había adherido á ellas la llovizna y las líneas curvas y formas caprichosas que al resbalar unas sobre y otras y atraerse y confundirse dibujaban. Después miraba hacia adentro y veía á mis hermanas con la cabeza inclinada sobre el tejido en que trabajaban, hablando entre sí muy de quedo, y sentía impulsos de correr hacia ellas, de estrecharlas entre mis brazos, y de reclamar con mis derechos de hermano cariñoso todos aquellos secretos que no querían confiarme. Pero no me llegaba á decir: ¿qué secretos eran esos qué querían confiarme? ¿estaba enteramente convencido de que ya no me trataban de igual modo que antes, ó eran simples aprenciones mias?

Iba á retirarme de la ventana cuando noté que alguien caminaba por el vestíbulo dirigiéndose hacia la puerta de la habitación en que nos hallábamos.

Ya casi todo estaba envuelto en sombras por aquel lado; solo el patio conservaba el pálido resplandor de algunas nubes tenuemente iluminadas por los últimos reflejos del sol; así es que la oscuridad impedía distinguir al que atravesaba el vestíbulo.

El desconocido traspuso el umbral de la puerta de nuestro cuarto, y sus facciones quedaron inundadas con la luz de las bujías. Era el sacerdote. Siempre nos alegrabamos de ver aquel anciano que tanta resignación y consuelo proporcionaba á todos con sus juiciosas palabras. Le teniamos cariño y respeto, y cada vez que llegaba á nuestra casa nos disponíamos á pasar agradables horas con su amena conversación y á recoger sanas lecciones con los consejos que con delicadeza suma sabía dar á cuantos le escuchaban.

Pero en aquella ocasión venía á tratar el anciano de algún importante ó grave asunto, pues así me lo hizo entender después de saludarme. Cogió una silla é indicándome otra, me rogó que me sentase á su lado. Mis hermanas habían contestado con visible turbación el saludo del sacerdote y luego volvieron á atender á sus labores.

—Sabes, hijo Pablo, comenzó á decir el anciano, que una de las más santas misiones de la muger es la de llegar á constituir una familia por medio del sacramento que nuestra fé consagra. Es esta providencial misión y aún necesidad que la misma naturaleza impone. No te extrañe el oirme hablar de

esta suerte; sabes cuales son mis ideas sobre este punto: jamás he influido para separar de este camino á ninguna joven; por el contrario, la que disponiéndose á sacrificarlo todo para ingresar en el claustro, me ha pedido consejo, le he suplicado á mi vez que lo meditase mucho, que mucho lo reflexionase y buscase en lo más recóndito del alma si en su propósito influía la vocación verdadera y no los impulsos que nacen á raiz de algún desengaño ó del despecho; que esperase con ánimo sereno algún tiempo, durante el cual debía estudiar los consejos que me pedía.

A medida que con magestuosa pausa iba diciendo el anciano estas palabras, yo veía encenderse de rubor las mejillas de mis hermanas, y quizá tambien ví brillar en sus párpados una lágrima.

Sentía inquietud al oir la voz dulce y serena del anciano: en más de una ocasión estuve tentado á interrumpirle para rogarle que abreviase su relación.

Hubo de notar probablemente mi interés y mi impaciencia, porque sonriendo continuó de esta suerte:

—Por más que quise animar á tu hermana Adela para que ella fuese quien te hablara de este asunto, ha manifestado cortedad y me ha rogado que fuese yo quien hablase por ella. Me ha enterado de que ama á un joven honrado y digno, el cual habrá de venir un día ú otro á solicitarla por esposa. Antes que esto sucediese ha querido tu hermana, y es muy opor-

tuno, que tu lo supieras puesto que por la enfermedad de vuestro padre, has venido á ser jefe de esta familia y te cumple el deber de velar por la felicidad de tus hermanas. Pero antes de resolverme á dar este paso, he procedido según la experiencia de mi profesión y de mis años me ha dictado. El joven que ama tu hermana es digno de ella: antes de haberme cerciorado de las bellas prendas que le adornan no se hubieran abierto mis labios.

El silencio que sucedió á estas palabras, la luz que daba de lleno en el rostro de mis dos hermanas realzando su belleza, mi padre algo más allá que presenciaba esta conversación y esta escena mirándonos vagamente y sin poder entender nada, y sobre todo, el pesar que el cariño de mis hermanas había de compartirse con alguien cuya existencia ignoraba hasta entónces, aumentó el pesar que desde antes me oprimía el pecho.

Era aquella situación muy penosa para todos. Yo balbucié algunas palabras, oí que Adela me daba las gracias, sentí que cogió mis manos y las estrechó un rato cariñosamente entre las suyas. Después hablamos muy poco sobre el mismo asunto: ya á todo accedía, sintiéndome impotente para intentar cualquiera otra cosa. Cuando el anciano se despidió de nosotros, comprendí que Adela, que hasta entónces había permanecido silenciosa, tenía deseos de que la animase á decir algunas palabras. Así lo hice,

fingiendo una intranquilidad que estaba muy lejos de tener, y entonces ella me condujo al vestíbulo y me rogó que me sentase á su lado.

—Pablo, dijo con voz embargada por la emoción, te agradezco lo que por mí has hecho; no esperaba otra cosa de tu cariño y buen juicio; pero no quiero ser feliz yo sola, ó por lo menos, ser la privilegiada. Luisa también ama, y más tímida que yo, no se ha atrevido á comunicar á nadie, ni á mi misma su secreto. Sé que sufre y no quiero verla sufrir más; deseo que también ella sea feliz. Tú eres hoy nuestro apoyo, hermano mio: si algo he sentido es no haber tenido antes más valor para confiarte mi secreto, y aún este mismo paso que ahora he dado no sabes cuantas vacilaciones y cuantos esfuerzos me ha costado. Luisa ama; y es también justo que, puesto que no has negado mi pretensión tampoco niegues que visite nuestra casa el joven que ella ha elegido por esposo.

A todo volví acceder con gestos y palabras ininteligibles para mí mismo. Estaba sin darme cuenta exacta de lo que oía ni de lo que en torno mio pasaba. En el resto de aquella noche solo cambié con mis hermanas contadas palabras, y comprendí, que sin poder dominar el resentimiento que contra toda mi voluntad sentía, me despedí de ellas con mucha frialdad. Y luego, cuando llegué á estas altas habitaciones, solo, oculto á las miradas de todos, dì rienda

suelta á una tristeza inoportuna, injusta, pero invencible; y lloré.. ¿A qué causa atribuir aquella honda conmoción de mi ánimo, sino al inmenso egoismo de mi cariño de hermano? No pude conciliar el sueño hasta hora muy avanzada de la noche, en que la pesadumbre y el hastío me rindieron.

IX.

FLORES, ramos de azahares, encajes, cortes de vestido de raso blanco y en medio de todo esto, que ocupaba casi todos los muebles de la habitación, veía yo á mis hermanas y á las criadas atareadas día y noche con las costuras. Eran muy felices, estaban muy contentas; á veces una broma que una de ellas dirigía á la otra teñía de vivo carmín sus mejillas y hacía brillar con más intensidad el fuego de sus negros ojos.

Antonia, la bella hija de la mendiga, también se hallaba allí, ayudando á mis hermanas en sus tra-

bajos. Muchas veces era ella quien servía de modelo para entallar y medir bien los vestidos ó para ensayar el efecto que producían las coronas y los adornos; y en verdad que esto daba realce á su rostro y á su esbelto y flexible talle. No fueron pocas las ocasiones en que pude ver de aquella suerte el hermoso modelo; pero siempre hacía de modo que no se notase mucho mi presencia ni la atención con que seguía los graciosos movimientos, que entre ufana y algo humillada ejecutaba embarazosamente Antonia á ruego de mis hermanas.

Motivaba aquella actividad los preparativos para las bodas de mis hermanas, que debían celebrarse á mediados del siguiente abril, es decir, poco después de la noche de diciembre, en que habló conmigo el anciano sacerdote. Algunas veces que veía á Antonia reunida con mis hermanas, no sé qué placer intenso me llenaba el alma ó que dulce emoción se despertaba en ella haciéndome olvidarlo todo y pensar que Natalia no había muerto, que todo había sido algun mal ensueño, que allí estaba completo el número de aquellas tres hermanas que siempre había tenido, pues que Antonia me mostraba igual afecto que Adela y Luisa; y la rara semejanza que la hermosa joven tenía con mi pobre hermana muerta, contribuía á sostener mi ilusión.

Antonia me hablaba siempre con naturalidad y gracia, y como jamás me atreví á dirigirla requiebro

alguno, nos tratábamos con franqueza y amistad verdaderamente fraternal. Ya se habían acostumbrado tanto mis hermanas á tenerla á su lado, que no la dejaban salir de casa durante dìas y semanas enteras La madre de Antonia solía murmurar y aun quejarse de la pena y amargura que le causaba permanecer separada de su hija; pero mis hermanas, y la misma Antonia, lograban convencerla de que no por esto se mermaba el cariño entre ella y su hija, y entonces la pobre mendiga se retiraba contenta y consentía en que Antonia quedase algunos días más con nosotros.

Pero también por otro motivo nos complacía tener á Antonia á nuestro lado, y era porque mi padre mostraba agrado cuando la joven le hablaba y le cuidaba: en el alma compasiva y tierna de la pobre joven habíanse despertado profundas simpatías por el enfermo. Y contribuyó á aumentarlas la circunstancia de haber sabido, por mis hermanas, que mi padre era marino; también ella recordaba haber oido contar á su madre, siendo muy niña aún, la historia de su padre; á quien Antonia no conoció jamás, que era un marino. De aquella historia conservaba ideas muy vagas; sólo estaba segura de que siempre al concluirla solía su madre estrecharla bañada en lágrimas, contra su corazón. Por nuestra parte no quisimos saber más, por delicadeza, del pasado de la joven: en nuestro cariño hacia ella iba mezclada una profunda compasión. Antonia había llegado á ser un nuevo

familiar de nuestra casa: era ella quien deseaba siempre acompañar á nuestro padre sirviéndole de apoyo en los paseos que por disposición del médico le hacíamos dar con frecuencia por el patio; era ella quien atendía solícita los menores deseos del enfermo, cuyos gestos, en pocos días, logró entender tan bien como, después de algunos años, lo entendíamos nosotros. Y mi padre pagaba tan fina solicitud estrechando á Antonia de la misma suerte que á mis hermanas, cogiéndo las manos de la joven entre las suyas y mirándole fijamente, por largo tiempo, su cándido rostro.

El encanto que me producía ver á Antonia entre nosotros casi me hacía bendecir aquellos preparativos que tan afanosas traían á mis hermanas, y que estaban destinados al día en que ellas debían separarse de mi lado, después de habernos tenido tan dulce y estrecho afecto desde que vinimos al mundo. Por fin, todo estuvo listo una noche: habían puesto un vestido de raso blanco á Antonia, la cual, de pié ante un gran espejo, con su largo cabello de negrisimas blondas que caían por su espalda, iluminado su rostro por las bujías del tocador, que le marcaban graciosamente los hoyuelos de su barba y de su mejillas y prolongaban la sombra de sus largas pestañas, estaba radiante de hermosura y de belleza. Aquella vez sin que pudiera ser ya dueño de mi mismo, se me escaparon frases de admiración que hirieron la modestia de la joven y la ruborizaron. Me miró luego con mirada fija, pe-

netrante, de admiración idefinible: mirada que me llegó al alma y que no olvidaré jamás.

Después siguió Antonia tan natural y hasta tan indiferente hacia mí, como si nada hubiera ocurrido. Mis hermanas sì que la celebraban á su sabor, y ella las dejaba decir y hacía cuanto se les antojaba Aquella última prueba de los trajes fué larga y minuciosa. Antonia andaba de un lado para otro y tomaba graciosamente cuantas actitudes le indicaban mis hermanas, lo cual mucho divertía á todas. Cuando le pusieron el velo de trasparente gasa, la corona y los ramos, sentí vehementes deseos de arrojarme á los piés de aquella belleza radiante y peregrina, para arrobarme en su contemplación. Pensé que muy feliz sería si pudiera conducir entónces aquella mujer buena y hermosa ante el altar; y como si fuera este sacrílego pensamiento, me avergoncé de mi mismo, me retiré de la habitación y comencé á pasearme por el patio, en el cual sentía que el ambiente puro y fresco de la noche caía como suave bálsamo sobre mi encendido rostro.

El día siguiente por la noche la escena había cambiado. Ya Antonia no estaba allí; aunque mis hermanas le habían rogado que no faltase supusimos que no había querido presentarse con los atavíos de su pobreza entre tanta gente, que vendrían á nuestra casa vestidas de todo lujo. Y así fué. Desde las seis de la tarde comenzaron á detenerse quitrines

ante la puerta, y de ellos bajaban, vestidos de toda etiqueta, los caballeros con sus casacas muy ceñidas de cintura, pantalones muy ajustados, cuello alto, chaleco muy abierto y de grandes solapas bajo las cuales lucían las camisas exquisitamente bordadas, rizadas y abotonadas con magníficos brillantes; y las señoras con sus trajes muy escotados, el peinado tan bajo y suelto que servía de negro fondo á los largos pendientes de esmeraldas y corales, todas llenas de encajes de seda, de valiosas joyas, luciendo sus blancas y satinadas espaldas, sus mórbidos cuellos, á los cuales llevaban atados collares de perlas y corales y sus brazos bien formados ceñidos por pulseras anchas de plata y oro exquisitamente afiligranadas.

Todos venían alegres, satisfechos; me estrechaban la mano, me daban la enhorabuena, me decían mil insulceses, y yo me mostraba complacido y risueño, cuando interiormente sentía despedazárseme el corazón. Y era que tras toda aquella animación, tras aquellos esplendores de fiesta, tras aquel cúmulo de luces y alegrías, se me presentaba el espectáculo de la casa solitaria, sin mis hermanas, sin mi padre, que este iba á buscar la salud á un lejano pueblecillo situado en la ribera del mar, según disposición de nuestro médico, y aquellas á una finca de campo, también lejos de mi lado, donde habían permanecido tantos años: grata época en que tantas horas felices y en dulce y agradable compañía habíamos pasado.

Cuando yo entraba en el primer cuarto, único lugar de la casa que aparecia desprovisto de la animación y actividad que por todas partes la alegraba, allí acudía no tan solo para cuidar de mi padre, que arrinconado y ageno á todo, permanecía sentado en su sillón como de costumbre, sino porque entre las puertas de los cuartos, tras las abiertas hojas de las trasparentes mamparas, podía ver á mis hermanas ataviándose profusamente. Y al reparar la alegría que se retrataba en sus rostros, sentía ahondarse más mi pena. Debí estrecharlas entonces muchas veces entre mis brazos, debí hacer caer sobre ellas todas las lágrimas que luego su ingratitud ó el destino me han hecho derramar; pero nó; el buen parecer exigía que me presentase comedido y sereno ante toda aquella sociedad elegante que había invadido la casa; debía contener mis arranques de cariño y permanecer impasible. Y así lo hice; solo algunas frias palabras, solo algunas sonrisas oyeron y vieron en mí todos.

Las ocho serían cuando llegaron los dos novios, rozagantes, hermosos, respirando por todos los poros de su cuerpo satisfacción y felicidad; y vinieron los dos juntos porque mis hermanas quisieron que sus bodas se celebrasen en un mismo dia. También con aquellos que pocos momentos debían ser, segun ellos decían, nuevos hermanos, hube de mostrarme complacido y contento. Cierto que ninguna queja tenía de ellos: ah! pero no son unos mismos los vínculos

impuestos por la naturaleza, por la sangre, y los contraidos por ceremonias religiosas y sociales, así es que, por más esfuerzos que hice, un egoismo indómito, invencible, mantenía cerradas las puertas de mi corazón. Además, ellos eran los que quitaban á mis hermanas de mi lado, eran ellos los que venían á compartir conmigo su cariño y yo, les sonreía, me mostraba cortés, traía á mi memoria el recuerdo de otros amigos á quienes ví amables con toda sinceridad en circunstancias análogas, forzaba mi voluntad para vencerme; pero, francamente, nunca puede dominar aquel íntimo resentimiento.

Al fin salieron mis hermanas de su habitación, y después que saludaron á la concurrencia, ocupamos los quitrines, que se pusieron en marcha y no se detuvieron hasta que llegaron frente á las puertas de la iglesia, en donde debía efectuarse la ceremonia nupcial. Todo lo que observé dentro del templo, pasó ante mi vista vagamente: estaba como aturdido; sólo me parecía sentir que me martilleaba el corazón dentro del pecho y temí más de una vez, que rodaran las lágrimas por mis mejillas. Luego se dió un expléndido banquete y un gran baile en casa de una de las familias de los novios; todo el mundo se divirtió y yo pasé por la tortura de fingir que tambien me divertía.

Cuando el sol comenzó á clarear con sus amarilentos resplandores el horizonte, y el frio ambiente

de la madrugada penetró en la sala, cesó el baile; unos se despidieron reiterándonos sus deseos de que fueramos muy felices, otros siguieron conmigo para acompañar á mis hermanas hasta las afueras de la población, donde debiamos reunirnos con algunos criados y con mi padre, pues mis hermanas se empeñaron en llevarlo, antes de que fuera al pueblecillo de la costa indicado por el médico, á la finca de campo donde iban para probar si sus aires, sus aguas y sus bosques, aliviaban los padecimientos del pobre enfermo.

Poco más de una legua habriamos andado por la calzada del Monte, cuando se detuvieron los quitrines y me despedí de mis hermanas y cuñados. Ellas continuaron, colmadas de felicidad y alegría, su camino y yo volví á mi casa, donde aturdido y fatigado, me arrojé en mi lecho.

Las dos daban en el relój de la torre, cuando desperté, la casa estaba inundada de sol; pero triste como ahora tambien lo está. Bajé: aún quedaban en los cuartos de mis hermanas algunas flores, cintas, esencias, objetos que ellas habían tocado, y algún vago perfume, en fin, que parecía emanado de su ser; pero todo esto en lo cual detenía mi vista largo rato, sólo servía para marcar más la soledad en que habían quedado aquellos cuartos, hasta entonces ocupados por mí, ellas y por mi padre.

Ya, solo quedaba yo en la casa, encargado del

manejo de nuestros modestos intereses y el viejo calesero que aun me sirve. Angustiábame pensar que con el tiempo no cesaría el aislamiento que me rodeaba: antes, con los seres que constituían nuestro hogar, parecíame tener todo el mundo en redor mío, ahora en mi desaliento profundo creía estar como en el fondo de una vasta prisión ó en las soledades de un desierto.

X.

PASÓ más tiempo: dos ó tres años. Al principio mis hermanas vinieron á visitarme muy á menudo; tratabánme sus esposos con delicadeza y cortesía y yo les correspondía con la más fina amistad. Pero, notaba, á mi pesar, que ya no éramos los mismos unos para otros; que no brotaban ya aquellas frases expontáneas de las sencillas conversaciones que teníamos, cuando nos hallábamos en cariñosa y fraternal unión. Otras atenciones, otros afectos, que si bien no podían desligar del todo nuestros corazones,

envolvían nuestro trato con esas insulsas fórmulas que con tanta verbosidad pronuncían los labios cuando nada ó poco tienen que decir, y que tanto estorban cuando desean explicar esos íntimos sentimientos del alma que conmueven todo nuestro ser. Más si interiormente una causa secreta y desconocida para mí, me impedía conformarme, por el momento, con el cambio que había efectuado en el seno de nuestra familia, no por eso dejaba de esforzarme por avenirme con él.

La finca donde habían ido á vivir mis hermanas era bellísima y distaba muy poco de la Habana. Cultivabase en sus vastos y feracísimos terrenos el café, cuyos arbolillos esmeradamente cuidados estaban sembrados en simétricas hileras y en grandes espacios cuadrados que sombreaban á trechos limoneros y naranjos. Por las mañanas, cuando tras un nimbo de rojas nubes asomaba majestuosamente el sol por cima de las altas colinas que cerraban por el norte la finca, parecían los arbustos de café, fantásticos montecillos de fresca verdura esmaltados por los globulillos rojos de sus maduros frutos. Y de noche los naranjos y limoneros, con sus blancos azahares cargados de rocío henchían de embriagadores perfumes aquella fresca atmósfera, á través de la cual llegaban hasta mí los limpidos é intermitentes fulgores de las estrellas. Pero los aires puros de este hermoso campo no contribuyeron á aliviar la salud de mi padre; hubo que

llevarlo al pueblecillo de la costa, donde se le buscó una casita, vivienda de una hospitalaria y cariñosa familia de pescadores, y allí se le preparó una habitación que tenía una ventana que daba al mar.

Cortas fueron las temporadas que en la finca pasé, y estos momentos, únicos en que me aparté de esta casa y de estas habitaciones, fueron algunas de los que más gratos recuerdos dejaron en mi airada existencia. Aquellos paseos á caballo en que el buen humor y la alegría reinaban entre todos los de la partida y que alejaban de mi ánimo, un instante, toda sombra de tristeza; aquellas visitas al próximo pueblo en los días en que lo encortinaban y volvían bulliciosa las férias que celebraba por su patrono; aquellas noches de luna esplendidísimas, cuya claridad reflejaba en las calcareas piedras de los caminos y de las cercas, que plateaba los arroyos y los altos penachos de las palmeras donde arruyaban las tórtolas, cuyo canto melancólico esparcía por los campos la dulce brisa; aquel sopor, aquel silencio, en que estaban sumidos los bosques y las praderas al bañarse en aquellos tibios resplandores. La claridad del magnífico astro; el olor de las yerbas; la brisa impregnada de rocio; las carcajadas de mis hermanas que como escalas de agudas y sonoras notas herían la solemne quietud del silencioso campo, apagándose allá, á lo lejos, donde algún ténue y vago eco las devolvía: los caminos recorridos; el lugar que invariablemente

ocupaban mis hermanas cabalgando á mi lado; aquel negro Nicasio, ágil, listo, robusto, de inteligente mirada y fidelidad á toda prueba, que nos guiaba por los trillos del campo y reía mostrando su blanquísima dentadura cuando notaba nuestra vacilación en las encrucijadas de los caminos; los caballos, los perros, los guardieros, ¡ah! hasta los más insignificantes accidentes acuden á mi memoria y me conmueven con la dulce nostalgia de las puras emociones ya pasadas! Todo parece que esparce en torno mío aún á través de los años, aquellas claridades espléndidas, aquellos aromas, aquella fresca brisa, aquellos susurros de vagas é inimitables armonías que surgían como de ocultas cítaras de todos los lados del campo. Y luego que la realidad me dice el punto de mi existencia donde me hallo, se alejan rápidos, se desvanecen como la sutil neblina con los primeros rayos del sol, y dejan vacío á mi lado, ánsias de volver á aquellos días, á aquellas escenas, pena profunda en mi corazón, lágrimas amargas en mis ojos.

Y cuando regresaba de estos cortos y agradables paseos por la finca de mis hermanas, acogíame á esta casa, á estas altas habitaciones, como venerando asilo cuyas paredes, muebles y rincones hablabánme al corazón más gratamente que el campo con sus inmensos paisajes, con sus puras brisas, sus aromas y sus ruidos; porque allí me distría de todo el hermoso é inmenso cuadro que ante mis ojos desplegaba la na-

turaleza, allí parecíame vivir tan solo con la hora presente, y aquí la quietud y el aislamiento me ensimismaban, y los recuerdos me hacían vivir en las pasadas horas de mi existencia que tanto echaba de menos.

Ya había arreglado el plan de mi vida; y mi propósito era pasarla toda aquí, en esta casa, que es la de mis padres y mis abuelos; ya que mis ensueños de visitar otras ciudades, otras tierras, otras naciones, las obras del arte, la derribada Atenas. Jerusalem, el Nilo, Venecia y la antigua Roma, disiparonse ante la realidad de los medios de realizarlo. A veces el silencio y la soledad me hastiaban; pero acudía aún sonriente ante mí, una imágen querida, que se alzaba en los horizontes de mi oscura vida con los arreboles risueños de una aurora. Esa imagen era Antonia. ¿Por qué pensaba en ella? No lo sabía; y más extraño era esto porque desde que se habían apartado de mi lado mis hermanas no volví á verla.

Las rentas de los cortos bienes de mis padres, que yo administraba y repartía por iguales partes, religiosa y puntualmente entre mis hermanas, mis pocas aspiraciones además, dabánme cumplidamente, no tan solo los medios de atender á las necesidades de mi vida, sino tambien ocasión de mejorar la suerte de algún infeliz que imploraba de mí algún socorro. Asi trataba de mitigar la pena que me causaba vivir

apartado de quienes tanto cariño me habían profesado y que nunca pensé se apartaran de mi lado. Mi padre de nada carecía tampoco, como no fuera de la salud que lejos de adquirir iba perdiendo.

Pero siempre nos van obligando las circunstancias; poco á poco con todo nos vamos conformando, y si bien los penosos recuerdos nos combaten y entristecen, mil atenciones reclaman constantemente nuestra actividad, primero nos entretienen, nos halagan y luego hacen que nos consagremos á ellas por completo.

Todas las horas del día habíalas repartido en diversas clases de lectura; de noche abstraíanme las observaciones á que me incitaban un hermoso y ameno tratado de astronomía ¡cuánto sentí no tener más que ligeras nociones de música y de pintura! Por fin me consagré con creciente afan al estudio de mi profesión que había abandonado, por reclamarlo así los intereses qne administraba. Más nunca mis propósitos, que fueron bien parcos, habían de obtener cumplida realización. ¡Me hubiera conformado siempre con tan poco! Otro nuevo suceso vino á influir adversamente en el curso de mi vida.

XI.

Y este suceso fué la muerte de nuestro padre. Recuerdo muy bien que hasta entonces mis relaciones con los esposos de mis hermanas, de corteses habían pasado á ser sinceramente cordiales. Es verdad que á veces sus bruscas interrogaciones acerca de nuestros bienes, me habían disgustado; pero esto más lo atribuía yo á mi carácter por extremo sensible y delicado en asuntos tales que á falta de razón de parte de ellos. Más tan presto como ocurrió ese desgraciado suceso, casi inesperado por nosotros pues

la temperatura, la pureza del aire, el hermoso espectáculo del mar, en aquel tranquilo y agradable pueblecillo de la costa habían logrado al fin mejorarle mucho la salud de nuestro padre hasta el punto de hacernos concebir esperanzas de que en breve se restablecería por completo, comenzaron á hacer más insistentes, inoportunas y altivas, las preguntas de aquellos dos hombres.

¡Cada uno lo suyo! decían con brusquedad y esta era su resolución inexorable. Nada es mío, cuanto poseo es de mis hermanas, y lo de ellas es mio; porque nuestras voluntades, nuestro cariño, nuestro bienestar no es más que uno: el de ellas mio, y el mio no puede existir sin que el de ellas exista; así contestaba yo á aquellas proposiciones que en mi abstracción de las realidades de la vida parecíanme descabelladas y extrañas pues nunca pensé que se me hicieran.

Vanas fueron mis reflexiones y súplicas para que continuaramos viviendo como hasta entonces, siquiera algunos meses más á fin de que se mitigara un tanto la pena de nuestros animos por la reciente muerte de nuestro padre. ¿No había estado él muchos años muerto moralmente y disponiendo yo de los intereses sin que jamás padecieramos escasez? ¿á qué deslindar entonces los bienes que por herencia nos correspondía á cada uno. Parecíame que esta separación de nuestras riquezas y derechos era un nue-

vo lazo que entre nosotros se desataba contribuyendo á hacernos una pesonalidad distinta.

Al fin ante su tenacidad resolví que nos reunieramos para repartirnos en paz la parte de herencia que nos correspondía á cada uno. Todavía me parece increible lo que ocurrió, allá abajo, en aquel cuarto donde mismo habían muerto mi madre y mi hermana Natalia, ante el sillón de cuero que no habiamos querido variar de posición desde que lo abandonó nuestro padre. Mis cuñados no vinieron solos, trajeron dos consejeros de aspecto antipático, de una dulzura al hablar que repugnaba porque era una ficción con que pretendían velar su cínica codicia, eran dos picapleitos, dos de aquellas polillas que engordaban con la honra y la fortuna de las familias entre las corrupciones del foro. Aquellos dos hombres no habrían pactado despojarme de lo que justamente me correspondía, ni tampoco se habrían propuesto conseguir por diabólico placer nuestra común ruina: seguramente que era su propia avaricia y ambición lo que les nublaba la conciencia.

Mis cuñados no hablaban; estaban dominados, sugestionados de tal suerte por aquellos dos intrusos que se encontraron al acaso ni ellos mismos sabian donde, en un café, en La Columnata, en La Dominica, en La Lonja; no recordaban con qué motivo, ni si ellos eran los que les habían informado del asunto ó si por el contrario aquellos dos funestos aparecidos eran los

que les habían hablado primeramente á ellos. De lo que si tenían conciencia era de que se hallaban ligados de suerte que no podían desatarse; y antes de decidir nada miraban á sus consejeros y respondían con vacilantes monosílabos. Estaban transformados, variados; el tufo de humedad, de papel sellado, de hilo crudo, de obleas y de tinta, especial, irritante, que impregnaban la pesada atmósfera de las escribanías situadas bajo el palacio del Capitán General, les había mareado, produciéndole el más caótico barullo en las ideas. Y lo peor era que sus desalmados mentores, los llevaban á aquel lugar con cualquier pretexto. Y ellos, metidos en aquella Babilonia, recibiendo frases laudatorias y felicitaciones sin saber por qué; pero que les halagaba, presenciando aquellas ventas de manadas de esclavos, cuyo precio en pilas de brillantes onzas se colocaban en las toscas y empolvadas mesas de las escribanías, oyendo la aflautada voz de los rematadores y alguaciles que proponían bienes por centenares de miles de pesos á cada momento; oyendo, en el lenguaje más vulgar é irrespetuosa anécdotas sobre la vida privada de personas conocidas ó que habían acabado de salir, entrar y aun y de recibir estrechones de manos y adulaciones de los que, para pasar el tiempo ó producir hilaridad, los desacreditaban; codeándose con agentes, procuradores, picapleitos, oficiales, escribanos, clientes llenos de soberbia ó tempranamente encanecidos por su vida de angustías

y de lucha que se aguardaban día tras día con ejemplar resignación, la hora en que brillase la justicia; enterándose de aquellos violentos libelos que con enfática voz leía alguno y comentaban todos en corro, calificando con voz gruesa y gestos firmes de obra maestra del talento, lo que no era más que insoportable tejido de osadas vulgaridades, concluyeron por aturdirse, quizá por corromperse. Ansiaban que tambien sus nombres resonasen, entre frases huecas, pero sonoras, en algunos de aquellos escritos de muchos pliegos, sellos, firmas y rubricas de la fiscalía y aun del Capitán General; querian que el eco de sus apellidos fuera retumbando de rincón en rincón por todo el espacio que ocupaban las escribanías; que sus bienes fuesen citados corriendo de boca en boca por toda aquella abigarrada muchedumbre en cuyo seno no había un solo hombre en su estado normal; el que no reía desaforadamente de algún cuento cínico, amenazaba colérico á bribones ausentes ó invisibles como queriendo compensar su pusilanimidad cívica con su omnipotencia de pleitista, tolerada y favorecida cómo recurso valioso de la renta pública. En los momentos que asistían á los concurridos y vastos portales de la casa de gobierno, estaban como el curioso que asiste á presenciar el juego de la ruleta indiferente primero y pronto, tentado de probar fortuna ya que á tantos vé salir de la incitadora mesa con la alegría en los ojos y la bolsa enchida. Ah! en aquella vergon-

zannte ruleta á que se hallaba reducido el foro por aquellos días jugóse el ahorro, el afecto nacido del parentezco, el honor, el porvenir de las familias! Aquella vorágine arrastró también la nuestra.

¿Por qué habrá seres que saben ocultar en su pecho como los reptiles su dardo, las más torpes pasiones, para luego, en un momento dado, mostrarlas con toda su repugnancia? Los consejos de mis cuñados, como buscaban el pretexto aún antes de hablarme, hubieron de desavenirse conmigo y tambien entre sí, y sin pensar las heridas que pudiera producirme en el alma su conducta, disputabánse delante de mi girones de la fortuna, que á fuerza de privaciones y sacrificios, habían acumulado nuestros padres para nosotros, y acusabannnos con descaro inaudito mutuamente, á nosotros, los hermanos, de haber forjado ambiciosos planes para cuando llegara el trance de repartirnos la herencia ¡Y mis cuñados confiaban de buena fé, en los esfuerzos de aquellos dos indiferentes, de aquellos dos extraños, cuyo ergotismo servía para encubrir sus malas artes si nó bastaran sus gestos cómicos de afsctada indignación y sus protestas de honrada condncta y desinterés!

No fué posible que llegaramos á favorable acuerdo; aquellos dos truanes ambicionaban la parte de herencia que el otro señalaba y aún algo más y luego ninguno quería ceder ni con ruegos ni con amenazas. ¡Y mis cuñados presenciaban aquella comedia cre-

yéndose cada vez más fuertes, respetables y poderosos á medida que aumentaba el acaloramiento, y la energía de aquellos dos taimados pugilistas de la ley! Dirigíme presurosamente á la finca de mis hermanas, acudí á ellas rogándoles que con reflexiones trataran de convencer á sus esposos, de que arreglaran amistosamente sus pretensiones, á fin de evitar que, como tantos otros, tambien diésemos un escándalo ante los tribunales, cuando aún se hallaban calientes las cenizas de nuestro padre, y las encontré reservadas y hasta creo que incómodas y con desconfianza de mí.

Regresé á la Habana con el pecho oprimido y lleno de preocupaciones contra mi mismo. ¿Sería yo el que no tendría razón? ¿me hallaría en un error al calcular con matemática precisión el valor de los bienes, sus réditos y su división con absoluta equidad? ¡Oh, si, era yo! Para evitar aquella guerra de familia, que divertiría y enriquecería con nuestros despojos á gentes que nunca habiamos conocido, y que se fortalecían á la sombra de estas discordias, debí ceder la mayor parte de mis bienes, todos ellos que nada valian ante el afecto y la armonía familiar. Esto era lo justo: así llegué á pensarlo engañándome de propósito Yo debía cederlo todo. Llegué á ponerme á discreción de los que habían asumido los derechos de mis cuñados, incitados á alejarse de mí, á no permitir que yo les hablase ni á mis hermanas tampoco, á aislarme, no porque me temieran á mi sino

á la fortaleza de mi verdad y de mi justicia, y nada logré: todo fué en vano. Ya habían ellos comenzado la realización de su plan. Sus cosas debían encaminarse por distinto rumbo. Ibamos á dar el mismo triste espectáculo que otras familias, cuyas contiendas judiciales desgarraba sus ramas despertando entre ellas odios dignos de las tribus de los desiertos de Arabia, ó de los montañeses de Córcega. A bien que nuestra familia era corta, que no teniamos herederos á quienes legar nuestro mal ejemplo y con él nuestra inhumana enemiga, pues mis hermanas no habián tenido hijos; y como, nuestros bienes eran escasos y carecíamos de grande influencia y de títulos nobilarios, no conseguiría nuestro pleito, á pesar de la vanidosa ceguera de mis cuñados, y que á su sabor explotaban los curiales, la resonancia y publicidad, que para ridìculo desprestigio de las partes que en ellos intervenían, alcanzaban otros.

XII.

UNA mañana vinieron á hacerme salir del lecho, más temprano de lo que acostumbraba, dos curiales que me leyeron varias diligencias, encaminadas á intervenir nuestro caudal, y ponerlo en manos de una persona extraña, que jamás nos había conocido, la cual debía administrarlo hasta tanto que se resolviesen en justicia las cuestiones que, profanando tódo nuestro cariño y desligando todos los lazos de nuestro parentesco, habían promovido mis cuñados. Casi llegó á alegrarme la vista de aquellos dos curiales y las instrucciones

que me dieron. ¡Justicia, y un tercero que se posesionaba de los bienes en disputa: es decir, que teníamos por mediadoras dos entidades distintas de nosotros; ellas repartirían bien, ellas imparciales nos darían lo que á cada uno correspondiera, cesando así la brusca ruptura que habían sufrido nuestro fraternal afecto!

Dolíame, sí, que entre nosotros hubiera habido necesidad de esto; pero una vez surgida la desavenencia me alegraba que otros vinieran á decidirla, y por mi parte cualquiera que fuese la desición de esos extraños, estaba dispuesto á conformarme con ella aun cuando me perjudicase.

Tan ajeno era á cuanto yo pudiera haber pensado lo que me estaba ocurriendo; parecíame tan ruda y extrañamente pronunciado el nombre de mis padres, de de mis hermanas y el mio propio en boca de aquellos, que hube de interrumpirles muchas veces, suplicándoles que dieran por terminada tan penosa formalidad y me señalaran el lugar donde debía trazar mi firma. Pero ellos aseguraron que era cargo de conciencia, enterarme de todo, y no me entregaron el legajo para que lo firmára hasta que no concluyeron con entera calma y sosiego aquella lectura, larga, repleta de fárrago y sutileza, y que juré, junto con dos testigos, que había entendido, cuando aún hoy mismo no tengo cabal certeza de ello. Los curiales protestando su completa imparcialidad me aconsejaron sonriendo con benevolencia, como adoloridos de mi mal, que nombrára que

se yo que letrado, para que llevase mi defensa ante los tribunales.

Roguéles que volvieran al dia siguiente á saber mi resolución acerca de esto, pues debía enterarme mejor en asuntos de semejante naturaleza, los cuales jamás me habían ocupado mas que en princípio y en teoría, pero practicamente y, menos siendo yo el interesado, nunca tuve ocasión de conocer su complicado manejo. Mareabame, aturdíame, aquella facundia de recursos que en su astucia ante el claro texto de la ley multiplicaban los contrarios, y me hería vívamente la doblez que empleaban al tratar el más sencillo asunto. Los curiales, accedieron á mis ruegos de volver el día siguiente, no sin hacerme comprender que era un favor que quedaba debiendoles.

Algunas tardes venía á hablar conmigo el anciano sacerdote, y nos sentábamos en el patio bajo las ramas del granado: el canario de mi hermana Natalia saltaba alegre en su jaula, y despedía con trinos alegres los tibios y rosados rayos del sol de la tarde. La de aquel día en que vinieron los curiales conté al anciano cuanto me ocurría:

—¡Quién lo dijera! ¡quién lo pensara! ¡si vuestros padres resucitaran un instante¡ ¡ah, cuán deleznables son todos los planes humanos, todos los proyectos que nos forjamos durante la vida! así exclamaba el anciano, juntas sus manos y mirando al cielo, mientras escuchaba mi relación en la cual con toda delicadeza

trataba de hacerle conocer la actitud en qne nos hallabamos colocados mis hermanas, sus esposos y yo.

En cuanto entendió que mediaba litigio aconsejóme que debía nombrar quién me dirijiera en este asunto, tanto para bien mio como de mis hermanas. Ni el ni yo teniamos relación alguna en el foro y opinanamos elegir un abogado cuya reputación y formalidad exparcía la fama, por aquella época, á todos los vientos.

Una mañana me dirigí al estudio de aquel abogado, un señor de edad, grueso, de buen color, robusto, de envidiable salud; su barba, y su cabellera blanquisimas, su semblante y su pausado modo de hablar inspiraban respeto. En un instante se enteró del asunto y me prometió encargarse de él.

No eran cuantiosos los bienes de la herencia: eran tan solo tres casas en la ciudad, y unos terrenos en los extramuros, origen estos de la desavenencia y motivo de las ambiciones, no de los esposos de mis hermanas que estaban grandemente ofuscados sino de sus consejeros, formaban nuestro caudal. En los terrenos, habia una estancia que lindaba con la calzada de San Lázaro y una cantera que yo había puesto en explotación, arrendándola luego á un vizcaino honradisimo. La cantera y hermosas plantaciones de árboles frutales, y hortalizas nos rendían regular ganancia con la venta de los frutos en los mercados de la ciudad. Pero su verdero valor no consistía en los

cultivos, ni en la magnífica piedra de construcción de su cantera, ni en aquellos altísimos cocoteros cargados de frutos, cuyos penachos se veían desde las puertas de las murallas, sino en que ya las casas de la población casi lo habían cercado, así es que de día en día debían adquirir más precio, si bien este, en verdad, que no llegaría á la fabulosa suma, que para escitar la codicia de mis cuñados, calculaban sus oficiosos consejeros.

Yo indiqué al abogado, á quien hube de encomendar mi representación, mi propósito de renunciar cuanto derecho tuviera á esta parte de los bienes, con tal de evitar toda contienda ante los tribunales, lo cual hacia más que por la merma que nuestros recursos sufrirían por la invencible repugnancia que tenía á hallarme frente á frente de mis hermanas en aquel malhadado litigio. Más el abogado indicó que nada adelantariamos con esto toda vez que su experiencia le aconsejaba aceptar la cuestión tal y como se plantease, para evitar otras peores, que debían ser más penosas para mí y aún más desfavorables á mis hermanas.

A él me entregué, pues: en sus manos puse mi causa; en él y en la justicia confié. Desde este momento me sentí como arrastrado como por vertiginosa caida á un abismo frio y tenebroso, y el malestar que ésto me ocasionaba hacíame desear á todas horas del día el golpe que debía estrellarme. Dinero y más

dinero, que al principio como lo tenía de mis poquísimos ahorros, fuí dándolo con una facilidad de que hoy me admiro y aún me pasmo; después, dándolo con más despacio, pues me costaba el adquirirlo mil compromisos y promesas, de que esperaba salir en cuanto brillase para todos la luz de la justicia; luego, solo pude darlo á costa de sonrojos y desvelos que me acababan la vida. Pasaron semanas, meses, años; yo veía abultarse con rapidez vertiginosa el volumen de los legajos, y la terminación de aquel litigio no asomaba: sentía desangrarme, sentía rebozar los borbotoues de bilis por mi boca, y entonces fué cuando los disgustos y los sufrimientos me hicieron sentir por primera vez el aislamiento y la soledad de que se hallaba rodeada mi existencia. Por más que quise levantar mi espíritu sobre las tristezas de la realidad, los sucesos se encargaron de demostrarme que vivía sujeto como un esclavo á sus leyes: no pertenecía yo al número de los privilegiados que gozan, á pesar de sus acciones inútiles y ambiciosas, de un sosiego inquebrantable en medio de la vanidad y del bullicio. ¿Qué pretendía yo? ¡Un rincón de mundo donde emplear la honrada fortuna legada por mis padres á cubrir mis necesidades, para que mi ánimo libre gozase de las bellezas del arte y de la verdad de la ciencia! ¿Era esto un egoismo? Oh, nó, yo no era indifarente al clamor de justicia, que me parecía oir que por todas partes pedía á voces la humanidad. ¿Debí luchar?

¿Para qué, si nó tenía ambiciones? Además, lo intenté; mis armas eran débiles y salí sangrando por el corazón: qnedé inutilizado para el combate; necesitaba más rudeza de sentimientos.

Y triste, solo, ímpotente después de mi derrota, resignado, tuve además el tormento de no ver interrumpida mi comunicación con aquel vasto campo de batalla. Veníanme pliegos y más pliegos por la posta judicial. Ah! aquellos pliegos de papel firmados unas veces con temblorosa y vacilante pulso, como de manos que no se atrevieron á cometer una profanación, por mis hermanas; y otras veces trazado con vigor, con fuerza como si gozaran al dirigirse mutuamente sus dardos y herirme también á mi: aquellas frases puestas en boca de mis hermanas; y que tan indiferentemente se me leían, me desgarraban el corazón, y en mis noches de insomnio me parecía verlas fulgurar como escritas con hierro candente en medio de la oscuridad! No; mil veces, no: mis hermanas, no vieron lo que se les hacía decirme; ni yo ví lo que se les decía por mí á ellas. ¿Y todo esto era necesario para exponer nuestros derechos ante el sereno rostro de la justicia? ¿y la justicia no notaba como se iba desgarrando nuestra fortuna, y que sus girones iban humedecidos por nuestras lágrimas amargas, y por el sudor sagrado de la frente de nuestros padres?

¡Ah, todo cayó ante la vil ambición de poseer

miserables pedazos de tierra! Cariño, amor puro, una vida de mútuas y delicadas complacencias, todo esto parecíame verlo estrujado, deshecho en mil pedazos, pisoteado entre las tersas y blancas páginas de aquellos voluminosos legajos y entre las líneas de aquellos negros y grandes caracteres que los llenaban.

Fué esa, por entonces la triste condición de mi vida. Ví mi hogar desgarrado y que cada uno de sus miembros separó su destino para cumplir su misión: nuevos afectos vinieron á anular, á ocultar, á sustituir por completo y hasta hacer olvidar los antiguos. ¡Pasad años, pasad á través de las lágrimas de mis causados ojos y de las tristezas de este pobre corazón al que en los risueños días de la infancia hizo palpitar todo lo grande, todo lo generoso, todo lo noble, que yo no puedo seguir teniendo más que un estrecho abrazo y un ósculo de paz para todos los que amé!

XIII.

YA se habían extinguido casi por completo, los recursos de que podía disponer para la continuación del litigio: ni las promesas, ni las suplicas, ni la más incitante usura, me proporcionaban nuevos medios de sostener la contienda ante los tribunales de justicia por los mediadores que para que me representaran había tenido necesidad de elegir, así es que éstos llegaron á indicarme repetidas veces que sin recursos no podían seguir gestionando, en bien de todos,

en aquel malaventurado asunto que tan duros trances, que tan amargas horas me hacía pasar.

Estas noticias fueron para mí motivo de contento en un principio, pues creía que de esta manera quedaría libre de innumerables sinsabores que me habían llevado á la más sombría desesperación. Supuse que continuarían los que con este objeto usurpaban el nombre de mis hermanas, y lograrían dar cima al proceso, ruidoso ya, de gran importancia entre los desocupados de los portales del Palacio y rodeado de mil incidencias á cual más dolorosa para mis hermanas y para mí; y además, creía que ellas seguirían igual conducta que yo, la cual era, concretarme á pedir simples noticias de las vicisitudes y trámites porque seguía el proceso, negándome á que se me dieran otros detalles que me penetraban como punzadoras espinas dentro del alma.

Constábame que nuestra situación iba siendo de día en día más penosa, más crítica, pues que yo mismo casi me veía obligado á mendigar, del que administraba los bienes pertenecientes al caudal heriditario, lo indispensable para mis más premiosas necesidades. Dia llegó en que esta situación nos fué de todo punto insoportable. ¡Cuántas veces pensé acercarme á mis hermanas, convencido de que no me recibirian de otra manera que sollozando y quejándose con amargura, pero sin rencor, como también sin que pudiera contener los deseos de mi corazón habría yo

de hacerlo en cuanto las viese, por vez primera, después que se comenzó aquel odioso pleito! Yo debía acudir á ellas nuevamente, pedir que transaramos nuestras mútuas pretensiones, en aquella cuestión que de tan inopinada manera surgió entre nosotros; yo debía mostrarme, como lo hice al principio, resuelto á aceptar cuanto ellas propusieran con tal que nos avinieramos; pero los curiales me habían ponderado tanto las desfavorables consecuencias que á todos pudiera traernos semejante paso, que mi indecisión era grande. Además, las quejas de todos, ¿contra quienes habían de ser dirigidas? ¿contra los esposos de mis hermanas¿ Ciertamente que sí; por su falta de sentido practico y por su debilidad. Y esta circunstancia era como un valladar puesto á mis impulsos generosos.

Nada hice; durante algún tiempo, tampoco quise saber cosa alguna que aludiese al pleito, y con esto logré pasar un período de tranquilidad relativa. Supe como tenian mis hermanas más atenciones familiares, habían terminado antes que yo, por falta de recursos, sus gestiones en el litigio; y después de tantos esfuerzos, después de tantos sacrificios y verdaderos martirios, también llegué á saber, con intenso pesar, que nuestro negocio estaba en peores condiciones que cuando empezara, y nuestros bienes mermados casi irreparablemente. Más aún; se nos exigía el pago por iguales partes, de cuantiosas cantidades para

cumplir con un decreto del Juez que decía con laconismo desusado, «páguese á los ministros indiferentes» y del cual se nos pasó, copia á cada uno, con hermosa letra gótica. Como no pudieramos cumplir aquella inesperada resolución, á mitad del pleito, se nos exigía con irritante premura amenazándonos con el remate de nuestros bienes y con declararnos en rebeldía. Por más largas y esperas que quise dar á tan angustioso asunto, llegó un instante en que no pude detener ya más el cumplimiento de aquel decreto, que se presentaba en mi escitada imaginación, como un espectro terrible amenazador que preparaba gustoso sus garras para arrebatarnos de una zarpada gran parte de nuestra combatida fortuna.

En vano pidieron mis hermanas, y tras ellas también yo, que se nos dejara litigar, con objeto de llegar á la ansiada conclusión del pleito, con el privilegio que à los pobres se concedía, que ciertamente pobres éramos ya cuando apenas podíamos proporcionarnos con nuestro trabajo personal lo indispensable para el diario sustento. Y esta petición nos fué negada, porque según se nos hizo saber, por el señor fiscal, aún teníamos bienes, lo cual era verdad pero más lo era que hacía años enteros que no disfrutabamos un solo céntimo de sus productos.

¡Ah, qué días estos tan aciagos! ¡qué de vacilaciones, cuántas miserias puestas de relieve, cuántos planes desbaratados, cuántas realidades levantadas

como irónicos fantasmas en torno de mi humilde existencia! Aquello no era vivir; era morir á todas horas de incertidumbre, de indecisión, de angustias.

Momentos había en que me asaltaba la idea de no haber existído jamás ó de haber venido á nueva vida de inesperado modo. ¡Tan penoso era cuanto me venía ocurriendo! A medio día, con el aire caldeado y en completa calma todo, con los rayos del sol que esparcían reflejos por las habitaciones llenas de empolvados muebles, como si ya los hubiera cubierto con el vaho de su aliento la miseria, parecía adormecerse un tanto mi congoja y visitaba, como si fuera un extraño, como si todo lo hubiese abandonado muchos años antes, los rincones de este hogar querido; esforzábame por avivar mis recuerdos: todo lo invocaba, y á todo me quejaba puerilmente de lo que desde entonces me venìa ocurriendo. Un solo é insignificante objeto hacia, en ocasiones, que se me saltaran las lágrimas, las cuales complacíame en derramar sobre el vidro que cubrían un retrato, en que aparecían en grupo, muy niñas aún, mis tres hermanas jugando entre las faldas de mi madre.

Y maldecía de la muerte que tan cruelmente había ido arrebatando de mi lado tantos seres queridos antes que á mí. ¡Si por lo menos hubiera respetado á mi hermana Natalia! Pensaba que de vivir ella, tendría quien por mí se interesase, quizá también quién nos disculpase unos con otros á mis hermanas

y á mí, aviniéndonos gustosamente, quien, por lo menos, á mi lado combatiese, porque ya ni con fuerzas me sentía para procurar el bien de mis hermanas, único motivo porque no quise perder de vista el giro que tomaba nuestro ruinoso litigio.

¡Tan unidos tan desinteresados unos con otros, tan ajenos á los que eran bienes de fortuna como siempre habíamos permanecido; y ahora divididos, ahora tenidos por los más irreconciliables enemigos por cuantos pasasen la vista por las páginas de los legajos del pleito! Era esta una de las consideraciones que más amargaban los momentos de mi vida. Todo parecía haber dado un vuelco ante mi, haberse trastornado para acibarar mi existencia tras de la soledad y el aislamiento que la rodeaban.

Mi carrera, mis estudios, todo me lo hizo abandonar aquel decaimiento de ánimo que me postraba. Ni siquiera interrumpìa ya la monotonia con que se se sucedían los días tras los días en esta abandonada casa, el procurador que venía á enterarme del estado del proceso y á hacerme sabedor de otras noticias que el juzgaba halagüeñas, y que las más de las veces me causaban pesares nuevas y profundas reflexiones respecto de las miserias de los hombres.

Un tédio pertinaz me invadía, y comprendía no sin cierta triste satisfacción que iba minando mi salud. Resolvíme á escribir á mis hermanas recordándoles nuestros naturales y antiguos afectos, manifestándo-

les el triste espectáculo que dábamos, reiterándoles que nuestros corazones jamás podían abrigar odios mútuos; y las cartas en que así les decía no llegaron á sus manos sino que fueron á aumentar con un número más las páginas de los legajos del litigio, el cual se renovó con crudeza, pues se interpretaron aquellos desahogos de mi corazón como signos de manifiesta debilidad ó de algún plan combinado con una de mis hermanas para hacer frente á la otra.

No me quedó por fin otro recurso que unir mis lamentaciones á las que en coro se levantaban por todas partes condoliéndose de la desgracia que en nuestra familia, próspera un dia y ya reducida casi á la indigencia había ocasionado también aquella contagiosa afición de la época: los pleitos. La verdad era que ya nuestra contienda no era sobre bienes prestos á extinguirse; era disputa de amor propio que se consideraba herido, era saña y enconamiento lo que se mostraba y deseos vehementes de causar mal á los contrarios, sin reparar en el propio perjuicio que con tan vituperable sistema se causaba cada cual.

Y aquel triste espectáculo en que á pesar de toda mi oposición era yo actor obligado, íbame haciendo perder la fé en todo; iba como agrandando las sombras negras de la duda y dibujando en mis labios una sonrisa despreciativa y sarcástica, real y verdadera expresión de los sentimientos que se arraigaban en mi alma.

Pero brilló entonces para mí algo como un rayo de placidísima luz en medio de las tinieblas, creí que las puertas de esta casa querida volvían á abrirse á la felicidad, y junto con ellas las de mi alma, á la esperanza y á la fé, cuando vi un día subir esas escaleras de piedra descostrada, cuyo barandaje adornan el rosal y el jazmín que Natalia y yo sembramos, á Antonia, sí, Antonia, la bella hija de la mendiga, que venía seguramente á impedir que se extinguieran los latidos de mi corazón y á que no lo endurecieran las adversidades crueles.

XIV.

Así que llegó Antonia al umbral de mi cuarto, con timidez y vacilación se atrevió á dar algunos golpes en la puerta, y con débil y dulce voz me pidió permiso para entrar. Parecióme agitada y temerosa; estaba pálida, mas delgada, un círculo amoratado rodeaba sus grandes ojos llenando su mirada de vaga melancolía: conocíasele que había sufrido mucho; pero todas estas huellas de decaimiento que traía impresas en el semblante tornábanla más bella aún.

—No vengo sola, exclamó, arrasados de lágrimas

los ojos: al pié de ésta escalera queda mi madre; en vano intentó la pobre subir hasta aquí para implora-ros por su propia boca un grande y quizá un último favor; y yo.....yo uno mis ruegos á los suyos. No nos arrojeis de vuestro lado: en vos hemos cifrado todas nuestras esperanzas

No pudo decir más Antonia, porque se lo impidió el llanto. Sin darme exacta cuenta de lo que hacía, bajé las escaleras, y tras de mí siguió con el rostro oculto entre las manos, Antonia En el patio, bajo el granado, cubierta de vendajes y harapos, arrebujada con unas gruesas mantas, entre lios de ropa desgarrada y algunos miserables trastajos llegué á ver á la pobre mendiga, madre de Antonia. Parecía un espectro.

—Señor vuestra familia ha sido siempre buena para mí. ¡Oh, si aún hubiera vivido aquì reunidos como antes vivían vuestro padre y vuestras hermanas otra hubiera sido mi suerte! Pero ¿á qué lamentarme de un daño que no tiene remedio? He hecho mal en pronunciar estas palabras; solo la intensidad de mi dolor es capaz de quebrantar mi firme voluntad de no dolerme en presencia de persona alguna de esta desdicha que hoy acelera la marcha de mi existencia. Dispensadme y olvidad esto. Unicamente he venido á pediros que me dejeis un rincón en esta casa para aguardar con tranquilidad la muerte, que siento no tardará mucho en llegar. No me preocupo de mi, lo

que me aterra es el porvenir de Antonia, de esta hija mía querida, que sin madre que con ella comparta sus dolores, sus desengaños y sus penas, sin tener á su lado quien con interés verdadero enjugue su llanto amargo, que muy amargo habrá de ser mientra la infeliz viva, quedará convertido en inconsciente juguete de las miserias sociales. No habreis de negarme ¿verdad? que en un rincón de estos deshabitados cuartos me guarezca, hasta que Dios quiera llevarme, que será muy pronto.....Mientras pude pagar con las limosnas que recogía una humilde y triste habitación para mi hija y para mí, teniendo donde vivir tranquila, aunque muy pobre, me consideré feliz; hoy que mis males me impiden hasta recorrer las calles para implorar socorro de las almas buenas, ya no pueden tenerme allí. Lo comprendo; señor: á nadie culpo; demasiado me han favorecido desde hace algunos meses; pero....yo misma conocí que estorbaba.....

Esta explicación de la madre de Antonia; y más que ella el miserable aspecto que ambas mujeres tenían, me hicieron comprender la necesidad del pronto y eficaz auxilio que les era menester. En aquel instante sentí, y creo que por primera vez, ser pobre, verme arruinado con aquel malhadado litigio que entre mis hermanas y yo había surgido. ¡Oh, si hubiera tenido arcas repletas de dinero, hubiera aliviado mejor la suerte de aquellas dos infelices cuyas miserias me conmovían profundamente! Me habían pe-

dido lo único que ya podía darles, y con sólo acceder á los ruegos de aquellas dos abandonadas criaturas creía hacer muy poco. Además, la casa, esta misma casa, estaba insegura con el odioso pleito, no era del todo mía y á lo mejor del tiempo podrían echarme de ella á mí mismo: ¿qué hacer pues?

Vacilaba mi ánimo respecto de lo que debía de contestar á Antonia y á su madre, porque ellas creerían que yo me hallaba en iguales condiciones de fortuna que cuando me conocieron y quizá con este convencimiento habrían acudido á mí. Al fin hube de decidirme á señalarles una de las habitaciones de la casa, amueblada aún, y me propuse enterar á Antonia del escaso apoyo que por mi situación podía prestarles, á la primera oportunidad que se presentase; pues que mi estancia y por consecuencia la de ellas, en la casa, había de ser insegura; de un momento á otro podían obligarnos á todos á que la desalojasemos, frustrando también, con tal rigor, mis más acariciados planes.

No se como transcurrierron los cortos días siguientes al en que se me presentaron aquellas dos pobres criaturas, ni menos puedo decir de que medios se valía el viejo calesero, fiel criado que nunca ha querido apartarse de mi lado y que aún me sirve para proporcionarnos alimentos, con la exígua cantidad que yo podía darle á las cuatro personas que habitábamos por entonces la casa. Antonia se había constituido

en asídua curandera y enfermera de su madre. Nunca pidieron nada ni molestaron aquellas dos infelices; tenían ya demasiado, según decían, con el techo y las cuatro paredes que se les habían proporcionado y que las libraba de la intemperie. La joven parecía esquivar toda conversación conmigo; así es que yo me concretaba á pedirle noticias de la salud de la enferma, las cuales me daba con los ojos empañados por el llanto y con el rostro casi oculto en la pañoleta de color azul que siempre usaba hechada sobre los hombros.

Pocos días, según advirtiera tristemente la enferma tardó la muerte en llevársela. Y Antonia quedó de esta suerte huérfana y más desamparada que antes lo estaba. Grandes fueron mis esfuerzos para convencerla de que no se fuera de esta casa, según ella me confesó que se había prometido hacer en cuanto falleciera su madre. ¿A dónde habría de ir la infeliz? Esta fué la reflexión que más la decidió á quedarse.

—¡Ah, exclamaba á menudo, á haber tenido siquiera un rinconcillo mio en este mundo, os hubiera libertado de mi presencia; no merezco quedarme á vuestro lado. Yo he sido la única causa de la rápida enfermedad y prematura muerte de mi madre. Es para mí un tormento casi insoportable mirar hácia el lugar de esta casa en que ella murió .....Paso mis noches en claro.....Creo que he tenido fiebre.....Care-

cíamos de dinero, trabajaba y hasta llegué á substituir á mi madre, en la tarea de implorar recursos de algunas almas caritativas. Ella no quiso al principio: se negaba á que yo recorriese la población sin que ella me acompañara. Pero al fin la necesidad contribuyó á vencer sus escrúpulos. Ah! quizá su mirada y su corazón de madre preveían lo que en mi experiencia de niña jamás pude imaginar.....Mucho os debo; mucho debo á vuestro padre y hermanas, ah! por aquellos días ¡qué felices éramos mi madre y yo! Lo que me entristece más,es que me hallo imposibilitada,aunque reuna ya toda mi voluntad y mis fuerzas, para mostraros cuán profundo y sincero es mi agradecimiento. ¡Echadme de aqui, no soy digna de compasión!

Al oirla lamentarse con tanta desesperación, temía por el juicio de aquella hermosa é interesante joven, y con verdadero cariño trataba de alejar de su mente las ideas desconsoladoras que la extraviaban. Como si fuera un hermano mayor de Antonia, hacíala mil reflexiones y dábales sanos consejos que amenudo hacíanla prorrumpir en amargos sollozos.

De esta suerte trascurrió algún tiempo, y al cabo comprendí que habían renacido en mí dulces afectos por la joven. No era solo yo quien daba consejos y hacía reflexiones, ella solía aunque tímidamente, mostrar interés por mis asuntos, proporcionarme alguna esperanza y aun revivir alguna vez halagadoras ilu-

siones. Ocurríaseme que la venida de Antonia á mi casa podía ser un hecho providencial. Por aquella joven había tenido yo ocasión de ejercer en mis semejantes mis caritativos sentimientos, cuya buena obra proporcionábame íntima satisfacción; aquella hermosa joven había venido, además, á hacer menos penosos la soledad y el aislamiento que me rodeaban: antes que ella viniese pasábame semanas enteras sin tratar otra persona que el fiel y antiguo criado de mis padres, el calesero, corazón grande, desinteresado, lleno de nobleza en su honrada humildad, pues no sé decir si mi cambio de posición ó si el visible mal humor que mis asuntos me producían, habían alejado de mi lado mis pocos amigos; hasta el anciano sacerdote enfermo y achacoso no podía ya venir á visitarme por las tardes: Antonia, sin duda, contribuía á hacerme más llevadera mi monótona existencia, cargada de sinsabores y desengaños; ella también me traía gratos recuerdos de emociones, que aunque pasajeras, quedaron indelebles en mi memoria; ella parecía haber venido á recoger mis dispersos afectos, había venido quizá á devolver á mi alma sus ensueños desvanecidos de felicidad.

¡De cuántas memorias tiernas podía yo gozar cambiando mis pensamientos con los de Antonia! Ella había conocido á mis hermanas, quizá guardaría secretos que le confiaran en su amistad; ella había sido testigo de nuestra felicidad pasada, é indudablemente

que se lamentaría conmigo de los sucesos que después de esta época habían ocurrido. Pero por algo también me inspiraba Antonia el más vivo interés: tenía, como ya en otra ocasión lo habían notado mis propias hermanas, no sé que rara semejanza física y aún rasgos de carácter, que traían á la memoria el recuerdo de Natalia, mi pobre hermana muerta. No atinaba decidir si eran mis ojos los que necesitaban presentarmela ó si mi corázón deseaba encontrar en el mundo otro sér parecido á ella; lo cierto es que horas enteras me ponía yo, oculto tras las persianas que dan á mi balcón, favorecido además en mi escondrijo por las ramas del jazmin y del rosal que se entrelazan con las rejas de la baranda, á seguir con la vista á Antonia, que también como mi hermana Natalia, se entretenía todas las mañanas y tardes en bañar el canario y cuidar de las flores.

XV.

AUNQUE me esforzaba por alejar de mi mente la idea de que Antonia despertaba en mí más interés del que pudiera despertar una persona extraña, no lo lograba á mi pesar. Hasta entonces entre la joven y yo había mediado cierta respetuosa distancia: ella era la mendiga, la huérfana desamparada y yo su protector. Si no con sus palabras, con sus ademanes y sus ojos me hacía entender que se reconocía demasiado deudora de los favores que me estaba debiendo para poder pagármelos

alguna vez. A esto nada podía objetarle, aunque mucho lo deseaba; sentíame cohibido siempre por una timidez invencible; además una voz interior parecía decirme que no era por ella, sino más bien por placer mio por lo que quería que fuese la joven más comunicativa.

Pero casi sin que lo notaramos nos fuimos aproximando un tanto el uno al otro. No eran ya simples palabras de cortesía las que cambiabamos, sino que procurábamos enterarnos de nuestros más triviales asuntos, los cuales no por serlo, dejaban de tener para nosotros gran interés, y de producir encanto indecible las reflexiones que con motivos de ellos mutuamente nos hacíamos. Mas Antonia estaba triste, con la mirada vaga y como abstraida siempre por la más profunda melancolía: á veces rompía á llorar amargamente y por unos días sus palabras y sus frases eran breves: conocíasele que rehuía hablar y tratar conmigo.

Extrañábame en verdad su conducta y no lograba encontrarle satisfactoria explicación. Esa distancia que entre uno y otro mediaba ¿no habría de acortarse alguna vez? ¿no habiamos de estrechar algún día los lazos de un cariño que temprano ó tarde, si es que no había nacido ya, tendría que nacer por esa misma proximidad en que nos hallabamos? Antonia sola en el mundo, sin madre ya, sin otros bienes que la pureza y la candidez de su alma; yo, alejado de los séres

que tanto había amado, desposeido de la mayor parte de mi corta fortuna, y la otra parte de ella insegura y de la cual acaso tardaría mucho tiempo en disfrutar, estábamos casi en iguales condiciones, necesitàbamos mútuo apoyo, necesitábamos compartir la pena que agoviaba nuestros corazones. Vivíamos bajo un mismo techo nos veíamos todos los días: no se nos ocultaba qué placer íntimo se apoderaba de nosotros, cuando tratábamos de los asuntos más baladíes; pero, sin embargo, una secreta fuente contenía dentro de aquellos límites nuestro trato.

Y más era por parte de Antonia que mía: notábase á las claras su poca franqueza conmigo; ni siquiera me confiaba una sola de sus penas. ?Y cuales podían ser éstas? ¿no las conocía yo? Su orfandad, su miseria; nada más. Pero, aunque lo sabía queria oirlo de labios de la bella joven, quería que mis palalabras respondiendo á las suyas, lograsen mitigar sus pesares y secar las lágrimas que á cada momento corrìan en abundancia de sus hermosos ojos; quería obtener de ella agradecimiento y no otra cosa; deseaba que las deudas á que á menudo aludía, y que decía iban aumentandose, á cada instante que pasaba junto á mí, las considerase como puramente morales y no como materiales emanados de la protección que le había brindado y del favor que le hacìa dejándola vivir en la casa.

Firme propósito había hecho, sin duda, Antonia,

de lamentarse á solas de su infortunio, pues aunque á medida que los días pasaban, veíansele más marcadas en el semblante las huellas de sus sufrimientos, apenas hablaba de sí misma, quitándome de esta suerte toda ocasión de aconsejarla. Y que ella padecía sin proferir queja alguna, me constaba no tan sólo porque su mirada aparecía cada vez más velada de tristeza, sino porque de noche, hasta muy tarde, quedaba encendida la luz de su cuarto y á ratos parecíame percibir distintamente ahogados sollozos y reprimido llanto. Entonces sentíame profundamente conmovido y hasta incomodábame no poco el retraimiento de la joven. Verdad es que si de su orfandad y miseria se condolía, yo no podía volverle la madre que había perdido ni tampoco mejorar sus recursos de existencia: me hallaba imposibilitado de colmar los deseos de aquella joven entristecida quizá por no lograr ver en lo porvenir nada que realizára las ilusiones tan propias de su edad; pero ¿no podía servirle de hermano?

Al par que la compasión crecían mis deseos de tratar más que hasta entonces con Antonia. Atraíame irresistiblemente la mirada melancólica de aquellos dos ojos negros y grandes, que revelaban toda la profundidad de sentimiento de que se hallaba dotada su alma, y me llenaba de interés la callada resignación y hasta la heróica conformidad con que sufría su desgracia. Jamás salía de la casa: todo el día pasábalo cosiendo ó bordando, algunas veces leyendo los

libros que en el rincón de alguna gaveta habían dejado olvidados mis hermanas al marcharse. Nadie, más que yo y el viejo calesero, por entonces, podía sospechar la existencia de aquel ser. Vivía como una reclusa; desde que llegó, apenas si había dirigido la vista á la calle; y nadie jamás vino á verla ni preguntar por ella. En ocasiones hube de indicarle que si algo le faltaba no tuviese cortedad de pedírmelo, que no considerase favor de mi parte el que yo le dejase vivir unas habitaciones de la casa que si no las ocupaba ella, nadie habría de ocuparlas, y que lejos de molestar allí, ni menos ser carga para mí penosa, cuidaba aquellos muebles que el poco uso iba deteriorando mucho. Y ella contestaba que jamás se había considerado tan feliz sin merecerlo; que no teniendo ya que compartir lo que le producía el trabajo de sus manos con su pobre madre, le sobraba para atender á sus modestas necesidades.

Y esto era cierto, porque los andrajos de que vino vestida á esta casa habíanse trocado en trajes hechos y adornados sencillamente por ella misma y que contribuían á aumentar sus naturales gracias. Por las tardes después que regaba las flores, aprovechando los últimos reflejos del sol, sentábase bajo el granado del patio á leer, ó bien á repasar las láminas de aquellos grandes albums, que tanto nos habían entretenido á mis hermanas y á mí. Los pájaros revoloteaban sobre su cabeza acogiéndose á las ramas del

arbol y pitando allí con fuerza; algunas hojas del granado parecían bajar hasta besar sus sienes; las plantas aromáticas y las menudas verbenas sembradas en los macetones formaban à sus piés olorosos y variados ramilletes; y en su hermosa cabellera negra, recogida en dos trenzas que rodeaban su cuello colocábase Autonia una de aquellas flores que con tanto esmero cuidaba. Luego, cuando las sombras ya no le permitian distinguir las letras ó las láminas, se retiraba á su cuarto á proseguir su costura á la luz de la vela; y desde entonces no podía yo verla mas hasta la mañana siguiente muy temprano, que rogaba de nuevo las flores.

Durante el dia iba yo á dar clases á algunos niños para ganarme el sustento, pues la pensión que estaba obligado á darnos el administrador de nuestros bienes, mucho tiempo hacía ya que no la recibía. Aunque no me ocupaba del estado de nuestro litigio, sabía que continuaba lánguidamente; y como ya mis representantes me habían declarado que sin recursos monetarios no era posible vencer las dificultados, y yo carecía por completo de ellos, poco nos veíamos ya. Mi vida comenzaba otra vez, por estos días, una marcha regular y tranquila, tanto más, cuanto que yo no ambicionaba nada que costase supremo esfuerzo el conseguirlo; ah! sin grandes luchas llegué á tener dolorosa experiencia de la sociedad que me rodeaba y obtuve el convencimiento de que, por mucho que me afa-

nase, poco ó nada conseguiría: mi voz era muy debil y las fibras de mi corazón muy sensibles y delicadas: ansiaba mi tranquilidad únicamente y hacer cuanto bien pudiera á mis semejantes. Mas esto duró bien poco, porque un día se llegaron aquí los curiales, de quienes ya casi me había olvidado, y mostrándome una orden que les falcultaba para rematar los muebles de la casa, de seguida comenzaron á ponerla en ejecución.

Colocaron una gran bandera nacional que en el lugar del escudo ostentaba con negras letras la palabra: REMATE. Y en el vestíbulo, en el sitio mismo en que un día ví caer y tambalearse á mi padre, un hombrecillo antipático y grosero pregonaba descaradamente, con cierto tono burlón, cada uno de los objetos de nuestra casa. La gente se agolpaba en torno suyo, y los curiales recorrían en tanto, con familiaridad y desenfado irritantes, todas las habitaciones de la casa, inventariando, tasando y moviendo á un lado y otro los muebles. Todos miraban de arriba á abajo, examinaban y manoseaban aquellos objetos que con tanto cariño y respeto habia mirado yo siempre, y hasta se permitían con ellos bromas que excitaban general hilaridad. Yo, que á nada me opuse, sentí honda pena y desfallecimiento tal, que me refugié en estas altas habitaciones sin poder articular la mas leve protesta contra aquella profanación de que estaban siendo objeto el hogar de mis antepasados y aquellas

reliquias, que por ser de ellos, encerraba cada una un afecto y las miraba yo con verdadero amor. Antonio también había subido tras de mí, por vez primera desde el día que llegó, á estos cuartos: estaba pálida, sin atreverse á hablar y parecía sobrecogida de espanto en presencia de aquel inesperado acontecimiento.

Por entre las persianas y las ramas de las trepaderas y del granado veíamos flamear llena de sol la bandera, que fija en la puerta de la calle era un reclamo para todos los desocupados. En el libre y puro ambiente del alegre y hermoso día, vibraban las notas de los pianos de nuestras vecinas que tocaban arias de *El Pirata* ó la solemne marcha de *Los Mártires*. Veíamos entraros y salir de las habitaciones cargados de muebles á los compradores que movían á veces la cabeza en señal de desprecio, y otros gozosos hacían señas al pregonero para que fijase el precio del remate. Muchas horas duró aquel despojo; y mientras tanto no cambiamos Antonia y yo una sola palabra: nos mirábamos y sentíamos necesidad de apoyarnos el uno al otro, para resistír aquella desgracia cuyas consecuencias habríamos de sufrir en común.

¡Cada objeto que se llevaban fuera de la casa formaba en ella un vacío dificil de llenar, era un cúmulo de recuerdos que para nadie tenía valor alguno sino para mì y quizá también para Antonia! Tasábanse

á tan bajo precio, cambíabanse aquellos objetos por tan poco dinero, que á haber poseido yo corta cantidad de él, los hubiera recuperado sin gran empeño y con ellos un caudal de afectos y emociones que eran para mí inapreciables. Pero casi todos los mejores muebles de las habitaciones bajas se habían vendido ya: los carros, detenidos en la puerta de la casa, emprendieron la marcha bien repletos, y yo ví retirarse á los compradores gozosos por haberlos obtenido à bajo precio, y bromeando unos con los otros acerca del destino que á cada uno de aquellos muebles habían de darles. Lo que nadie quiso se recogió en un montón, y luego, entre las risas de todos se los disputaban dos ó tres á quienes había animado la miserable cantidad en que fueron tasados: en aquel conjunto de objetos estaban el costurero de mi hermana Natalia, su tocador de espejo y la jaula del canario

Pero aún quedaban más objetos, aún podía sacarse más dinero á costa de las heridas que con aquel espectáculo desgarraban mi alma. Sentí pasos por la escalera, luego en el balcón, tocaron á la puerta de este cuarto y me pidieron permiso para entrar y para llevarse los muebles que aquí había. ¡Aquellos cuadros de retratos, aquellos libros amigos fieles y queridos de mis horas de tristeza, aquellos albums que parecían guardar entre sus páginas las sonrisas de mis hermanas niñas, las miradas de Antonia y tantas emociones y aún lágrimas mías! ¡Todo, todo iba á

ser entregado á quien mejor pagase el poco precio que podían tener! Y aún así, según advirtieron los curiales, no quedarían pagadas las deudas que teníamos contraidas mis hermanas y yo con los ministros de justicia que habian intervenido en nusstro ruinoso pleito.

Iban ya poner mano aquellos hombres en el estante de mis libros cuando Antonia se irguió ante ellos, y con gesto en que se revelaba toda su indignación, les preguntó cuanto podían valer los muebles de estas dos habitaciones. Consultaron los curiales entre sí un momento, y respondieron á la pregunta de la joven dirigiéndonos á ella y á mi una mirada maliciosa que me penetró con intenso frio dentro del alma.

Antonia sacó un bolsillo de seda azul lleno de monedas de oro, contó algunas, casi todas, y las puso en mano de aquellos dos hombres. Eran los pobres ahorros de que nunca, ni aún en trances extremos quiso desprenderse su madre, aumentados con el producto del trabajo de la joven, tejidos, bordados y costuras, con los cuales, según supe también después, ayudaba los gastos de la casa entregándolo secretamente al viejo calesero que era quien atendía á todo nuestro servicio.

Después que los curiales se retiraron de estas habitacionss y también de la casa, esta se presentó á nuestra vista llena de desolación y de tristeza. Parecía un santuario profanado. Yo permanecí no sé

cuanto tiempo como aturdido ó víctima de cruel pesadilla. Y Antonia recorría todos los cuartos con la cabeza baja y los dedos entrelazados.

XVI.

CUANDO pude darme cuenta del rasgo de generosidad que conmigo había tenido la hermosa joven, me arrojé á sus plantas, y estrechando sus manos las regué con mis lágrimas. Lo que antes no habían logrado mis mas vehementes deseos lo alcanzó aquel desagradable incidente del ruinoso litigio originado por las mezquinas ambiciones de los esposos de mis hermanas: casi me sentí con animo de bendecirlo. Asi se me reveló á mi mismo, bruscamente, la pasión que Antonia había despertado en mi pecho. Asì nue-

vamente entreví desde aquel dia la felicidad: mis pensamientos alejados siempre por repugnancia del mal, á pesar de la constante persecución de éste hacia mí, no se habían extraviado tanto que lograran extinguir por completo la esperanza, la cual revivió ante la luminosa mirada de la bella joven.

El vacío que por el abandono de los séres que más amaba y mi aislamiento propio, contemplaba en torno mío, pareció colmarse con la adoración de Antonia. ¡Cuan egoistas, cuan inconsecuentes quizá eran mis afectos; me arrastraban hacia un punto fijo y me hacían olvidar todos los demás! Verdad que quienes antes habían sido objeto de ellos con atroz crueldad los rechazaron; verdad que habiendo estado tanto tiempo como adormidos, debieron despertar ansiosos; y fué por eso por lo que consagré á Antonia por entero mis pensamientos todos y mi más ardiente pasión. ¿Y como nó, si era bella, si tenía retratada en su frente la castidad, si su mirada, velada por la melancolía, acusaba misterios íntimos que habría de causar inefable dicha el descubrir, si era más que bella hermosísima, y convidaba á permanecer á su lado sin otro goce que el de estarla contemplando eternamente?

Pero Antonia parecía impasible: aún no lograban conmoverla las más elocuentes manifestaciones de mi pasión: no se alejaba de mi lado; no podía ménos de entender lo que mis ojos le decían; no podía dejar de oir los latidos de mi corazón que rebozaba de amor

por ella. ¿Por qué, pues, se obstinaba en no corresponder á mi pasión?

Por las mañanas, antes que el sol colorease el cielo con marcados tintes, bajaba yo al patio y esperaba que Antonia se pusiese á regar las flores. Verla entre las plantas, oir sus observaciones, considerar que nadie en el mundo atendía de la desamparada joven sino yo: proporcionábame todo esto un placer tan dulce, que tal recuerdo aun atrae sonrisas á mis secos labios y plácidas emociones á mi alma. Luego nos sentábamos en el muro de piedra circular que forma el arriate del granado y no nos apartábamos de allí hasta que llegaba á aquel punto el sol y eran irresistibles sus rayos.

Poníase Antonia á coser ó á bordar durante el día en un cuarto interior, en el cual habían dejado los curiales algunos muebles. Muchas veces me sentaba yo frente de ella y permanecíamos horas enteras sin cambiar una palabra: bastaba la elocuencia muda de nuestros afectos. La presencia de la joven en la casa, los lugares que prefería y sus labores atraían á mi mente gratísimas memorias, y desde el fondo de mi alma perdonaba lo que creía ofensas y solo parecía éscuchar una voz que daba gracias á los más adversos sucesos, los cuales, amontonándose, precipitándose, me habían conducido á la dicha de que disfrutaba á la sazón. El despojo de la casa, el alejamiento de los seres más amados, las ingratitudes, las muertes, la

pérdida de mi fortuna, todo, todo desaparecía ante la felicidad que la suerte me deparaba con el amor de Antonia; harto me recompensaba esta pasión de los sufrimientos pasados.

Apresurabame á concluir mis clases para regresar lo más pronto posible á esta pobre y querida morada pues, como si estuviese decretado, dentro de sus cuatro paredes, bajo su techo, debían realizarse todas las vicisitudes por que tenía que pasar mi reducida existencia. Esta casa, sola, fría, húmeda, indiferente y quizá olvidada para todos estaba para mí llena de memorias conmovedoras: bastaba, para que yo me la figurase un edén, que en ella viviese Antonia; que no estuviese expuesta á las miradas de nadie, desierta en redor de la activa población que la rodeaba y que como un sagrario ocultase aquel ser que por completo absorvía mis pensamientos. Mi pobreza, aquel trabajo obligado para cubrir mis más premiosas necesidades, eran para mi incentivo de mi pasión; y mi alejamiento de todo, prenda segura de que á solas podían consagrarme al objeto de mi amor.

Asaltábame en ocasiones la duda de si seria Antonia uno de aquellos seres misteriosos, incomprensibles, que no aciertan á expresar con las rudas frases del lenguaje la delicadeza de sus sentimientos y que ocultan los tesoros de su alma porque no encuentran en la tierra nadie que merezca recibirlos. De otra suerte no podía explicarme porque durante horas enteras

quedaba como estática sin tocar sus bordados, sin dar puntada alguna en sus costuras y luego concluía por llevar las manos á su rostro y derramar abundantes lagrimas. Mis ruegos entonces por que me descubriese las penas que en su corazón guardaban eran inútiles; y mis más sentidas reflexiones solo lograban entristecerla más. Otras veces sentía á mi pesar, y de ello me reprendía luego duramente, algo referente al vértigo ó estremecimiento que se apodera del que se asoma á los bordes de hondo abismo, y sentía como si un impulso ó movimiento instintivo me alejase de la joven. Dudas efímeras que pasaban sin dejar en mi ánimo más huella que la que dejan en el cielo esas nubecillas que empañan un momento el brillo de los astros.

¿Continuarían Antonia mirandome como su protector, y negándose hasta acompañarme á comer en mi misma mesa, como hasta entónces? Ya no provenía de mi cortedad en tratarla el estrechar más nuestra intimidad; era Antonia quien no quería permanecer en otra posición, respecto de mí, que como protegida.

La mañana de un domingo, después que concluyó la joven su habitual cuidado del pequeño jardín, nos sentamos bajo el granado: me pareció más bella que nunca mi retraida compañera: su laboriosidad y el débil apoyo que yo podía prestarle, decía la pobre que le proporcionaban una posición holgada de que

jamás había disfrutado. ¡Si pudiéramos vivir así siempre! le oí suspirar muchas veces.

La mañana estaba hermosa: las hojas y las ramas del granado se movían blandamente, impulsados por la brisa; el cielo diáfano y cruzado de nubes blancas; las golondrinas bajaban al patio, hasta muy cerca de nosotros, á picotear las yerbillas del suelo, á buscar los insectos de los macetones y tinas y á cargar pajas para formar, entre los huecos de las vigas que asomaban bajo la escalera y el balcon, numerosos nidos. Dentro de nuestra casa no se oía más ruido que el pitar de las golondrinas y su aleteo entre los rincones de las paredes. De fuera nos llegaban con la dulce brisa las vibraciones lejanas y melancólicas de las esquilas que convocaban los fieles á los templos y las notas claras, limpias, de un piano de nuestra calle, donde la mano agil de desconocida tocadora ejecutaba con esquisito gusto el hermoso vals de Arditi, *El Beso*, muy en boga por entonces y que luego no he vuelto á oir sin que mi alma se emocione profundamente. En torno nuestro no había más movimiento que los revuelos de las esbeltas golondrinas, y el vaivén de las ramas del granado arqueadas por el peso de los frutos y esmaltadas de las estrellas rojas de sus flores. Antonia y yo, uno al lado del otro, permanecíamos silenciosos: cada uno embebecido en sus pensamientos. No sé cuales preocuparían á la joven, cuyos ojos creí ver empañados por las lagrimas alguna vez: yo pen-

saba que en una mañana semejante había visto morir á Natalia.

Más ¿por qué no había de tener á mi lado otra hermana? Hasta la extraña semejanza que con Natalia tenía parecía incitar mis deseos de encontrar otro ser en el mundo, que despertase en mí los puros y castos afectos que siempre había tenido á aquel que tan despiadadamente arrancó de nuestro lado la muerte. Quería dar á mi pasión por la joven igual carácter que la que por una hermana se siente. Antonia tenía la dulzura, la bondad de Natalia; y si bien no me recordaba aquella alegría casi infantil con que nos sometía á todos á su capricho, la tenía presente siempre que miraba el parecido extraño que de ella tenía el semblante de Antonia, y la recordaba también cuando esta bordaba ó cuidaba de las flores. Así por extraño modo parecían ligarse dos épocas felices de mi vida; el goce que sentía hacíame olvidar otros momentos de pesar. Creíame que providencialmente se había colocado aquel ser en mi camino para borrar de mi alma las huellas del dolor. ¡Oh, si, débía amarla; pero, no amarla como hasta entonces la había amado, siguiendo los expontáneos impulsos de mi corazón, sino como una hermana. La tranquilidad, el sereno cielo, el aire puro, las plantas llenas de vida: había en todo mi alrededor no sé que sello de santo, de inefable, de puro, como si todo diafanizase con su pureza los sentimientos del alma.

—¿Quereis que nos amémos como hermanos? le pregunté en voz alta, pero despues de haber sostenido yo mismo largo diálogo mental.

Ella no se sorprendió; parecía que nuestros mútuos pensamientos se habían adivinado y que seguiamos una conversación de largo rato entablada. Pero ví transfigurarse la joven: en su mirada brilló el más intenso júbilo; sus mejillas se tiñeron de rosa; en sus labios se dibujó una sonrisa de candor inefable, y con voz que revelaba toda su emoción, respondió.

—Sí, Pablo, amémonos como hermanos, porque en ese título están encerrados los más puros afectos. Yo también siento por vos fraternal cariño; os debo mucho; siempre creí poder estar humillada á vuestras plantas para haceros comprender todo mi agradecimiento, y aún esto es poco; pero no sé que fuerza hay en mì que se empeña en querer llevarme hasta vos. ¡Oh, no soy digna de ello: estais más alto! Pero si teneis un corazón grande y generoso y sentis en él desinteresada ternura hácia mí, rechazad cualquier otro, Pablo, sed para mí como un hermano. Es más de lo que merezco y no sé si al pediroslo os sacrifico envolviéndoos en mi desgraciado destino. Amaros como un hermano y que respondais á mi cariño de igual manera es colmarme de una felicidad, que entreveía sin atreverme á disfrutarla. Pensad que vuestra hermana menor ha plegado sus álas de ángel y bajado al mundo para caminar á vuestro lado:

ah! y al hablar así, al osar compararme con ella, bien sabe Dios que mi falta está purgada con mi dolor y lavada con mis lágrimas.....Vuestra hermana seré, sí: de ahí no pueden pasar mis afectos: arrebáteme antes la muerte si llegare á alentar otros.....Yo sabré contener cualquier otro impulso de mi corazón..... Labrais mi felicidad, Pablo, al revelarme vuestro cariño.....Seamos hermanos, si. Ah! vuestros labios fueron los que primero han pronunciado ese dulce nombre: nunca se borrará de mi alma la impresión que en ella ha causado.....Ha tiempo que os amaba con igual cariño que el que se tiene á un padre, á un hermano.....La felicidad es para mí, Pablo: seremos hermanos.

Aquel hablar siempre caviloso de la joven, como si tratase de disipar ella mismas dudas nacidas en su alma causábame no poca confusión. Pero entre sus palabras y frases, cuyo sentido yo no entendía, le oí claramente algo que me llenó de goce. No me renunciaba su afecto: seríamos hermanos. Sin poder contenerme sellé este pacto con un ósculo casto que deposité en su blanca mano de gracia y pureza de líneas verdaderamente esculturales.

XVII.

¿QUÉ nos importaban ya los bienes de fortuna? ¿Qué la inseguridad de nuestro porvenir? Donde quiera nos arrojasen habríamos de ir los dos: ya no estaba yo solo: todo lo llenaba aquel purísimo afecto que hacia Antonia sentìa.

Nos amábamos como dos verdaderos hermanos que se encontraban en mitad del camino de la vida, después de haber pasado muchos años sin poder verse y que quieren compensar los días de ausencia con otros en que apenas transcurriesen dos horas de se-

paración. Iba desapareciendo del rostro de la joven todo sello de tristeza, y su mirada se reanimaba realzando más y más su hermosura. ¿Qué tiempo transcurrió de esta suerte? No lo sé: no quiero medirlo: trazo estas líneas como al calor de apartados recuerdos, y no es penoso tener siquiera noción de lo que duró aquella nueva ilusión desvanecida.

Y esta felicidad de que gozábamos ¿será vituperable porque, consagrados ambos á nuestro mútuo afecto nos olvidamos de todo? Ah! ella era huérfana, no tenía lazos familiares que la ligaran á ningún ser en el mundo y como tal se hallaba dentro de él abandonada. Yo, educado entre las cuatro paredes de mi casa, guiado por la voz de mis padres, dirigiendo la mía cariñosa á mis hermanas, no tuve experiencia del mundo, entré en él sin armas bien templadas y salí derrotado con el corazón sangrando.

Aquel mundo cesaba á nuestro alrededor: oíamos su rumor más alla de las paredes de esta casa: el pitazo de los vapores en la bahía mezclábase al ruido de los pianos, á la voz del canto de nuestras vecinas: era un confuso rumor de trabajo y de alegría que nos llegaba de la realidad como los toques que daba el mendigo en nuestra puerta y que iba á hacer morir sus ecos en el fondo de la casa: no abríamos porque nada teníamos que darle. En la completa absorción de los pensamientos del uno en el otro, en la reconcentración

de nuestros afectos, temíamos al mundo como si de su solo contacto se produjeran tristezas qus volviesen á perturbar nuestros días felices. Tampoco nos ocurría la idea de la inseguridad con que nos hallábamos habitando la casa, de las vicisitudes que corría mi ya ilusoria fortuna ante los tribunales, ni nos preocupaban los sucesos que nos reservaba el porvenir.

Complacíanos ejecutar todos los días lo que el dia anterior habíamos hecho; como dos avaros que no querían intentar innovaciones por temor de perder el tesoro de nuestra felicidad. ¡Ojalá no se hubiera interrumpido esta monotonía de nuestra existencia, que encerraba todo el secreto de nuestra dicha! Por las tardes nos sentábamos en los blancos muros de la azotea, donde años antes, siendo casi unas niñas, había visto retozar tantas veces á mis tres hermanas reunidas. Allí permanecíamos hablando de los más triviales asuntos que tomaban para nosotros extremada importancia. Otras veces leía Antonia en alta voz y cuando ella se fatigaba proseguía yo: esta alternativa de oirnos el uno al otro, de mirarnos mientras leíamos, de emocionarnos alegre ó tristemente según los pasajes de la lectura, producíanos indecible encanto. Era tanta nuestra dicha, era tanta la intensidad de nuestro cariño, era tanta la embriaguez de nuestra alma, que á veces las impresiones que recibían nuestros sentidos hacía fijar pertinaz en nuestra mente la idea de que todos aquellos momentos los había-

mos previsto ya; que la posición que ocupábamos, el color del cielo, la forma de las nubes, la manera como bañaban de luz los tejados, azoteas y torres, los casi horizontales rayos del sol próximo á su ocaso, el timbre de las campanas que tocaban la oración, todo, todo, en fin, habíamos pensado que nos sucediese de aquella misma manera, alguna vez, que todo lo habíamos adivinado ya, muchô antes.

¡Oh, sí; el bello rostro de Antonia, su pura mirada, su sonrisa, sus manos, su voz dulce y flexible, todo, no se presentaba á mi contemplación por primera vez, no; ya lo había oido, visto pensando en alguna otra ocasión. ¿Cuando? No me era posible recordarlo. Pero no podía ser de otra suerte: nuestra felicidad no había llegado de improviso; á través de los pasados desengaños, de nuestros instantes más penosos, de nuestras más tristes horas, algo nos alentaba á proseguir la angustiosa marcha de la existencia, algo nos decía que nuestras penalidades, debían de ser recompensadas algún dia. Y este día había llegado ya, esta esperanza se había realizado. Todos mis pesares, todas las amargas horas de nuestra vida estaban recompensadas con el cariño de Antonia.

Cuando las sombras de la noche iban borrando los caracteres impresos del libro en que leíamos, obligándonos á cerrarlo, no sin pesar nuestro, permaneciamos allí un momento, nos despedíamos luego. Antonia trabajaba en sus labores, y yo repasaba ó aprendía las

lecciones que debía enseñar á mis discípulos. Quizás al acudir á nuestros párpados el sueño, una sonrisa también acudía á nuestros labios ante la perspectiva risueña del nuevo día que había de venir.

Recuerdo sólo que fueron dos las veces que Antonia me hizo notar que las azucenas y los claveles habían florecido y que el granado y la higuera habían producido con más abundancia los frutos que durante todo el año no cesaban de dar. Solo así, tan vagamente, puedo apreciar el tiempo que corrió por entonces.

Pero llegué á comprender que la pasión que siempre me había inspirado Antonia había tenido sólo una forzosa tregua: sólo había podido contenerla ó engañarla el deseo de la joven de que nos tratáramos como hermanos, porque entre su antiguo retraimiento ó indiferencia hacia á mí y el afecto de hermana que me ofrecia, no vacilé en escoger esto último, sin poder darme cuenta de que no hacía otra cosa que disfrazar mi pasión.

Una de esas hermosas tardes de mayo, nos hallábamos sentados, como de costumbre, en la azotea de la casa, Antonia y yo habíamos colocado las ramas del rosal y del jazmín, que bien cuidados y muy crecidos entonces llegaban entrelazándose por los balaustres de la escalera hasta mi balcón, en una arquería, formada de madera y alambres. Y también se enroscaban en aquellos débiles sostenes algunas otras tre-

paderas de variadas flores, todo lo cual formaba ante mis ventanas, una hermosa bóveda de verdor. Aquella tarde penetraban por entre los huecos de las hojuelas los rojizos y postreros rayos del sol, trazando en la pared caprichosas redes de luz y de sombra; las lindas golondrinas con sus alas extendidas se deslizaban en el espacio trazando lentamente grandes espirales en torno del tejado de mis cuartos donde tenían sus nidos ó bien retozaban volando desde el granado y la higuera hasta los arcos; y nosotros nos entreteníamos en verlas y también en observar como se abrían, paulatinamente, á medida que iban quedando en la sombra, los jazmines y otras florecillas de color violado. La cúpula de la iglesia de Paula aparecía teñida de rosa y la sólida y elevada de S. Francisco, se destacaba entre los múltiples mástiles de los navíos, cuyas banderas y gallardetes estaban caidos sin que los agitase el mas leve soplo; bandadas de paloma volaban en redor de algun alto mirador y al posarse caían como grandes copos de nieve sobre los oscuros tejados. Había un silencio completo, una dulce paz Antonia estaba vestida de blanco, sonriente; sus cabellos, mas perfumados que los jazmines, rodaban divididos en dos partes por su cuello y caían sobre su seno: callaba; pero su silencio y la mirada de sus ojos parecían hablar á mi alma con no sé que seductora elocuencia.

La noche fué avanzando; hubo un instante que

solo alumbraba con penumbra pálida el brillo de los astros; luego, la luna agrandada, asomaba tras la línea oscura de los altos tejados. El rocío iba humedeciendo ya las hojas de los jazmines y de las otras plantas, cuyas flores lucían entre el verdor como blanquìsimas y pequeñas estrellas. A pesar de que cuanto me rodeaba era bello, y yo volvía á considerarme felíz, no se por qué se fué apoderando de mi alma invencible tristeza; quise hablar á Antonia y una secreta y repentina emoción ahogó la voz en mi garganta. Siempre me había parecido aquella joven hermosa, digna de mi amor; pero jamás más hermosa que aquella noche, jamás tampoco había sentido que con más violencia se apoderara de mí la pasión.

Sin poder evitarlo, me apoderé de una de sus manos, la estreché y la cubrí de besos.

Ella se irguió rápidamente sorprendida de mi acción y oí que balbuceó:

—¿No nos hemos jurado afecto de hermanos? ¿no nos amamos así desde aquel día? ¿os pesa este amor?

Quedó de pié, y pasado un corto instante se cubrió con sus manos el rostro y sollozó.

Yo me arrojé á sus plantas, y besando su hermosa cabellera murmuré:

—Sí, nos hemos amado mucho como hermanos; ¿por qué no quereis que nos amemos algún dia como esposos?

Ella, me apartó de sí con fuerza, y con el rostro

pálido y tan desencajado que me heló de espanto.

—No puede ser, exclamó.

Y luego con voz sorda é interrumpida por los sollozos, balbuceó:

—Os tengo el más profundo cariño, os amo con el amor más puro, Pablo; sigamos amándonos como hasta aquí; entre los dos media un abismo que no puede colmarse.

Fuera de mí, ciego por aquella obstinación, aquellos gestos, aquella inflexión de voz que sembraban en mi alma la duda y la confusión más extrañas; atraido quizá por el vértigo de ese abismo que la joven me anunciaba, quise estrecharla entre mis brazos, pero, ella, rechazándome bruscamente:

—¡Miradme! gritó, ¿no recordais aquella historia del marino que alguna vez oí contar á mi madre? ¿os acordais de Natalia?

Después la ví correr por entre los arcos cubiertos de follage, vi dibujarse dos veces la hermosa silueta de su cuerpo esbelto en los dos cuadros de luz, que trazaban en el suelo de mi habitación los rayos de la luna, al pasar al través de las hojas del jazmín y del rosal. Más allá la luna dió de lleno en su blanco traje, en su cabello esparcido. Y luego la ví desaparecer por la escalera hundiéndose en la sombra después de haber brillado como arrobadora aparición.

Así que llegó al patio, oí que con desfallecido acento, entre otras frases, pronunció:

—Perdón, Pablo, no, es una calumnia, una infamia.....pero el abismo existe, lo juro..... adiós,

Aturdido, llena mi mente de atroces dudas y mi alma de dolor intenso que parecía desgarrarla, pude llegar hasta este pobre aposento, donde caì casi desfallecido en mi lecho.

XVIII.

¡OTRAS época, otros sueños, otros desvanecimientos! Ah! pero al llegar á este punto de mi existencia, al evocar el recuerdo de estos días parece que todo lo veo como á través de un vidrio deslustrado que roba á los objetos sus formas y colores, les hace perder los contornos, los viste de crespones ó los cubre con un sudario. Ocurréseme ver por todas partes algo así como cipreces exparcidos en ancha llanura cubierta de nieve y que la luna ilumina el paisaje asomando tímidamente su pálido disco entre espesos nubarrones.

Tal vez será porque desde entonces la realidad va haciéndome entender que aunque á tan poco aspiraba nunca lograría ver colmados mis deseos. Y esta convicción triste produce como la nieve en las vastas llanuras intenso frio; y las ilusiones desvanecidas marcan el camino de la vida como en despejado campo señalan los altos cipreses un sepulcro.

Las hojas de las plantas que hasta mi balcón llegaban, cubriendo las arcadas de madera y alambres que en el había, se secaron, arrastrando en su caída el endeble parapeto. Como si comprendiesen que ya Antonia jamás volvería á cruzar bajo ellas. Ya nada hay ante las ventanas de este aposento; por eso penetran libremente los rayos de la luna trazando cuadros de claridad plateada. ¡Ahí me sentaba yo; muchas veces notaba la demacración de mi rostro, la dureza que iban tomando sus perfiles en la sombra de él dibujada sobre el suelo.

La casa quedó otra vez, y ya para siempre, sola, desierta; no volvió nadie á cuidar de las flores, nadie que respondiese á mi afecto, contestase mis preguntas ó siquiera se interpusiese entre mis ojos y las descostradas, frias y húmedas paredes. El anciano calesero, mi último y fiel compañero había muerto. Cuando recuerdo aquellos días serenos de mi infancia y juventud primeras; aquellos días luminosos en que el sol lo aclaraba todo y trazaba en el suelo la sombra del granado y de la higuera, y en las paredes las de los

capiteles, la de las cornisas, prolongándolas mucho, y que los gritos de mis hermanas niñas, muy niñas aún, y los trinos del canario parecían romper aquella pesada y caliginosa atmósfera; cuando recuerdo aquellas tardes en que nos paseábamos por la Alameda de Paula y las olas del puerto morían murmurando á nuestros piés; cuando recuerdo las veces que ví llegar la noche sentado en esa azotea al lado de Antonia, paréceme que he vivido tan sólo un día; porque las nubes, el sol, el cielo, la brisa son los mismos, siempre bellos; siempre hermosos, siempre nuevos: y cuando recuerdo, en fin, la muerte de mi hermana, de mis padres, de Antonia, el alejamiento de mis amigos, la ingratitud de mis hermanas, ah! entonces me siento hastiado de vivir, entonces paréceme que he venido arrastrándome por una empinada y pendiente montaña llena de resquebrajos, de zarzas, de abismos, de obstáculos que me causa vértigos pensar como los he salvado, siento que casi toco yo la cumbre sin alientos, sin fuerzas y ansío recostar ya, como en la más tibia y blanda almohada, mi débil y pobre cabeza en la piedra del sepulcro.

¿Qué ha sido, pues, mi existencia? Un enigma, una serie de derrotas en que mis aspiraciones generosas se estrellaron con la impotencia de mis esfuerzos, un mar de incertidumbres en que sólo flotan un momento para sepultarse otro momento después y desaparecer por siempre, las cortas horas de goce ín-

timo y puro. ¿Por qué no me arrojé al torbellino del mundo, volando tras la gloria y la ambición? Más feliz hubiera sido corriendo en pos de esos dos impalpables fantasmas. El cariño, el afecto, el apego en todo á que en redor mío impresionó mi vista al nacer, y recibió los primeros latidos de mi corazón me encadenó como con férreos eslabones. Apartado de todo, mucho tuve que hacer para vencerme á mí mismo; y he luchado sin ruido, sin gloria, como un oscuro soldado del destino.

Sí; eso ha sido en fin, para mí la existencia: una sucesión de pocas dichas é innumerables desdichas, que ni contar ni describir puede la pluma, y unas y otras como en raudal, confundidas, mezcladas, corren fatalmente al insondable abismo de la muerte. Y algo terrible y abrumador parece como que flota sobre todo, y es el deseo no saciado de alcanzar un supremo ideal de bondad, de belleza, de verdad que he contemplado lejanamente y perseguido con inextinguibles ansias aunque doblegaron mi cuerpo la fatiga y los años. Y ese ideal supremo siempre se ha alejado sin cesar, como esos lagos de hermosa y fresca agua que vé delante de sí el sediento viajero de los cálidos y arenosos desiertos.

Dichas y desdichas que no se compensan: siempre queda latente allá en el fondo una injusticia, y hoy que las canas cubren mis pálidas sienes, hoy que no caldean mis pensamientos el fuego de las pasiones

juveniles, sino que parecen guiados por fria é inflexible lógica, veo en esa injusticia una esperanza y creo que algo de restablecedor encierra el arcano profundo de la tumba. Esas ideas de bondad, de belleza, de verdad, ese alto ideal que se concibe y que no llega hasta nosotros mientras resuenan nuestras pisadas sobre el suelo, ¿estaremos condenados á no alcanzarlo jamás? Esas ansias infinitas de volver al lado de los seres á quienes amamos, de volver á encontrar siquiera una vez sola esos que aparecen y desaparecen de nuestra vista robándonos un afecto, un buen pensamiento, una lágrima tal vez ¿quedarán encerrados en tan lóbrego abismo, que nuestra vista no logre percibirlos jamás? ¿sólo el vago recuerdo de todos estos sucesos ha de ser más duradero que ellos mismos?

Cada vez que me he hallado próximo á realizar un noble propósito, una oleada, un soplo vino á desbaratarlo, á destruirlo á mi vista contristada, y á hacerme emprender otra vez la marcha de la existencia, impresionado con las destrucciones que iban sembrándose tras de mis pasos. Hoy tan sólo encuentro esos restos que únicamente viven en mí y que conmigo quedarán también bajo la capa de tierra que me cubra. En ese granado, en esa higuera, en ese jazmín, en ese rosal, que aunque añosos, aun muestran lozanía; en esos pájaros que cantan alegremente al recibir los oblícuos rayos del sol que asoma sobre los ennegrecidos tejados y empinadas azoteas; en ese movi-

miento de las hojas impulsadas por la brisa, en esas nubes que á través de mi ventana veo cernidas sobre las colinas del otro lado del puerto; en mis libros, en esos clavos herrumbrosos de que cuelgan cintas y secas flores, nadie verá nada, y para mí cada uno de estos objetos encierra un mundo de gratísimas memorias. Cada rama, cada pared, cada mueble tomó parte en las escenas que ocurrieron en mi infancia y juventud; por eso tanto los amo, por eso tan claro me parece ver desplegado ante ellos el panorama de mi vida. Cada mañana de la naturaleza es igual, no así las de nuestra existencia; pero estas parecen revivir ó renacer en nuestra memoria con la eterna invariabilidad de aquella.

Ya sólo tengo un deseo; y es, pasar los cortos días de vida que me restan en esta casa querida, en este un día hogar feliz, hoy urna donde se encierran mis más conmovedoras emociones. Ah! sus paredes han sido para mí como un dulce asilo, como un lugar solitario y quieto en medio de la actividad, del bullicio de esa vida agitada, en la cual tantos prosperan y de donde, al intentar sólo la ocupación de mi puesto de combate y lucha, salí derrotado, herido, más por la delicadeza de mi espíritu que por lo rudo de los choques. Luego, el aluvión de las pasiones humanas, el ruido de las carcajadas y la música alegre que resuenan en el mundo, llenando de incurables laceraciones el alma, se han estrellado en los umbrales de estos

envejecidos aposentos. Y la contemplación de ese espectáculo que ante mí se presentaba como desatada tempestad del océano entre cuyas embravecidas olas luchaban desesperadamente cuantos seres había amado, hundiéndose á mi vista para siempre, sin que la impotencia de mis esfuerzos me permitiera tenderles una mano salvadora, me ha roto el corazón en pedazos, pero no ha logrado secar mis lágrimas. Ah! si; porque he tenido la desgracia de querer diluir mis penas con mi llanto y no la despreocupación de ahuyentarlas con mi risa, lo cual veo al fin que es una gran desgracia.

¿Qué le ha importado a la distraida muchedumbre que el viejo Pablo haya discurrido silencioso entre ella, una vez y otra, tendiendo la mano lleno de rubor y timidez para recibir un socorro? ¿Quién es? ¿donde vá? Quizá se hayan preguntado, pero muy poco les ha importado saberlo. Al cabo de mis años ¡salir á recorrer mi ciudad natal en busca del sustento! Entonces fué cuando reconocí la firmeza de mi alma; me sentí orgulloso, soberbio. Tal vez otro hubiera apelado á la cuerda ó al veneno para terminar una vida amargada por la injusticia; yo nó; lloraba, pero seguía con mi cuerpo más erguido, con mi frente más levantada, mientras más me agobiaba el ánimo el dolor. El suicidio, oh, cruzó alguna vez mi mente pero de un modo fugaz: el martirio, mientras más prolongado es más digno de los héroes; suicidar-

se es vil recurso del cobarde que deserta de la vida, que es lucha tenaz y dolorosa, lucha inacabable, en la cual no puede salirse vencedor sino sabiendo despreciarla bastante para vivirla.

¿Qué figura hice yo en el mundo hace poco? ¡La que puede hacer un viejo pobre que aparecía pidiendo limosna, y nada más! Mi semblante pálido, demacrado, surcado de profundas arrugas, que entre sus pliegues ocultan como brasas entre la ceniza, los pesares, es mirado con repugnancia por el joven, con curiosidad por los que gustan de conocer agenas vidas, con estimación por el dibujante, con cinismo por el libertino, pero nadie, nadie percibe la agitación constante que su impasibilidad oculta. Parecía una sombra de mí mismo, entrando y saliendo de algunas casas, en donde hallé al fin viejos como yo y personas caritativas que se han condolido de mi situación y me socorren: es en los últimos años de mi vida cuando he hallado más blando y compasivo el mundo hacia mí. Pero la caridad exige de mi un trabajo que yo cumplo: y es el que ruegue á Dios constantemente, porque mis protectores no lleguen á verse como yo, ni á parecérseme cuando les llegue la vejez. Ah! lo deseo cordialmente: y si yo pudiera impedirlo y hacer feliz á todo el género humano menos tardaría en hacerlo que en pensarlo.

XIX.

MAS debo seguir narrando por su órden los sucesos.

Era una tarde. El viento mugía sordamente, sacudía en todas direcciones las ramas del granado arrancándole frutos y puñados de hojas y lanzaba con fuerza las gotas de lluvia contra las paredes, los tejados y los vidrios de las ventanas.

Desde que Antonia pronunció aquellas palabras que tan honda perturbación produjeron en mi ánimo, una secreta é irresistible fuerza me impedía acercarme

á ella. Su semblante, tan parecido al de mi hermana; su edad; aquel pasado oscuro y del que algo había adivinado ya por frases de la misma joven, ya por otras de su madre y que nunca quisieron, ni yo lo deseo tampoco, aclarar; la alusión á aquel marino y la fijeza con que miraba mi padre á Antonia cuando apenas sus padecimientos le permitían fijarse en sus propios hijos; aquella insensibilidad respecto á todo lo demás y su predilección por la joven: las enigmáticas frases que dijo su inesperada actitud, todo esto engendraba mil dudas en mi ánimo y extraviaba mis pensamientos. Momentos de horrible lucha entre mi amor, mi instinto tal vez, y la abrumadora realidad que veìa alzarse ante mí como rudo espectro para detener con sus manos descarnadas mi insensata ambición de poseer á aquella hermosa joven que seguía durmiendo bajo el mismo techo, habitando la misma casa que yo.

La furia del viento, lo copioso de la lluvia; aquel espectáculo imponente de los elementos desencadenados, aquella titánica lucha en el ancho espacio parecía abrumarme y hacer resaltar mi humilde pequeñez. Por grande que fuese mi orgullo, mi altivez y hasta mi maldad, ¿irían muy lejos? ¿ofenderían profundamente? Yo debía acercarme otra vez á Antonia, ahogar su voz entre mis brazos; pero ¿si alguna vez oía la explicación de aquellas misteriosas palabras, si alguna vez se descorría ante mi vista el velo y era

peor la verdad que las dudas que destrozaban mi alma? Tantos acontecimientos imprevistos había tenido en el curso de mi vida, que me aterrorizaba la idea de cualquier otro nuevo: ¡bastaban ya los pasados para amargar con tanta injusticia mi pobre existencia!

Sentado en medio de mi habitación, con la vista fija en los remolinos que sobre las casas formaban el viento y la lluvia, con el oido atento á aquel rumor monótono é imponente, dos ó tres veces quedé suspenso, creyendo oir pisadas por la escalera que conduce á estas habitaciones; aguardaba un instante. ....parecíame ver la hermosa mano de Antonia apoyada en los vidrios que cubren los postigos de las ventanas y la puerta....y esta ilusión se desvanecía al momento y corto rato después volvía á atormentarme. Una vez sentí que los pasos llegaban hasta mi puerta: ¡oh, sí, no me engañaba el deseo! Las hojas de la puerta, como si las empujaran de afuera, abriéronse de par en par.....casi oía las palpitaciones de mi corazón..... Me levanté, me dirigí á la puerta y sólo me azotó el rostro la lluvia. ¡Antonia no vendría á devolverme la paz que me había arrancado, no! Se estaba quizá leyendo ó cosiendo tranquilamente allá abajo. Y al mirar hacia el cuarto que ocupaba la joven solo vì el granado y la higuera, como si fueran dos débiles ramillas, agitadas por las fuertes rachas del viento.

Ya casi había dominado mi tenaz deseo, cuando me pareció oir claramente mi nombre. Sí, lo habìa

oido pronunciar; no era el viento, no; no era el viento que la lluvia producía en los vidrios, no; Pablo, habían dicho claramente y dos ó tres veces volví á escucharlo. Y la voz venía de abajo, del cuarto que habitaba Antonia. Bajé turbado por indecible emoción, crucé el patio, y al detenerme dudando aún, en el umbral de la habitación de la joven; oí su voz; ¡me llamaba!

Entré. Allí estaba Antonia sentada en ancho sillón. Pero nó; no era ella, era su sombra, era el cadáver resucitado de mi hermana Natalia, cuya pálida silueta se dibujaba sobre el oscuro fondo del respaldo del sillón, iluminado mezquinamente por los moribundos resplandores del día, que filtraban á través del vidrio mojado de la ventana.

—No quiero irme de este mundo sin despedirme de tí, Pablo; y sólo me alegra la idea de que tu alma generosa olvidará á esta infeliz que ha pagado muy mal los beneficios que de tí ha recibido.

Nada pude contestar á aquellas palabras. El aspecto que ofreció á mi vista Antonia, me llenó de inmensa pesadumbre ¡cuánto había variado en los pocos días en que por mí ciega obstinación dejé de verla! El tono lúgubre con que las pronunció y más que todo, la desagradable sorpresa que había recibido, me dejaron mudo de estupor. Desde aquella noche en que por última vez la ví cruzar bajo las arcadas cubiertas de verdor que ornaban mi balcón, no la había vuelto

á ver más: se encerró en su habitación como en un claustro. Mi indecisión en presencia de la joven, después de aquellos días en que no habíamos cambiado una sola palabra, era grande. ¡Arrojarme á sus plantas, pedirle perdón! Pero ¿de qué? ¿quién debía perdonar, ella ó yó? Ella me había arrebatado la última ilusión, la última esperanza de alcanzar días felices sobre la tierra, cierto; pero yo le había prometido amor de hermano, y mientras cumplí mi promesa fuí feliz; luego, á pesar de todos mis propósitos, la pasión volvió á revelarse en mí, y cuandó quise, ¡insensato! estrecharla entre mis brazos la obligué á pronunciar en su defensa aquellas palabras que tan infranqueable obstáculo habían alzado entre los dos.

Así pensaba de pié, sin moverme, bajo el dintel de la puerta: casi no me atrevía á adelantar un poco más.

Antonia me indicó con un gesto que me acercase:

—Nada perdeis con que salga del mundo esta desdichada, murmuró; pero, no le negareis el consuelo de escuchar de vuestros labios palabras de perdón..... En esta solemne hora, te lo confieso sin rubor, Pablo, te he amado con todas las fuerzas de mi corazón y con el amor más desinteresado y puro. No pudiendo ser tu esposa, soñé consagrarme á la felicidad de tu existencia, atendiéndote con la solicitud de una hermana. A la muerte de mi madre debí salir de aquí, recorrer

el mundo por el camino que la miseria abría ante mí. Así solo yo hubiese sido la desdichada. Debí desoir tu voz, que hablaba á mi alma con ternura; debí desatender mi propio deseo, salir de esta casa y no arrostrar imprudente las consecuencias de permanecer á tu lado. ¿Te acuerdas de aquella tarde en que, á ruego de tus hermanas, me trajo aquí mi madre? Desde aquel instante nació en mi pecho una ternura sin límites hacia todos vosotros. ¿Te acuerdas aquella noche en que me probaba el traje de boda de tus hermanas y me mirabas con tanta insistencia? Pues aquella mirada me impresionó profundamente y desde entonces quedó grabada tu imagen en mi alma, y mi pensamiento se volvía tenaz á todas horas hacia tí. Mas ¡estábamos tan léjos uno de otro! Yo, hija de una mendiga; y tú, disfrutando una posición tan elevada en la sociedad, nunca, nunca podía suceder lo que mi amor me píntaba colmándome de gozo.

La voz de Antonia, al pronunciar estas palabras, era tan débil, que apenas podía yo oirla: adivinaba algunas de sus ideas más que por sus palabras por los gestos de sus manos y el movimiento de sus descoloridos labios. La lluvia en tanto seguía cayendo con fuerza y produciendo ruido en los cristales. Los resplandores del dia iban amortiguándose cada vez más.

—Perdón mil veces, Pablo, prosiguió penosamente Antonia; comprendí que no podía defenderme de tí aquella noche, y una traidora idea que se fijó en mi

ren-

nios,

liz...para defenderme alguna vez invoqué aquel amor que me inspirabas y arteramente se me ponía de manifiesto la distancia que entre los dos mediaba y esto contribuyó también á mi perdición..... Así caí, Pablo; ciega, insensata ..... y el fruto de mis entrañas quedó ahogado con mi llanto..... Mi madre hasta entonces se consideró felíz: mi inocencia era su tesoro ..... después sólo tuvo lágrimas que mezclaba con las mías.. ... Su salud se alteró, y un día llegamos á esta casa demandando protección ..... Pablo, si no tuviera castigo mi culpa con mis desengaños y sufrimiontos, lo tendría con la angustia que he tenido desde el último día que nos separamos .....ya lo ves: el golpe ha sido tan rudo que no pude resistirlo . . .

Durante un corto momento volvió á quedar Antonia sin fuerzas para articular una palabra.

Ya no entraba por las ventanas sino un tristísimo reflejo, que esparcía imperceptible penumbra. Yo permanecía de pié en medio de la habitación. Ni una palabra lograba traer á mis labios, ni una lágrima á mis ojos. Lo que me acontecía en aquel momento era tan cruel é inesperado para mí, que sentía agotadas por completo las energías de mi ánimo. Aquella joven, bella, hermosa, que desfallecía á mi vista por instantes, de la misma manera que mi hermana, que mi padre, que otros seres que había amado; aquella frente y aquellos labios que yo había soñado besar, ahora mustios, descoloridos; aquel cabello hermoso y

tan sencilla y cuidadosamente peinado repartido ahora en desordenados mechones..... aqnella mujer, en fin, que creí digna de mi amor manchada por el hálito de la culpa. Quizá ya había yo apurado todo el cáliz del dolor: por eso, á mi pesar, comprendí que solo nna sonrisa fría asomó á mis labios.

Encendí una bujía, la puse dentro de un fanal y su luz se mezcló á la de la lamparilla de aceite que parpadeaba ante una urna, iluminando devotamente la imágen de la Vìrgen de la Soledad, encerrada en ella. Antonia me miraba fijamente, y la fijeza de aquella mirada un tanto empañada y sin la expresión de otros días, casi me inspiraba supersticioso terror. Miraba la enferma y un pomo de láudano casi vacío y al alcance de su mano en un velador. Aquel vaho del láudano y la rápida demacración de la enferma me trastornaban por completo las ideas. ....

—Ya, ya sé; balbuceó la joven, tampoco me crees digna de tu compasión.....

Después inclinó su cabeza sobre el pecho, sus largos y negros cabellos ocultaron su rostro como un velo y gimió debilmente.

Esto bastó para sacudir el aturdimiento que dominaba mi cerebro y para despertar mi ternura hacia aquella joven desgraciada. Me acerqué y tomando una de sus manos murmuré:

—Si, te perdono mujer angel; si alguien comprende lo que es ser víctima de inmerecidos infortunios,

soy yo; no pudíste resistir el choque brutal de las pasiones y á tu naturaleza débil se unió tu propia inocencia: no conocías, como tantos otros, la maldad, por eso no pudiste notar cuando te tendía sus lazos. Aun te amo; y te perdono. Te agradezco aquellas palabras que para defenderte de mì pronunciaste: eran las únicas que podían infundirme respeto: si esta confesión la hubiera oido entonces, te hubiera despreciado, te hubiera odiado, y luego hubiera atormentado mi vida la más atroz desesperación. No sufras más; vuelve á la vida: dentro de pocos días te restablecerás, aparecerás ante mí bella, hermosa, como siempre lo has sido y nos uniremos para siempre ante el altar.....Tu serás mia: esta pobre casa puede volver á ser el Edén de nuestra felicidad.....Pero, Antonia, tu sola aquí, días y días, perdiendo tu salud y no llamarme.....¿ni siquiera una frase con nuestro viejo criado?.....Y yo.....yo no osaba presentarme á tí te creia ofendida y con razón ....

Antonia se había desmayado.

—¡Un médico!.....balbucié.....Antonia ¿ese pomo?

La enferma volvió en sí.

—Ah! es tarde.....no te apartes de mí .....acércate.....

Se incorporó trabajosamente, pasó uno de sus brazos en redor de mi cuello y con desfallecida y apenas perceptible voz prosiguió:

—Gracias, Pablo: este instante solo vale para mí

más que esa vida de felicidades que soñé; ah! ya no puedo más..... perdón..... dentro de poco estrecharás otra vez, y en este mismo aposento, el cadáver de quien también te amó tanto como Natalia. Pronto me uniré á ella: Dios es bueno.....ha oido mis pleglarias.....ha visto mi llanto .... las dos velarémos por tí.....Entonces aparta los cabellos de mis sienes, dame un beso como me contáste que lo diste á ella..... riega sobre mi tumba algunas de aquellas albahacas y las flores del jazmín y del rosal que suben por la escalera y que iluminadas por la luz de la luna parecían estrellitas blancas y rosadas..... Ten para mí un recuerdo, que yo estaré mirándote desde allá arriba y esperando que vuelvas á mi lado.....ahora..... adios.. ..Pablo..... adios!

La lluvia seguía azotando con implacable furia los cristales: afuera, en el patio, se oía el ruido de las ramas del granado. Y dentro de la habitación era todo solemne calma: no había más movimiento que el de la lamparilla que se extinguía ante la imágen de la Vírgen de la Soledad, ni se oía más ruido que mi llanto.

Antonia acababa de espirar.

Del sillón en que se hallaba sentada la trasladamos el viejo calesero y yo á su lecho.

Aparté los cabellos de su frente, la besé; apoyé la cabeza en la misma almohada en que ella la tenía, y aunque sumido en un sopor profundo, parecíame ir

viendo desfilar, al través de mis ya ardientes y casi extinguidas lágrimas, con mas brillantes colores, que los que tuvieron en la realidad todas las escenas, los sucesos, los goces, los tormentos, las derrotas de mi vida.

XX.

¡AQUELLA primera mañana, esta última tarde, parecen resumir, simbolizar mi existencia toda en un solo día de infortunio!

Después ¿qué? Aguardo tranquilo; la memoria me traslada á los pasados días, entre los cuales veo brillar á ratos algo así como un relámpago de felicidad; el presente monótono, triste, semeja el eco de los golpes que dió la muerte sobre la tapa del sepulcro de un ser querido; y entre las som-

bras de lo futuro distingo á trechos halagadoras esperanzas.

Por las mañanas, cuando los sonrosados reflejos del cielo iluminan los vidrios de mi ventana y me asomo á ella, se me figura que allá, entre los desvanecidos contornos de las nubes, asoma un rostro amado, un rostro vírgen que me sonríe y que me aguarda: y por las tardes, cuando el sol se hunde por el opuesto lado, entre las explosiones de luz que reparte en estas últimas horas del día como para defenderse de las sombras de la noche que por todas partes le acosan, creo que se agitan las alas de dos ángeles: entonces una voz dulce y misteriosa llega á mi oido.

—Oh! nó; no han muerto!

Natalia, aquella hermana querida, aquella vírgen hermosa y pura que apenas pisó los umbrales de la vida; que solo vivió para que la amáramos, para alegrarnos con sus sonrisas, para ligar nuestros corazones con el más tierno afecto; Antonia, tan bella como Natalia y que sólo vivió para lavar con lágrimas y purgar con la resignación y el desengaño una culpa á que le arrastraron la maldad ajena y su propia inocencia y desamparo; que sólo vivió para infundirme y no satisfacer mi pasión más ardiente y profunda ¿se habrán extinguido para siempre? solo quedarán de ellas los huesos que se descarnan en sus sepulcros?..... Entonces ¿por qué mantener fija en mi retina la imagen de sus rostros, radiantes ambos de hermosura y

de inocencia? ¿por qué mantener viva en mi mente la idea de volverlas á hablar en otros mundos donde el cuerpo no aprisione los más íntimos, nobles y ge-generosos impulsos del alma? ¿sólo vinieron al mundo aquellos dos seres para dejar henchidos de tristeza los corazones que los amaron y cargados de lágrimas los ojos que los vieron? Oh, nó! esto sería crueldad, injusticia, y todo me dice que si algo es eterno, que si algo predominará al cabo es la justicia y la bondad.

Y el que aspirando siempre al bien, ha caido al fin vencido por los rudos embates de la suerte ¿qué le aguarda? ¿jamás habrá de encontrar resolucion del oscuro problema de su vida?

Yo, á nadie he hecho mal; dióseme un alma sensible que al penetrar en el mundo solo vibró á impulsos del dolor: mis penas han excedido á mis placeres y estos jamas los deseé sino puros y nobles. He sufrido, más, incomparablemente más, qué he gozado. Esas ideas de una compensación futura que repare esta injusticia ¿existen, ó son dorados ensueños de la mente? ¿Serémos más nobles y grandes que quien nos ha dado los medios de concebir y alentar tan generosas esperanzas?.....

Tranquilo espero ....

EPILOGO.

TAMBIEN sería cerca de las nueve de la mañana, pero ya no reverberaba el sol en las anchas losas del patio, y el granado y la higuera que en él crecían, habían desaparecido. Un alto techo de madera y zinc con aberturas que dejaban pasar bocanadas de aire fresco, y con claraboyas de vidrios deslustrados, á través de los cuales filtraba penosamente la claridad, libraba de la intemperie el suelo de tabloncillos de madera que cubría el patio convertido ahora en vasto salón. Allí se veían largas mesas de pino

blanco, cubiertas por tapetes de franela que defendían del polvo cajas de cartón de múltiples formas, tamaños y colores, ornadas de papel de oro y delicados cromos, dentro de las cuales lucían encajes de alto valor, pañuelos de seda brillantes, suavísimos, abanicos de nácar repletos de incrustaciones de plata y simétricos relieves, muestrarios, géneros y diversos artículos de comercio.

Unas veces con las manos cruzadas detrás, otras con los pulgares metidos en el corte del chaleco, se paseaba lentamente, por entre las largas mesas, cargadas de ricos artefactos, un fornido mercader. Los cuartos cuyas macizas y talladas puertas de cedro caían al patio, dejaban ver por entre los barrotes de torneada madera de sus ventanas los grandes fardos y cajas que almacenaban. Y las dos habitaciones altas, á las cuales conducía la escalera de piedra colocada hacia el lado derecho del patio, estaban también repletos de telas, cajas, fardos y restos de preciosos envases apilados unos sobre otros sin que en semejante colocación hubiese presidido idea artística alguna; tan sólo se había atendido al buen orden, utilidad y comodidad de su manejo.

Ya no estaba la casa tranquila y silenciosa, ni llena del perfume del jazmín y de la rosa, ni alegrada por los trinos del canario: ensordecíanla los martillazos de los que clavaban y abrían grandes cajas y el rodar contínuo de las carretillas sobre el hueco suelo

de madera. Más á pesar de esta animación, la vista de aquellas ricas manufacturas en aquel caserón inspiraba tristeza, había algo allí de despojo: sus techos, su distribución, todo decía que había pertenecido á una familia acomodada y que ya no vivía allí. En las paredes, rincones y armaríos de aquellas deshabitadas, húmedas y entenebrecidas piezas veíanse vagas señales de muebles, de cuadros, de ropas, que inspiraban cierta melancolía mezclada con no poca curiosidad de saber qué familia, qué personas, habían nacido, vivido y quizá muerto allí. Tal parecía que de un momento á otro iba á verse cruzar por los umbrales de aquellas puertas alguna hermosa mujer ataviada con la fina y ligera tela que exigían los quehaceres de la casa.

Aquella mañana y también á la indicada hora penetraron hasta el vestíbulo de la casa dos mendigas. El mercader detuvo sus paseos, miró á las recien llegadas, dirigióse á una cesta llena de panes y sacando un par de ellos, los entregó á las infelices mujeres.

—Ea! ya podeis marcharos, exclamó reparando que las mendigas parecían enclavadas en el suelo: ¿qué más quereis? ¿qué mirais?

—Que aquí nacimos nosotras, murmuró tristemente una de ellas.

—¿Sí? ¿y qué me decís con eso?

—Que nos dejeis ver la casa.

El mercader vaciló un momento, y luego, con un ligero gesto, indicó que consentía.

Entonces la pobre mujer que había hablado tomó por la mano á su compañera, que era ciega, y la condujo por las habitaciones.

—Oye, oye, Adela, ¿te acuerdas? En ese rincón pasó nuestro padre casi toda su larga enfermedad. Toca aquí ¿Conoces esos relieves?

—Ah, sí; son los del armario de Natalia: en este cuarto murió ella.

—Allá estaba su tocador.....ven por aquí Adela..... vamos al patio.....ya no está el granado, ni la higuera, ni tampoco las tinas de las verbenas.....en este lado nos sentamos á ver las láminas de aquellos hermosos álbums.....bajo ese arco se colgaba la jaula del canario.....¡cuánta variación!

Un instante detúvose á oir, con una tristeza creciente que se marcaba á las claras en su rostro, la pobre ciega: conoció por el distinto timbre, con que marcaban los cuartos y las horas, las campanas de la próxima iglesia ¡Ay Dios, cuántas memorias venían envueltos con aquellos sonidos que iban á perderse, sin eco, en los caldeados y silenciosos tejados de la ciudad!

—Luisa! ¿recuerdas el reloj de la torre Oyelo.... está dando las nueve.....

—¡Qué si lo recuerdo!.....Es el mismo que oíamos de aquí y desde la escuela .....

Así hablaban mientras recorrían una y otra habitación las dos mujeres: una de ella nada veía; pero sus abiertos y claros ojos, no empañados por nube alguna, dirigidos á todos lados sin lograr distinguir más que sombras, sin un solo rayo de luz, estaban llenos de lágrimas que humedecían la piel de sus mejillas pálidas, demacradas, pero finas.

—Oye, Luisa, murmuró, pregunta á ese señor quien le ha alquilado esta casa.

La otra mendiga preguntó al mercader conforme los deseos de su compañera.

—Esta casa es mìa . .. contestó el mercader, con ruda franqueza, la compré en un remate.....y más me costó deshacer los enredos de papeles que tenía que ella misma Por cierto que un viejo que vivía allá arriba, bastante trabajo me dió para hacerle salir.....Queria pagarme alquiler ..... ¡alquiler! pobrecillo! si no tenía una peseta .....Estaba ya muy enfermo; estuvimos preguntando algún tiempo si tenía familia ó alguien que se encargase de él; y como no era posible tenerlo aquí, lo llevamos al hospital..... Ahi han quedado unos libros, unos muebles y unos papeles que ¡pshé!.....no sé qué hacer de ellos.....no valen nada.....

Un momento después se retiraron las dos infelices mendigas y el mercader continuó sus interrumpidos paseos.

—FIN.

ERRATAS.

PAG	LINEA	DICE	DEBE DECIR
6	12	balustrada	bulaustrada
10	11	exhuberación	exuberación
11	13	embutado	abultado
13	8	exhuberante	exuberante
30	4	oran	eran
31	19	1.805	1805
34	14	capa	copa
..	21	engrozados	engrosados
39	14	rostres	rostros
42	22	ellas	ella
53	17	palgar	purgar
..	18	cezar	cesar
56	5	inundado	inundando
57	22	ocurtarle	ocultarle
59	24	nos	no
65	23	doraba	daba
..	24	manera	manera:
66	7	inconciente	inconsciente

PAG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
..	15	en seno	en su seno.
67	2	efecto	afecto
68	7	efectos	afectos
..	22	cosa	casa
71	6	cortinage	cortinaje
72	25	aprenciones	aprensiones
76	1	intranquilidad	tranquilidad
86	27	por mì, ellas	por ellas
90	7	algunas	algunos
..	14	bulliclosa	bullicioso
..	18	arruyar	arrullar
91	27	distría	distraía
95	3	mejorarle	mejorar
97	8	impregnaban	impregnaba
..	23	y aun y de	y aun de
99	8	consejos	consejeros
107	11	rebozar	rebosar
111	21	heriditario	hereditario
132	10	Colocaron una	Colocaron en la.
138	28	rebozaba	rebosaba
141	8	referente	semejante
154	10	cipreces	cipreses
159	25	aunque añosos aun	aunque añosos,
162	20	caridad	claridad
164	5	deseo	deseé
169	1	tanto	tan.

DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

EL DUELO DE MI VECINO—FLORES Y CALABAZAS: UN TOMO $ 1 B. B.
CARMELA: UN TOMO ..... " 2
MI TIO EL EMPLEADO: UN TOMO ..... " 2
D. ANICETO EL TENDERO: UN TOMO ..... " 1 50
ULTIMAS PÁGINAS: UN TOMO ..... " 1 50

EN PRENSA.

UNA SESIÓN DE HIPNOTISMO.
(COMEDIA EN DOS ACTOS)

SE PUBLICARAN

CROQUIS HABANEROS.
CROQUIS DE VIAJE.
ILUSTRES DE VISTA CORTA.

DE VENTA: en la Habana "La Propaganda Literaria", Zulueta 28—en Madrid: Librerías de D. Antonio S. Martin, Puerta del Sol 6 y Carretas 39.—En New-York Librería de D. Nestor Ponce de León Broadway

3 2044 048 084 537

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

MAY 27 1973 ILL
4130390

JUL 7 1973 ILL
CANCELLED
5382870